



José María Heredia

Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José María Heredia

Poesías

Sáficos

A la prenda de la fidelidad

Dulce memoria de la prenda mía

tan grata un tiempo como triste ahora,

áureo cabello, misterioso nudo

Ven a mi labio.

¡Ay! ven, y enjague su fervor el llanto
5

en que tus hebras inundó mi hermosa,

cuando te daba al infeliz Fileno

mísero amante.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,

decidme siempre que mi Lesbia es firme;
10

decid que nunca romperá su voto

pérfida y falsa.

¡Oh! Cuánto el alma de dolor sentía

cuánto mi pecho la aflicción rasgaba, [22]

cuando la hermosa con dolientes ojos
15

Viéndome dijo:

«¡Siempre, Fileno, de mi amor te acuerdas!

Toma este rizo, que mi frente adorna...

Toma esta Prenda de constancia pura...

Guárdala fino.»

20

A donde quiera que la suerte cruda

me arrastre ¡Oh rizo! seguirame siempre,

y de mi Lesbia la divina imagen

pon a mis ojos.

Tú me recuerdas los felices días

25

de paz y amor que fugitivos fueron

cual débil humo de Aquilón al soplo

Tórnase nada.

¡Oh! Cuántas veces su cabello rubio,

al blando aliento de la fresca brisa,
30

velón ondeaba, y en feliz desorden

¡Vino a mi frente!

La luna amiga con su faz serena

mil y mil veces presidió mi dicha...

Memoria dulce de mi bien pasado,
35

¡Sé mi delicia!

Los celos

¿Por qué, adorada mía,

mudanza tan cruel? ¿Por qué afanosa

evitas encontrarme, y si te miro,

fijas en tierra lánguidos los ojos y

y triste amarillez nubla tu frente?
5

¡Ay! do volaron los felices días

En que risueña y plácida me vías,

y tus ardientes ojos me buscaban,

y de amor y placer me enajenaban?

¡Cuántas veces en medio de las fiestas,
10

de una fogosa juventud cercada,

me aseguró de tu cariño tierno

una veloz simpática mirada!

Mi bien, ¿por qué me ocultas

el dardo emponzoñado que desgarró
15

tu puro corazón?... Mira que llenas

mi existencia de horror y de amargura:

dime, dime el secreto que derrama

el cáliz de dolor en tu alma pura.

Mas, ¿aún callas? ¡Ingrata! Ya comprendo
20

la causa de tu afán: ya no me amas,

ya te cansa mi amor... No, no; ¡perdona!

¡Habla, y hazme feliz!... ¡Ay! yo te he visto,

la bella frente de dolor nublada, [24]

alzar los ojos implorando al cielo.
25

Yo recogí las lágrimas que en vano

pretendiste ocultar; tu blanca mano

estreché al corazón llena de vida

que por tu amor palpita, y azorada

me apartaste de ti con crudo ceño:
30

volví a coger tu mano apetecida,

sollozando a mi ardor la abandonaste,

y mientras yo ferviente la besaba,

bajo mis labios áridos temblaba.

¿Te fingirás acaso
35

delito en mi pasión? Hermosa mía,

no temas al amor: un pecho helado,

al dulce fuego del sentir cerrado,

rechaza la virtud, a la manera

de la peña que en vano
40

riega a torrentes la afanosa lluvia,

sin que fecunde su fatal dureza;

y el amor nos impone

por ley universal Naturaleza.

Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas
45

que yo marchite con aliento impuro

tu virginal frenor. ¡Ah! ¡te idolatro!...

Eres mi encanto, mi deidad, mi todo.

¡Único amor de mi sencillo pecho!

Yo bajara al sepulcro silencioso
50

por hacerte feliz... Ven a mis brazos,

y abandónate a mí; ven, y no temas.

La enamorada tórtola tan solo

sabe aqúeste lugar, lugar sagrado [25]

ya de hoy más para mí... ¿Su canto escuchas
55

que en dulce y melancólica ternura

baña mi corazón?... Déjame, amada,

sobre tu seno descansar... ¡Ay! vuelve...

tu rostro con el mío

une otra vez, y tus divinos labios
60

impriman a mi frente atormentada

el beso del amor... Ídolo mío,

tu beso abrasador me turba el alma:

toca mi corazón cual late ansioso

por volar hacia ti... deja, adorada,
65

que yo te estreche en mis amantes brazos

sobre este corazón que te idolatra

¿Le sientes palpitar? ¿Ves cual se agita

abrasado en tu amor? ¡Pluguiera al cielo

que a ti estrechado en sempiterno abrazo
70

pudiese yo espirar! ¡Gozo inefable!

aura de fuego y de placer respiro;

confuso me estremezco:

¡ay! mi beso recibe... yo fallezco...

Recibe, amada mi postrer suspiro.

75

[26]

A mi esposa en sus días

¡Oh! Cuán puro y sereno

despunta el Sol en el dichoso día

que te miró nacer, ¡Esposa mía!

Heme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,
5

objeto de mi amor y mi tesoro,

con qué afectuosa devoción te adoro,

¡y te consagro mi alma enternecida!

Si la inquietud ansiosa me atormenta,

al mirarte recobro
10

gozo, serenidad, luz y ventura;

y en apacibles lazos

feliz olvido en tus amantes brazos

de mi poder funesto la amargura.

15 Tú eres mi ángel de consuelo

y tu celestial mirada

tiene en mi alma enajenada

inexplicable poder.

Como el Iris en el cielo

20 la fiera tormenta calma

tus ojos bellos del alma

disipan el padecer. [27]

Y ¿cómo no lo hicieron

cuando en sus rayos lánguidos respiran

inocencia y amor? Quieran los cielos
25

que tu día feliz siempre nos luzca

de ventura y de paz, y nunca turben

nuestra plácida unión los torpes celos.

Esposa la más fiel y más querida,

siempre nos amaremos,
30

y uno en otro apoyado, pasaremos

el áspero desierto de la vida.

Nos amaremos, esposa,

mientras nuestro pecho aliente

pasará la edad ardiente,
35

sin que pase nuestro amor.

Y si el infortunio vuelve

con su copa de amargura,

y en mí cargue su furor.

(En noviembre de 1827, a los 24 años de su edad). [28]

A la hermosura

Oda

Dulce hermosura, de los cielos hija,

don que los dioses a la tierra hicieron,

oye benigna de mi tierno labio

cántico puro.

La grata risa de tu linda boca

5

es muy más dulce que la miel hiblea:

tu rostro tiñe con clavel y rosas

cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma

del manso mar en los cerúleos campos,
10

así los orbes del nevado seno

leves agitas.

El universo cual deidad te adora;

el hombre duro a tu mirar se amansa,

y dicha juzga que sus ansias tiernas
15

blanda recibas.

De mil amantes el clamor fogoso,

y los suspiros y gemir doliente,

del viento leve las fugaces alas

rápidas llevan.

20

Y de tu frente al rededor volando

tus dulces gracias y poder publican:

clemencia piden; pero tú el oído

bárbara niegas. [29]

¿Por qué tu frente la dureza nubla?

25

¿El sentimiento la beldad afea?

No: vida, gracia y expresión divina

préstala siempre.

yo vi también tu seductor semblante,

y apasionado su alabanza dije
30

en dulces himnos, que rompiendo el aire

férvidos giran.

Mil y mil veces al tremendo carro

de amor me ataste, y con fatal perfidia

mil y mil veces derramar me hiciste
35

mísero llanto.

Y maldiciendo tu letal hechizo,

su amor abjuro delirante y ciego;

Mas, ¡ay! en vano que tu bella imagen

sígueme siempre.

40

Si al alto vuelvo la llorosa vista,

en la pureza del etéreo cielo

el bello azul de tus modestos ojos

lánguido miro.

Si miro acaso en su veloz carrera

45

al astro bello que la luz produce,

el fuego miro que en tus grandes ojos

mórbido brilla.

Es de la palma la gallarda copa

imagen viva de tu lindo talle;
50

y el juramento que el furor dictome

fácil abjuro.

Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,

caigo a tus plantas, y perdón te pido, [30]

y a suplicar y dirigirte votos
55

tímido vuelvo.

¡Ay! de tus ojos el mirar sereno

y una sonrisa de tu boca pura,

son de mi pecho, que tu amor abrasa,

único voto.

60

¡Dulce hermosura! mi rogar humilde

oye benigna, y con afable rostro

tantos amores y tan fiel cariño

págame justa.

(En 1820, a los 17 años de su edad).

[31]

A la estrella de Venus

Oda

Estrella de la tarde silenciosa,

luz apacible y pura

de esperanza y amor, salud te digo.

en el mar de Occidente ya reposa

la vasta frente el sol, y tú en la altura
5

del firmamento solitaria reinas.

ya la noche sombría

quiere tender en diamantado velo,

y con pálidas tiritas baña el suelo

la blanda luz del moribundo día.

10

¡Hora feliz y plácida, cual bella!

Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto

en la callada soledad me inspira

de virtud y de amor meditaciones.

15

¡Qué delicioso afecto

excita en los sensibles corazones

la dulce y melancólica memoria

de su perdido bien y de su gloria!

Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
20

viste brillar serenas

sobre mi faz en Cuba!... Al asomarse

tu disco puro y tímido en el cielo,

a mi tierno delirio daba rienda [32]

en el centro del bosque embalsamado,
25

y por tu tibio resplandor guiado

buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,

trémula, bella en su temor, velada

con el mágico manto del misterio,
30

de mi alma la señora me aguardaba.

En sus ojos afables me veían

ingenuidad y amor: yo la estrechaba

a mi pecho encendido,

y mi rostro feliz al suyo unido,
35

su balsámico aliento respiraba.

¡Oh goces fugitivos

de placer inefable! ¡Quién pudiera

del tiempo detener la rueda fiera

sobre tales instante!...

40

Yo la admiraba estático: a mi oído

muy más dulce que música sonaba

el eco de su voz, y su sonrisa

para mi alma era luz. Horas serenas,

cuya memoria cara

45

a mitigar bastara

de una existencia de dolor las penas!

¡Estrella de la tarde! ¡cuántas veces

junto a mi dulce amiga me mirabas

saludar tu venida, contemplarte,
50

y recibir en tu amorosa lumbre

paz y serenidad!... Ahora me miras

amar también, y amar desesperado.

Huir me ves el objeto desdichado [33]

de una estéril pasión, que es mi tormento
55

con su belleza misma;

y al renunciar su amor, mi alma se abisma

en el solo y eterno pensamiento

de amarla, y de llorar la suerte impía

que por siempre separa
60

su alma bella y pura del alma mía.

(En 1826).

A mi amante

Oda

Es media noche: vaporosa calma

y silencio profundo

el sueño vierte al fatigado mundo,

y yo velo por ti, mi dulce amante.

¡En qué delicia el alma

5

enajena tu plácida memoria!

Único bien y gloria

del corazón más fino y más constante

¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho

la agitación lanzaste y el martirio,
10

y en mi tierno delirio

lleno de ti contemplo el universo.

con tu amor inefable se embellece

de la vida el desierto, [34]

que desolado y yerto
15

a mi tímida vista parecía,

y cubierto de espinas y dolores.

Ante mis pasos, adorada mía,

riégalo tú con inocentes flores.

¡Y tú me amas! ¡Oh Dios! ¡Cuánta dulzura
20

siento al pensarlo! de esperanza lleno,

miro lucir el sol puro y sereno,

y se anega mi ser en su ventura.

Con orgullo placer alzo la frente

antes nublada y triste, donde ahora
25

serenidad respira y alegría.

Adorada señora

de mi destino y de la vida mía,

cuando yo tu hermosura

en un silencio religioso admiro,
30

el aire que tú alientas y respiro

es delicia y ventura.

Si pueden envidiar los inmortales

de los hombres la suerte,

me envidiarán al verte
35

fijar en mí tus ojos celestiales

animados de amor, y con los míos

confundir su ternura.

O al escuchar cuando tu boca pura

y tímida confiesa
40

el inocente amor que yo te inspiro:

por mí exhalaste tu primer suspiro,

y a mí me diste tu primera promesa.

¡Oh! ¡luzca el bello día [35]

que de mi amor corone la esperanza,
45

y ponga el colmo a la ventura mía!

¡Cómo de gozo lleno,

inseparable gozaré tu lado,

respiraré tu aliento regalado,

y posaré mi faz sobre tu seno!
50

Ahora duermes tal vez, y el sueño agita

sus tibias alas en tu calma frente,

mientras que blandamente

solo por mí tu corazón palpita.

Duerme, objeto divino
55

del afecto más fino,

del amor más constante;

descansa, dulce dueño,

y entre las ilusiones de tu sueño

levántese la imagen de tu amante.
60

(En abril de 1827).

La resolución

Oda

¿Nunca de blanda paz y de consuelo

gozaré algunas horas? ¡O terrible

necesidad de amar!... Del Océano

las arenosas y desnudas playas

devoradas del sol de medio día
5

son imagen terrible, verdadera

de mi agitado corazón. En vano [36]

a ellas el padre de la luz envía

su ardor vivificante, que orna y viste

de fresca sombra y flores el otero.
10

así el amor, del mundo la delicia,

es mi tormento fiero.

¿De qué me sirve amar sin ser amado?

¡Ángel consolador, a cuyo lado

breves instantes olvide mis penas!
15

Es fuerza huir de ti: tú misma diste

la causa... Me estremezco... Alma inocente,

¡Ay! Curar anhelabas las heridas

que yo desgarré con furor demente.

La furia del amor entró en mi seno,
20

y el amargo dulzor de tus palabras,

y el bálsamo feliz tornó veneno.

Me hablabas tierna: con afable rostro

y con trémulo acento

la causa de mi mal saber querías,
25

y la amargura de las penas mías

templar con tu amistad. ¡Cuánto mi pecho

palpitaba escuchándote!... Perdido

a feliz ilusión me abandonaba

y de mi amor el mísero secreto
30

entre mis labios trémulos erraba.

Alcé al oírte la abatida frente,

y te miré con ojos do brillaba

la más viva pasión... ¿No me entendiste?

¿No eran bastantes ¡ay! a revelarla
35

Mi turbación, de mi marchito rostro

la palidez mortal?... ¡Mujer ingrata, [37]

mi delirio cruel te complacía!...

¡Ay! nunca salga de mi ansioso pecho

la fatal confesión: si no me amas,

40

moriré de dolor, y si me amases...

¡amarme tú!... Yo tiemblo... Alma divina,

¿Tú amar a este infeliz, que solo puede

ofrecerte su llanto y la tibieza

de un desecado corazón? ¿Tú, bella
45

más que la luna si en el mar se mira,

unirte a los peligros y pesares

de este triste mortal?... ¡Damas! -Huyamos

de su presencia, donde no me angustie

su injuriosa piedad... ¡A Dios! Yo quiero
50

ser inocente y no perderte... Amiga,

amiga deliciosa, nunca olvides

al mísero Fileno, que a tu dicha

sacrifica su amor: él en silencio

te adorará, gozándose al mirarte
55

tan feliz como hermosa

mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.

(En agosto de 1823). [38]

Ausencia y recuerdos

Oda

¿Qué tristeza profunda, qué vacío

siente mi pecho? En vano

corro la margen del callado río

que la celeste Lola

al campo se partió. Mi dulce amiga,
5

por qué me dejas? ¡Ay! con tu partida

en triste soledad mi alma perdida

verá reabierta su profunda llaga,

que adormeció la magia de tu acento.

El cielo, a mi penar compadecido,

10

de mi dolor la fiel consoladora

en ti me deparó: la vez primera

(¿Te acuerdas, ola?) que los dos vagamos

del Yumurí tranquilo en la ribera y

me sentí renacer: el pecho mío

15

rasgaban los dolores.

una beldad amable, amante, amada

con ciego frenesí, puso en olvido

mi lamentable amor. Enfurecido,

torvo, insociable, en mi fatal tristeza

20

[39]

aún odiaba el vivir: desfigurase

a mis lánguidos ojos la natura,

pero vi tu beldad por mi ventura,

y ya del sol el esplendor sublime

volviome a parecer grandioso y bello:

25

volví a admirar de los paternos campos

el risueño verdor. Sí: mis dolores

se disiparon como el humo leve,

de tu sonrisa y tu mirar divino

al inefable encanto.

30

¡Ángel consolador! ya te bendigo

con tierna gratitud: ¡cuán halagüeña

mi afán calmaste! De las ansias mías

cuando serena y plácida me hablabas,

la agitación amarga serenabas,

35

y en tu blando mirar me embelecías.

¿Por qué tan bellos días

fenecieron? ¡Ay Dios! ¿Por qué te partes?

Ayer nos vio este río en su ribera

sentados a los dos, embebecidos
40

en habla dulce, y arrojando conchas

al líquido cristal, mientras la luna

a mi placer purísimo reía

y con su luz bañaba

tu rostro celestial. Hoy solitario,
45

melancólico y mustio errar me mira

en el mismo lugar quizá buscando

con tierna languidez tus breves huellas

horas de paz, más bellas

que las cavilaciones de un amante,

50

[40]

¿Dónde volasteis? -Lola, dulce amiga,

di, ¿por qué me abandonas,

y encanta otro lugar tu voz divina?

¿No hay aquí palmas, agua cristalina,

y verde sombra, y soledad?... Acaso
55

en vago pensamiento sepultada,

recuerdas ¡ay! a tu sensible amigo.

¡Alma pura y feliz! Jamás olvides

a un mortal desdichado que te adora,

y cifra en ti su gloria y su delicia.
60

Mas el afecto puro

que me hace amarte, y hacia ti me lleva,

no es el furioso amor que en otro tiempo

turbó mi pecho: es amistad. -Do quiera

me seguirá la seductora imagen
65

de tu beldad. En la callada luna

contemplaré la angelical modestia

que en tu serena frente resplandece:

veré en el sol tus refulgentes ojos;

en la gallarda palma la elegancia
70

de tu talle gentil veré en la rosa

el purpúreo color y la fragancia

de la boca dulcísima y graciosa,

do el beso del amor riendo reposa:

así do quiera miraré a mi dueño,
75

y hasta las ilusiones de mi sueño

halagará su imagen deliciosa.

(En mayo de 1822, a los 19 años de su edad). [41]

La inconstancia

Oda

A D. Domingo del Monte

En aqueste pacífico retiro,

lejos del mundo y su tumulto insano

doliente vaga tu sensible amigo.

Tú sabes mis tormentos, y conoces

a la mujer infiel... ¡Oh! si del alma
5

su bella imagen alejar pudiese,

¡cuál fuera yo feliz! ¡cómo tranquilo

de amistad en el seno

gozara paz y plácida ventura,

de todo mal y pesadumbre ajeno!
10

¡Amor ciego y fatal!... Ahora la tierra

encanta con su fresca lozanía.

por detrás de los montes envidados

el almo sol en el sereno cielo

de azul, púrpura y oro arrebolado,
15

se alza con majestad: brilla su frente.

y la montaña, el bosque, el caserío,

relucen a la vez... Salud, ¡oh padre

del ser y del amor y de la vida!

¿Quién al mirar a ti no siente el alma
20
[42]

llena de inspiración?... ¡Salve! ¡Tu carro

lanza veloz por la celeste esfera,

y vida, fuerza y juventud lozana

vierta en el mundo tu inmortal carrera!

vuela, y muestra glorioso al universo
25

el alma Dios, que en tu fulgor velado,

sin principio ni fin... ¿Por qué mi frente

doblase mustia, y en mi rostro corre

esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado

el entusiasmo espléndido y sublime,
30

que a gozar y admirar me arrebatava?

¿Qué me importa ¡infeliz! el universo,

si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche

veré la tierra en esplendor bañada,

al vislumbrar de la fulgente luna,
35

y no seré feliz: no embebecida

el alma sentiré, cual otro tiempo,

en mil cavilaciones deliciosas

de ventura y amor: hoy afligido

solamente diré: «No mi adorada
40

en tal contemplación embelesada

a mí dirigirá sus pensamientos.»

De aquestas cañas a la blanda sombra

recuerdo triste mi placer pasado,

y me siento morir: lánguidamente
45

grabo en el tronco de la tersa caña

de Lesbia el nombre, y en delirio insano

gimo, y le cubren mis ardientes besos.

Su mano, ¡ay Dios! la mano que amorosa

mil y mil veces halagó la mía,

50

[43]

hundió el puñal en mi confiado pecho

con torpe engaño y con mudanza impía.

Heme juguete de la suerte fiera,

de una pasión tirana subyugado,

abatido, infeliz, desesperado,

55

el triste espectro de lo que antes era.

¡Oh pérfida mujer! ¡Cómo pagaste

el afecto más fino!

Bajo rostro tan cándido y divino

¿tan falso corazón pudo velarse?
60

Tú, mi loca pasión ¡ay! halagabas,

y feliz te dijiste en mis amores.

Aunque el hado tirano

en mi alma tierna y pura

verter quisiese cáliz de amargura,
65

¿Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?

Cuando el fatal prestigio con que ahora

la juventud y la beldad te cercan

haya la parca atroz desvanecido,

para salvar tu nombre del olvido
70

el triste amor de tu infeliz poeta

será el único timbre de tu gloria.

la mitad del laurel que orne mi tumba

entonces obtendrás; y de tus gracias

y de tu ingratitud y mi tormento
75

prolongará mi canto la memoria.

¡Hermosura fatal! tu disipaste

la brillante ilusión que me ocultaba

la corrupción universal del mundo,

y la vida y los hombres a mis ojos

80

[44]

presentaste cual son. ¿Dónde volaron

tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste

así olvidarte de tu amor primero?

¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ay! el alma

que fina te adoró, falsa, te adora.

85

No vengativo anhelaré que el cielo

te condene al dolor: sé tan dichosa

cual yo soy infeliz: mas no mi oído

hiera jamás el nombre aborrecido

de mi rival, ni de tu voz el eco
90

torne a rasgar la ensangrentada herida

de aqueste corazón: no a mirar vuelva

tu celeste ademán, ni aquellos ojos,

ni aquellos labios do letal ponzoña

ciego bebí... ¡Jamás! -Y tú en secreto
95

un suspiro a lo menos me consagra,

un recuerdo... ¡Ah cruel! No te maldigo,

y mi mayor anhelo

es elevarte con mi canto al cielo,

y un eterno laurel partir contigo.
100

(En julio de 1821). [45]

La cifra

Romance

¿Aún guardas, árbol querido

la cifra ingeniosa y bella

con que adornó mi adorada

tu solitaria corteza?

Bajo tu plácida sombra
5

me viste evitar con Lesbia

del fiero sol meridiano

el ardor y luz intensa.

Entonces ella sensible

pagaba mi fe sincera
10

y en ti enlazó nuestros nombres

de inmortal cariño en prenda

su amor pasó, ¡y ellos duran

cual dura mi amarga pena!...

Deja que borre el cuchillo
15

memorias ¡ay! tan funestas.

No me hables de amor: no juntes

mi nombre con el de Lesbia,

cuando la pérfida ríe

de sus mentidas promesas
20

y de un triste desengaño

al despecho me condena.

(En 1821). [46]

A Lola en sus días

Oda

Vuelve a mis brazos, deliciosa Lira,

en que de la beldad y los amores

el hechizo canté. Sobrado tiempo

de angustias y dolores

el eco flébil fuera

mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera

no calmar mi agonía

este brillante día

que a Lola vio nacer? ¡Cuán deleitosa

despunta en oriente la luz pura
10

del natal de una hermosa!

Naciste, Lola, y Cuba

al contemplar en ti su bello adorno

aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna

meció festivo amor: tu blanda risa
15

nació bajo su beso: complacido

la recibió, y en inefable encanto

y sin igual dulzura

tus labios inundó: tu lindo talle

de gallarda hermosura
20

Venus ornó con ceñidor divino,

y, tal vez envidiosa, contemplaba

tu celestial figura. [47]

Nace bárbaro caudillo,

25 que con frenética guerra

debe desolar la tierra,

y gime la humanidad.

Naciste, Lola, y el mundo

celebró tu nacimiento,

30 y embelesado y contento

adoró amor tu beldad.

Feliz aquel a quien afable miras

que en tu hablar se embebece, y a tu lado

admira con tu talle delicado

a viva luz de tus benignos ojos.

35

¡Venturoso mortal! ¡en cuanta envidia

mi corazón enciendes!... Lola hermosa,

¿quién tanta beldad y a tantas gracias

podiera resistir, ni qué alma fría

con la expresión divina de tus ojos

40

no se inflama de amor? El alma mía

se abrasó a tu mirar... Eres más bella

que la rosa lozana,

del Zéfiro mecida

al primer esplendor de la mañana.
45

Si en un tiempo más bello y felice

tantas gracias hubiera mirado,

¡Ah! tú fueras objeto adorado

de mi fina y ardiente pasión.

Mas la torpe dobléz, la falsía,
50

que mi pecho sensible rasgaron,

en su ciego furor me robaron

del placer la dichosa ilusión. [48]

¡Ángel consolador! Tu beldad sola

el bárbaro rigor de mis pesares

55

a mitigar alcanza,

y en tus ojos divinos

bebo rayos de luz y de esperanza.

Conviértelos a mí siempre serenos,

abra tus labios plácida sonrisa,

60

y embriágame de amor!... Acepta grata

por tu ventura mis ardientes votos.

¡Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera

sumir el cielo en aflicción y luto

tanta y tanta beldad? Si despiadado
65

el feroz infortunio te oprimiere,

¡ay! ¡no lo mire yo! Baje a la tumba

sin mirarte infeliz; o bien reciba

los golpes de la suerte,

y de ellos quedes libre, y generoso
70

si eres dichosa tú, seré dichoso.

Me oyes, Lola, placentera,

llena de fuerza y de vida...

¡Ay! mi juventud florida

el dolor marchita ya.

75

Cuando la muerte me hiera,

y torne tu día sereno

acuérdate de Fileno,

di su nombre suspirando,

y en torno de ti volando

80

mi sombra se gozará.

(Marzo de 1822). [49]

La partida

Cantata

¡A Dios, amada, a Dios! llegó el momento

del pavoroso a Dios... mi sentimiento

dígate aqueste llanto... ¡ay! ¡el primero

que me arranca el dolor! ¡Oh, Lesbia mía!

No es tan solo el horror de abandonarte

5

lo que me agita, sino los temores

de perder tu cariño: sí; la ausencia

mi imagen borraré, que en vivo fuego

grabó en tu pecho amor... Eres hermosa,

y yo soy infeliz!... En mi destierro
10

viviré entre dolor, y tu cercada

en fiestas mil de juventud fogosa,

que abrasará de tu beldad el brillo,

me venderás perjura,

y en nuevo amor palpitará tu seno,
15

olvidando del mísero Fileno

la fe constante y el amor sencillo.

Sumido en pesares,

y triste y lloroso,

20 noticias ansioso

de ti pediré:

y acaso diranme

con voz dolorida: [50]

25 «Tu Lesbia te olvida

tu Lesbia es infiel.»

Yo te ofendo, adorada: sí; perdona

a tu amante infeliz estos recelos.

¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos?

tú sabrás conservar con fiel cariño
30

de tu primer amante la memoria;

no perderás ese candor que te hace

del cielo amor, y de tu sexo gloria.

¡Lloras! ¡ay! ¡lloras!... ¡Oh fatal momento

de dicha y de dolor!. Aquese llanto,
35

que tu amor me asegura,

me rasga el corazón... Tu hermosa vida

anublan los pesares y amargura

por mi funesto ardor... ¡El cielo sabe

que con toda la sangre que me anima
40

comprar quisiera tu inmortal ventura!

Mas, desdichado soy... ¿por qué te uniste

a mi suerte cruel, que ha emponzoñado

de tus años la flor?... ¡A Dios, querida!...

¡A Dios!... ¡Ay! apuremos presurosos

45

el cáliz del dolor... Ese pañuelo

con tus preciosas lágrimas regado,

trueca por este mío.

Besándolo mil veces, y en sus hilos

mi llanto amargo uniendo con tu llanto,
50

daré a mi pena celestial consuelo.

«Lesbia me ama, diré, y en mi partida

este llanto vertió... Tal vez ahora

mi pañuelo feliz besa encendida, [51]

y le estrecha a su seno
55

y un amor inmortal jura a Fileno.»

Piensa en mí, Lesbia divina;

y si algún amante osado

de tus hechizos prendado,

quiere robarme tu amor;
60

pon la vista en el pañuelo

prenda fiel de la fe mía,

y di: «cuando se partía,

¡Cuán grande fue su dolor!»

(En 1819).

[52]

Recuerdo

Soneto

Despunta apenas la rosada aurora:

plácida brisa nuestras velas llena;

callan el mar y el viento, y solo suena

el rudo hendir de la cortante prora.

Ya separado ¡ayme! de mi señora
5

gimo no más en noche tan serena:

dulce airecillo, mi profunda pena

lleva al objeto que mi pecho adora.

¡Oh! ¡cuántas veces, al rayar el día,

ledo y feliz de su amoroso lado
10

salir la luna pálida me vía!

¡Huye, memoria de mi bien pasado!

¿Qué sirves ya? Separación impía

la brillante ilusión ha disipado. [53]

Para grabarse en un árbol

Soneto

Árbol, que de Fileno y su adorada

velaste con tu sombra los amores,

jamás del can ardiente los rigores

dejen tu hermosa pompa marchitada.

Al saludar tu copa embovedada,
5

palpiten de placer los amadores,

y celosos frenéticos furores

nunca profanen tu mansión sagrada.

A Dios, árbol feliz, árbol amado:

para anunciar mi dicha al caminante
10

guarde aquesta inscripción tu tronco añoso.

Aquí moró el placer: aquí premiado

miró Fileno al fin su amor constante:

sensible amó, le amaron, fue dichoso. [54]

La melancolía

Letrilla

Hoja solitaria y mustia,

que de tu árbol arrancada,

por el viento arrebatada

triste murmurando vas,

¿do te diriges? -Lo ignoro,
5

de la encina que adornaba

este prado, y me apoyaba,

los restos mirando estás.

Bajo su sombra felice

las zagalas y pastores
10

cantaban, y sus amores

contenta escuchaba yo,

Nise; la joven más bella

que jamás ornó éste prado

tal vez pensando en su amado,
15

en el tronco se apoyó.

Mas contrastada la encina

por huracán inclemente

abatió su altiva frente

dejándose despojar.
20

Desde entonces cada día

raudo el viento me arrebatata, [55]

y aunque feroz me maltrata

ni aun oso quejarme de él.

Voy, de su impulso llevado
25

del valle a la selva umbrosa,

do van las hojas de rosa

y las hojas de laurel.

[56]

El Ay de mí

Letrilla

¡Cuán difícil es al hombre

hallar un objeto amable

con cuyo amor inefable

pueda llamarse feliz!

Y si este objeto resulta
5

frívolo, duro, inconstante

¿Qué resta al mísero amante

sino exclamar ¡ay de mí!

El amor es un desierto

sin límites, abrasado,
10

en que a muy pocos fue dado

pura delicia sentir.

Pero en sus mismos dolores

guarda mágica ternura,

y hay siempre cierta dulzura
15

en suspirar ¡ay de mí! [57]

Al salto de Niágara

Oda

Templad mi lira, dádmela, que siento

en mi alma estremecida y agitada

arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo

en tinieblas pasó, sin que mi frente

brillase con su luz!... Niágara undoso,
5

tu sublime terror solo podría

tornarme el don divino, que ensañada

me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla

tu trueno aterrador: disipa un tanto
10

las tinieblas que en torno te circundan,

déjame contemplar tu faz serena,

y de entusiasmo ardiente mi alma llena.

Yo digno soy de contemplarte: siempre

la común y mezquino desdeñando,
15

ansié por lo terrífico y sublime.

Al despeñarse el huracán furioso,

al retumbar sobre mi frente el rayo,

palpitando gocé: vi al Océano [58]

azotado por austro proceloso,
20

combatir mi bajel, y ante mis plantas

vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.

Mas del mar la fiereza

en mi alma no produjo

la profunda impresión que tu grandeza.
25

Sereno, corres, majestuoso; y luego

en ásperos peñascos quebrantado,

te abalanzas violento y arrebatado,

como el destino irresistible y ciego.

¿Qué voz humana describir podría
30

de la Sirte rugiente

la aterradora faz? El alma mía

en vago pensamiento se confunde

al mirar esa férvida corriente,

que en vano quiere la turbada vista
35

en su vuelo seguir al borde oscuro

del precipicio altísimo: mil olas

cual pensamiento rápidas pasando,

chocan y se enfurecen,

y otras mil y otras mil ya las alcanzan
40

y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo

devora los torrentes, despeñados:

crúzanse en él mil iris, y asomados

vuelven los bosques al fragor tremendo.
45

En las rígidas peñas

rómpele el agua: vaporosa nube

con elástica fuerza

llena el abismo en torbellino, sube, [59]

gira en torno, y al éter
50

luminosa pirámide levanta,

y por sobre los montes que le cercan

al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista

con inútil afán? ¿Por qué no miro
55

alrededor de tu caverna inmensa

las palmas ¡ay! las palmas deliciosas

que en las llanuras de mi ardiente Patria

nacen del sol a la sonrisa y crecen,

y al soplo de las brisas del Océano
60

bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...

Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,

ni otra corona que el a queste pino

a tu terrible majestad conviene.
65

La palma, y mirto, y delicada Rosa,

muelle placer inspiran, y ocio blando

en frívolo jardín a ti la suerte

guardó más digno objeto, más sublime

el alma libre, generosa, fuerte
70

viene, te ve, se asombra,

el mezquino deleite menosprecia,

y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas

oí monstruos execrables
75

blasfemando tu nombre sacrosanto,

sembrar error y fanatismo impío, [60]

los campos inundar en sangre y llanto,

de hermanos atizar la infanda guerra,

y desolar frenéticos la tierra.

80

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista

en grave indignación. Por otra parte

vi mentidos filósofos que osaban

escrutar tus misterios, ultrajarte,

y de impiedad al lamentable abismo

85

a los míseros hombres arrastraban.

Por eso te buscó mi débil mente

en la sublime soledad: ahora

entera se abre a ti; tu mano siente

en esta inmensidad que me circunda,
90

y tu profunda voz hiere mi seno

de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!

¡Cómo, tu vista el ánimo enajena,

y de terror y admiración me llena!

95

¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza

por tantos siglos tu inexhausta fuente?

¿Qué poderosa mano

hace que al recibirte

no rebose en la tierra el Océano?

100

Abrió el Señor su mano omnipotente;

cubrió tu faz de nubes agitadas,

dio su voz a tus aguas despeñadas,

y ornó con su arco tu terrible frente.

¡Ciego, profundo, infatigable corres,
105

como el torrente obscuro de los siglos

en insondable eternidad!... ¡Al hombre [61]

huyen así las ilusiones gratas,

los florecientes días,

y despierta al dolor! -¡Ay! agostada
110

yace mi juventud; mi faz marchita,

y la profunda pena que me agita

ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día

mi soledad y mísero abandono
115

y lamentable desamor... ¿Podría

en edad borrascosa

sin amor ser feliz? ¡Oh! si una hermosa

mi cariño fijase,

y de este abismo al borde turbulento
120

mi vago pensamiento

y ardiente admiración acompañase!

¡Cómo gozara, viéndola cubrirse

de leve palidez, y ser más bella

en su dulce terror, y sonreírse
125

al sostenerla mis amantes brazos!...

¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,

sin patria, sin amores,

solo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
130

¡A Dios! ¡A Dios! dentro de pocos años

ya devorado habrá la tumba fría

a tu débil cantor. ¡Duren mis versos

cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso

viéndote algún viajero,
135

dar un suspiro a la memoria mía!

y al abismarse Febo en occidente [62]

feliz yo vuela do el Señor me llama,

y al escuchar los ecos de mi fama

alce en las nubes la radiosa frente.
140

(En junio de 1824, cuando el poeta tenía 21 años: nació en 1803).

[63]

En una tempestad

Oda al huracán

Huracán, huracán, venir te siento

y en tu soplo abrasado

respiro entusiasmado

del Señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
5

vedle rodar por el espacio inmenso,

silencioso, tremendo, irresistible

en su curso veloz. La tierra en calma

siniestra, misteriosa,

contempla con pavor su faz terrible.
10

¿Al toro no miráis? El suelo escarba

de insoportable ardor sus pies heridos,

la frente poderosa levantando,

y en la hinchada nariz fuego aspirando

llama la tempestad con sus bramidos!
15

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando

vela en triste vapor su faz gloriosa,

y su disco nublado solo vierte

luz fúnebre y sombría,

que no es noche ni día
20

¡pavoroso color, velos de muerte! [64]

Los pajarillos tiemblan y se esconden

al acercarse el huracán bramando,

y en los lejanos montes retumbando

le oyen los bosques, y a su voz responden.
25

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve

su manto aterrador y majestuoso!...

¡Gigante de los aires, te saludo!...

En fiera confusión el viento agita

las orlas de tu parda vestidura...
30

¡Ved!... en el horizonte

los brazos rapidísimos enarca,

y con ellos abarca

cuanto alcanzo a mirar de monte a monte.

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo
35

levanta en torbellinos

el polvo de los campos agitados!...

En las nubes retumba despeñado

el carro del Señor, y de sus ruedas

brotó el rayo veloz, se precipita,
40

hiere y aterra al suelo,

y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada

cae a torrentes, oscurece el mundo,

y todo es confusión, horror profundo.
45

Cielo, nubes, colinas, caro bosque,

¿Do estáis?... Os busco en vano:

desparecisteis... La tormenta umbría

en los aires revuelve un Océano

que todo lo sepulta...
50

Al fin, mundo fatal, nos se paramos: [65]

el huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! cómo en tu seno

de tu solemne inspiración henchido,

el mundo vil y miserable olvido
55

y alzo la frente, de delicia lleno!

¿Do está el alma cobarde

que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo

al trono del Señor: oigo en las nubes

el eco de su voz: siento a la tierra
60

escucharle y temblar. Ferviente lloro

desciende por mis pálidas mejillas,

y su alta majestad trémulo adoro.

(En 1822 de los 19 años de su edad). [66]

Himno al Sol, escrito en el océano

En los yermos del mar, donde habitas,

Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:

lo infinito circunda tu frente,

lo infinito sostiene tus pies.

Ven: al bronco rugir de las ondas
5

que acento tan fiero y sublime,

que mi pecho entibiado reanime,

y mi frente ilumine, otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,

se colora de rosa el Oriente,
10

y la sombra se acoge a Occidente,

y a las nubes lejanas del Sur:

y del Este en el vago horizonte,

que confuso mostrábase y denso,

se alza pórtico espléndido, inmenso
15

de oro, púrpura, fuego y azur.

¡Vedle ya!... Cuál gigante imperioso

alza el Sol su cabeza encendida...

¡Salve, padre de luz y de vida,

centro eterno de fuerza y calor!
20

¡Cómo lucen las olas serenas

de tu ardiente fulgor inundadas!

[67]

¡Cuál sonriendo las velas doradas

tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
25

poderoso renueva este mundo:

aun del mar el abismo profundo

mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera

dulce vida recobran los pechos,
30

y en dichosa ternura deshechos

reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego

de verdura las viste y de flores,

y sus brisas y blandos olores
35

feudo son a tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos

abandona huracán inclemente,

cuando en ellos reluce tu frente

y la calma se mira volver.

40

Tuyas son las montañas altivas

que saludan tu brillo primero,

y en la tarde tu rayo postrero

las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas,

45

de la tierra insondable tesoro,

y en su seno el diamante y el oro

reconcentra tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,

y al poeta tus rayos animan;
50

su entusiasmo celeste subliman,

y te ciñen eterno laurel. [68]

Cuando el éter dominas, y al mundo

con calor vivificas intenso,

que a mi seno descendes yo pienso,
55

y alto Numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros

de tu luz en las alas envía

al Autor de tu vida y la mía,

al Señor de los cielos y el mar.
60

Calma eterna do quiera respira,

y velado en tu fuego le adoro:

si yo mismo, ¡mezquino! me ignoro,

¿cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo,
65

sé que vive, que reina y me ama,

y su aliento divino me inflama

de justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día

vacilar de mi fe los cimientos,
70

fue al mirar sus altares sangrientos

circundados por crimen y error.

(En 1825 a los 22 años de su edad). [69]

Oda al cometa de 1825

Que el autor supone ser el mismo que apareció en 1811

Planeta de terror, monstruo del cielo,

errante masa de perennes llamas

que iluminas e inflamas

los desiertos del Éter en tu vuelo;

¿Qué universo lejano

al sistema solar ora te envía?

5

¿Te lanza del Señor, la airada mano

a que destruyas en tu curso insano

del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?

El sabio laborioso

10

para seguirte se fatiga en vano,

y más allá del invisible Urano

ve abismarse tu carro misterioso;

¿El influjo del sol allá te alcanza,

o una funesta rebelión te lanza

15

a ilimitada y férvida carrera?

Bandido inaquietable de la esfera,

¿Ningún sistema habitas, [70]

y tan cerca del sol te precipitas

para insultar su majestad severa?
20

Huye su luz, y teme que indignado

a su vasta atracción ceder te ordene,

y entre Jove y Saturno te encadene,

de tu brillante ropa despojado.

Mas si tu curso con furor completas,
25

y le hiere tu disco de diamante,

arrojarás triunfante

al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira

tu faz el vulgo con asombro y miedo,
30

yo, al contemplarte ledo,

elévome al Criador: mi mente admira

su alta grandeza, y tímida le adora.

y no tan solo ahora

en mi alma dejas impresión profunda:

35

ya de la noche en el brillante velo,

de mi niñez en los ardientes días,

a mi agitada mente parecías

un volcán en el cielo.

El ángel silencioso
40

que ora inocente dirección te inspira,

se armará del Señor con la palabra

cuando del libro del destino se abra

la página sangrienta de su ira.

¡Entonces furibundo

45

chocarás con los astros, que lanzados

volarán de sus órbitas, hundidos

en el éter profundo, [71]

y escombros abrasados

de mundos destruidos

50

llevarán el terror a otro sistema!...

Tente, Musa: respeta el velo obscuro

con que de Dios la majestad suprema,

envuelve la región de lo futuro:

tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
55

y a millones de mundos ignorados

al Hacedor magnífico revela. [72]

Oda a la noche

Reina la noche: con silencio grave

gira los sueños en el aire vano;

cándida, pura, el silencioso llano

viste la luna de su luz suave.

¡Hora de paz!... Aquí, do a nadie miro,
5

en esta cumbre, alzado,

heme, Señor, del mundo abandonado.

¡Cómo embelesa la quietud augusta

de la natura, a la sensible alma

que oye su voz, y en deleitosa calma
10

de esta mansión y su silencio gusta!

Grato silencio, que interrumpe el río

distante murmurando,

o en las hojas el viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente
15

gira en lánguidas alas el reposo,

que vela fiel bajo del cielo umbroso

y huye la luz del sol resplandeciente.

Invisible con él y misterioso

en llano y montes yace
20

el bello horror, que contristando place.

¡Cómo en el alma estática se imprime

el delicioso y triste pensamiento! [73]

¡Cómo el cuadro feliz que miro atento

es a par melancólico y sublime!
25

¡Ah! su paz de la música prefiero

al eco poderoso

con que se anima el baile bullicioso.

Allí en salón soberbio, por do quiera

terso cristal duplica los semblantes:
30

de oro vestida y perlas y diamantes

hermosura gentil danza ligera,

y con sus gracias y afectado hechizo

de mil adoradores

lleva tras sí los votos y loores.

35

¡Admirable es aquesto! Yo algún día,

de la simple niñez salido apenas,

en los bailes magníficos y cenas

de mi amor al objeto perseguía;

y atesoré con mágica ventura

40

de la Joven amada

un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido,

y a languidez y enfermedad ligado,

muy más me place que salón dorado
45

Este llano en la noche oscurecido;

a la brillante danza prefiriendo

el meditar tranquilo

bajo este cielo, en inocente asilo.

¡Ah! bríllenme por siempre las estrellas
50

en un cielo tan puro como ahora,

y a la alta mano de mi ser Autora

puédame yo elevar, viéndola en ellas. [74]

A ti, Dios de los cielos, en la noche

alzo en humilde canto

55

la dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo también, amiga luna:

siempre tierno te amé, reina del cielo:

siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,

en la adversa y la próspera fortuna.

60

Tú sabes cuantas veces anhelando

gozar tu compañía,

maldije el brillo del ardiente día.

Asentado tal vez a las orillas

del mar, cuyo cristal te retrataba
65

en cavilar dulcísimo pasaba

las leves horas en que leda brillas;

y recordando mi nublada gloria,

miré tu faz serena

y en tierno llanto desahogué mi pena.
70

¡Mas ay! el pecho con dolor palpita,

herido ya de consunción tirana,

y cual tú al esplendor de la mañana,

palidece mi rostro y se marchita.

Cuando caiga por fin, inunde al menos
75

esa luz calma y pura

de tu amigo la humilde sepultura...

...Mas, ¿qué canto suavísimo resuena

del inmediato bosque en la espesura?

Es tu voz, ruiseñor, que de ternura
80

en dulce soledad mi pecho llena.

Siempre te amé, porque debiste al cielo

genio triste y sombrío, [75]

tierno y agreste, como el genio mío.

Perezca el que a tu nido te arrebató,
85

y porque gimas gusta de oprimirte:

¿Por qué no viene como yo a seguirte

del bosque espeso entre la sombra grata?

Salta libre y feliz de ramo en ramo

en torno de tu nido,
90

que a nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el caos profundo

produjo antes que al sol, y al sol postrero

has de sobrevivir, cuando severo

el brazo del Señor trastorne el mundo;
95

óyeme: tú serás mientras me dure

este soplo de vida

celebrada por mí, de mi querida.

Antes del primer tiempo, sepultada

del caos en el vértice yacías:
100

inspirada tal vez ya preveías

a tu beldad la gloria destinada;

y ociosa, triste, en el sombroso velo

tu frente rebozabas,

y en el futuro imperio meditabas.
105

A la voz del Criador, del Océano

reina saliste, el cetro levantando,

de estrellas coronada, desplegando

el manto rico por el éter vano;

y al mundo silencioso deleitaba
110

en tu frente severa

de la alma luna la argentada esfera.

¡Cuántas altas verdades he aprendido [76]

en tu solemne horror, sublime diosa!

En el silencio de la selva umbrosa
115

¡Cuántas inspiraciones te he debido!

En ti miro al Criador, y arrebatado

de fervoroso anhelo,

pulso mi lira y me levanto al cielo.

¡Salve, gran diosa! en tu apacible seno
120

déjame consolar y recrearme:

tu bálsamo feliz puede aliviarme

el triste pecho de dolores lleno.

¡Noche, de los poetas y almas tiernas

dulce, piadosa amiga,
125

en blanda paz convierte mi fatiga! [77]

Calma en el mar

Letrilla

El cielo está puro,

la noche tranquila,

y plácida reina

la calma en el mar.

En su campo inmenso
5

el aire dormido

la flámula inmóvil

no puede agitar.

Ninguna brisa

llena las velas,
10

ni alza las ondas

viento vivaz.

En el Oriente

débil meteoro

brilla y disípase
15

leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante

nos muestra la luna,

y en torno la ciñe

corona de luz.

20

[78]

El brillo sereno

argenta las nubes

quitando a la noche

su pardo capuz.

Y las estrellas,

25

cual puntos de oro,

en todo el cielo

vense brillar.

Como un espejo

terso, bruñido,
30

las luces trémulas

refleja el mar.

La calma profunda

de aire, mar y cielo

al ánimo inspira
35

dulce meditar.

Angustias y afanes

de la triste vida,

mi llagado pecho

quiere descansar.
40

Astros eternos

lámparas dignas

que ornáis el templo

del Hacedor.

Sedme la imagen
45

de su grandeza

que lleve al ánima

santo pavor.

¡Oh piloto! La nave prepara:

a seguir tu derrota disponte,

50

[79]

que en el puro, lejano horizonte

se levanta la brisa del sur:

y la zona que oscura lo ciñe

cual la luz presurosa se tiende,

y del mar, cuyo espejo se hiende,

55

muy más bello parece el azul.

[80]

Oda al Sol

Yo te amo, ¡oh Sol! tú sabes cuan gozoso,

cuando en las puertas del oriente asomas,

siempre te saludé. Cuando tus rayos

nos arrojas fogoso

desde tu trono en el desierto cielo,

5

del bosque hojoso entre la sombra grata

me deleito al bañarme en la frescura

que los céfiros vierten en su vuelo;

y a mil cavilaciones me abandono

de inefable dulzura

10

cuando reclinas la radiosa frente

en las trémulas nubes de occidente.

Empero el opulento en su delirio

solo de vicios y maldad ansioso,

rara vez alza a ti su faz ingrata.

15

Tras el festín nocturno, crapuloso

tu luz sus ojos lánguidos maltrata,

y tu fuego le ofende

tu fuego puro, que en tu amor me enciende.

¡Oh! si el oro fatal cierra las almas
20

a admirar y gozar, yo le desprecio;

disfruten otros su letal riqueza,

y yo contigo mi feliz pobreza.

[81]

¡Oh! ¡cuánto en el Anahuac

por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
25

mirábase encorvado

hacia la tumba oscura:

en el invierno rígido, inclemente

me viste, al contemplar tu tibio rayo,

triste acordarme del fulgor de mayo,
30

y alzar a ti la moribunda frente.

¡«Dadme, (clamaba), dadme un sol de fuego

y bajo el agua, sombras, y verdura,

y me veréis feliz!...» Tú, Sol, tu solo

mi vida conservaste: mis dolores
35

cual humo al Aquilón desaparecieron,

cuando en Cuba tus rayos bienhechores

en mi pálida faz resplandecieron.

Mi patria... ¡Oh Sol! Mi suspirada Cuba

¿A quién debe su gloria,
40

a quién su eterna, virginal belleza?

Solo a tu amor. Del Capricornio al Cáncer

en giro eterno recorriendo el cielo,

jamás de ella te apartas, y a tus ojos

de cocoteros cúbrese y de palmas,
45

y naranjos preciosos, cuya pompa

nunca destroza el inclemente hielo:

tus rayos en sus vegas

desenvuelven los lirios y las rosas,

maduran la más dulce de las plantas,
50

y del café las sales deliciosas.

Cuando en tu ardor vivifico las viertes

larga fuente de vida y de ventura [82]

¿No te gozas, ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas a veces también por nuestras cumbres
55

truenan la tempestad. Entristecido

velas tu pura faz, mientras las nubes

sus negras olas por el aire ardiente

revuelven con furor, y comprimido

ruge el rayo impaciente,
60

estalla, luce, hiere, y un diluvio

de viento y agua y fuego se desata

sobre la tierra trémula, y el caos

amenaza tornar... Mas no, que lanzas

¡oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
65

la confusión de nubes y a la tierra

llega a dar esperanza. Ella anhelante

le recibe, sonrío, y rebramando

huye ante ti la tempestad: más puro

centella tu ancho disco en occidente.
70

Respira el mundo paz: bosque y pradera

se ornan de nuevas galas,

mientras al cielo con la tierra uniendo

el iris tiende sus brillantes alas.

¡Alma de la creación! Cuando el Eterno
75

del primitivo caos

con imperiosa voz sacó la tierra,

¿Qué fue sin tu presencia? Yermo triste,

do inmóviles reinaban

frialdad, silencio, oscuridad... Empero
80

la voz Omnipotente

dijo: ¡enciéndase el sol! y te encendiste,

y brotaste la luz, que en raudo vuelo [83]

pobló los campos del desierto cielo.

¡Oh! ¡cuán ardiente, al recibir la vida
85

al curso eterno te lanzaste luego!

¡Cómo al sentir tu delicioso fuego,

se animó la creación estremecida!

La sombra de los bosques,

el cristal de las aguas,
90

las brisas y las flores,

y el rutilante cielo y sus colores

a una mirada tuya parecieron,

y el placer y la vida

su germen inmortal desarrollaron.

95

Y esos planetas, tu feliz corona,

te obedecen también: raudos giraban

sin órbita ni centro

del éter en las vastas soledades.

El Criador soberano sujetolos

100

a tu poder; y les pusiste rienda,

a tu fuerte atracción los enlazaste,

y en derredor de ti los obligaste

a que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres solo
105

criatura como yo y estrella débil

(Como las que arden por la noche umbría

en el cielo sin nubes) en presencia

de tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,

omniscio, omnipotente, dirigiendo
110

con designios profundos

tantos millones férvidos de mundos,

reina en el corazón del universo. [84]

Espejo ardiente en que el Señor se mira,

ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
115

ya con el rayo y espantoso trueno

al mundo lance su terrible ira;

gloria del Universo,

del empíreo señor, padre del día,

¡Sol! oye: si mi mente
120

alta revelación no iluminara,

en mi entusiasmo ardiente

a ti, rey de los astros, adorara. [85]

El arco iris

Arco sublime de triunfo

que adornas el vasto cielo

cuando su confuso velo

recoge la tempestad;

no al oráculo severo
5

de la alma filosofía

pregunta la mente mía

la causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo

de mi niñez deliciosa,
10

cuando tu frente radiosa

parábame a contemplar;

y estación te imaginaba

para que entre tierra y cielo

descansara de su vuelo
15

del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos fríos

explicar tu forma bella

para agradarme con ella

cual mi ignorancia feliz?
20

En lluvia fugaz convierten

el espléndido tesoro

de perlas, púrpura y oro, [86]

que ardiente soñaba en ti.

Cuando a natura la ciencia
25

quita el misterioso encanto,

¡cuánto disminuye, cuánto

el brillo de su beldad!

¡Cuál ceden a yertas leyes

mil deliciosas visiones!
30

¡Cuán plácidas ilusiones

miramos, ¡ay! ¡disipar!

Pero el mismo Omnipotente

nos revela, arco divino,

tu origen y tu destino
35

con su palabra inmortal,

al dibujarse tu frente

en el cielo y mar profundo,

al cano Padre del mundo

fuiste sagrada señal.
40

Cuando tras fiero diluvio

la verde tierra te amaba,

cada madre a su hijo alzaba

a ver el arco de Dios.

El campo te daba incienso,
45

y aroma puro la brisa,

cuando en tu luz la sonrisa

del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,

sereno brillas ahora,
50

y cual del mundo la aurora,

su fin tremendo verás:

que Dios, fiel a su promesa, [87]

intacta guarda tu gloria,

para perpetua memoria
55

de que a la tierra dio paz.

De la música primera

sonó en tu honor el acento,

y del primer poeta el viento

oyó la mágica voz.

60

Sigue pues siendo mi tema,

símbolo de la esperanza,

fiel monumento de alianza

entre los hombres y Dios. [88]

Composición poética

Al recibir el retrato de su madre

Es ella, sí: la veneranda frente

que adoro mi niñez, de nuevo miro

con profunda emoción; aunque las huellas

del tiempo y del dolor tiene grabadas.

He aquí los ojos que mi débil cuna
5

estáticos velaban, y los labios

que con tierno cariño tantas veces

en mi pálida frente deponían

el santo beso maternal... Imagen

de la madre mejor y más amada
10

ven a mis labios, a mi ardiente seno,

y recibe las lágrimas que brotan

mis ojos mustios; llanto de ternura

y acaso de fatal remordimiento.

Sí, madre idolatrada: tus amores
15

tu anhelo por mi bien infatigable,

y tus lecciones de virtud sencilla

desatendí frenético... ¿Qué pago

recibiste de mí? Dolor y luto.

Precipité mis pasos imprudentes
20

tras el glorioso, espléndido fantasma [89]

de inaccesible libertad. La ira

de celoso poder me hizo blanco,

y fulminó tremenda. ¡Cuántas noches

cuando los ojos de llorar cansados
25

cerrabas, te mostró la fantasía

mi sangriento patíbulo! Mi fuga,

y una separación tal vez eterna,

calmaron tu terror, no tus pesares.

¡Qué lágrimas ansiosas, de amargura,
30

te habrá tu primogénito costado,

prófugo, errante en extranjeros climas,

donde asentaron su fatal imperio

feroces odios, ambición tirana,

y fratricida bárbara discordia!

35

Y yo, madre, también tu triste ausencia

lamento inconsolable. Los prestigios

de mísero poder o fútil gloria

no me embriagaron, ni del pecho ansioso

borrar pudieron tu sagrada imagen.

40

De Temis en el templo venerando;

en la Silla curul, a que fortuna

elevome después; en el peligro

y excitación de bélico tumulto;

entre los brazos de adorada esposa
45

o las tiernas caricias de mis hijos,

recordé tus amores, y brotaba

de mis ardientes labios el suspiro.

Tres años ha que por la vez primera

desde el trono español se pronunciaron
50

los dulces ecos de la paz y olvido. [90]

¡Oh! ¡cómo palpitó!... La fantasía

en mágica ilusión mostrome abiertos

los campos deliciosos de mi Cuba

y entre sus cocoteros y sus palmas,
55

al margen de sus plácidos arroyos,

con mi familia cara y mis amigos

me hizo vagar. Al agitado pecho

pensé estrechar a las hermanas mías,

a mi madre inundar en llanto dulce
60

de inefable ternura, y en su seno

deponer a mis hijos... Mas ¡sañudo

arbitrario poder frustró mis votos;

que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,

de viles siervos abatida sierva,
65

no es dado el hacer bien ni al mismo trono,

cuyo querer eluden los caprichos

de Sátrapa insolente!... Se arrastraron

dos lustros y dos años dolorosos

de expatriación, de lágrimas y luto
70

y en los hispanos pechos implacable

arde vivo el rencor...

Mas a despecho

del odio suspicaz y la venganza,

yo, madre, te veré. Cuando benigna
75

primavera genial restaure el mundo,

las turbulentas olas del Océano

hendiremos los dos, y venturoso

del Hudson en las fértiles orillas

te abrazaré. Tu imagen venerada
80

será entretanto mi mayor consuelo. [91]

Mostrándola a mis hijos cada día,

enseñáreles con afán piadoso

a que te amen, respeten y bendigan,

y oren por ti sus inocentes labios.
85

Ella en este desierto de la vida

será para mis ojos vacilantes

astro sublime de virtud. Al verla,

tus augustos consejos recordando,

fiel les seré, y a Dios enardecido
90

elevaré mis incesantes votos

porque a tus brazos me conduzca. Sea

báculo a tu vejez tu primer hijo,

y en asilo rural, feliz oscuro,

te haga olvidar las anteriores penas
95

con amantes cuidados y caricias.

Aquesto y nada más, demando al cielo.

Y tú, dulce Agustín, a quien los lazos

de la sangre y amor conmigo unieron,

a quien debo tal don, recibe ahora
100

mi gratitud. -Si mis humildes versos

perdona el tiempo audaz, tu caro nombre

ellos dirán a los futuros siglos,

de piadosa amistad para modelo.

(Copiada de un manuscrito: la compuso el autor en 4 enero 1836). [92]

La caída de las hojas

Romance

De otoño el viento la tierra

llenaba de hojas marchitas,

y en el valle solitario

mudo el ruiseñor yacía.

Solo y moribundo un joven
5

lentamente recorría

el bosque donde jugaba

en sus niñeces floridas.

«A Dios, adorado bosque,

voy a morir, le decía,
10

y mi fin desventurado

tus hojas ¡ay! vaticinan.

La enfermedad que mi seno

está devorando impía,

pálido, cual flor de otoño,
15

hacia el sepulcro me inclina.

Apenas breves instantes

disfruté la dulce vida,

y siento mi primavera

cual sueño desvanecida.
20

Caed, efímeras hojas

y por el suelo tendidas, [93]

a mi desolada madre

ocultad mi tumba fría.

Mas si mi amante velada
25

viene en la tarde sombría

a llorar en mi sepulcro,

agitándoos conmovidas,

despertad mi triste sombra

y su fiel llanto reciba.»
30

Dijo, ¡y partió... para siempre!

Murió, y al tercero día

la sepultura le abrieron

debajo la árida encina.

Su madre (¡ay! por poco tiempo)
35

vino a llorarle afligida;

pero no su infiel amante

como el infeliz creía.

Solo del pastor los pasos

en aquella selva umbría
40

perturban hoy el silencio

en torno de sus cenizas. [94]

Sobre la poesía

Oda

¡Alma del universo, Poesía!

Tu aliento vivifica, y semejante

al soplo abrasador de los desiertos,

en su curso veloz todo lo inflama.

¡Feliz aquel que la celeste llama
5

siente en su corazón! Ella le eleva

al bien, a la virtud: ella a su vista

hace que rían las confusas formas

del gozo por venir: contra el torrente

del infortunio bárbaro le escuda,
10

haciéndole habitar entre los seres

de su creación; con alas encendidas

osada le arma, y vuela

al invisible mundo,

y los misterios de su horror profundo

15

a los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiración! ¡oh! ¡cuántas horas

de inefable deleite

concediste benigna al pecho mío!

En las brillantes noches del estío

20

grato es romper con la sonante prora,

largo rastro de luz tras sí dejando, [95]

del mar las ondas férvidas y oscuras;

grato es trepar los montes encumbrados,

o a caballo volar por las llanuras.

25

Pero a mi alma fogosa es muy más grato

dejarme arrebatado por tu torrente,

y ornada en rayos la soberbia frente,

escuchar tus oráculos divinos,

y repetirlos; como en otro tiempo

30

de Apolo a la feliz sacerdotisa

Grecia muda escuchaba,

y ella de sacro horror se estremecía,

y el fatídico acento repetía

del dios abrasador que la agitaba.

35

Hay un genio, un espíritu de vida

que llena el universo: él es quien vierte

en las bellas escenas de natura

su gloria y majestad: él quien envuelve

con su radioso manto a la hermosura
40

y da a sus ojos elocuente idioma,

y música a su voz: él quien la presta

el hechizo funesto, irresistible,

que embriaga y enloquece a los mortales

en su sonrisa y su mirar: él sopla
45

del mármol yerto las dormidas formas,

y las anima, si el cincel las hiera.

Él en Fedra, en Tancredo, y en Zoraida

nos despedaza el corazón: o blando

con Anacreón y Tíbulo y Meléndez
50

del deleite amoroso nos inspira

la languidez dulcísima: o tronando [96]

nos arrebató en Píndaro y Herrera

y el ilustre Quintana, a las alturas

de la virtud sublime y de la gloria.
55

Por él Homero al furibundo Aquiles

hace admirar, Torcuato a su Clorinda,

y Milton, más que todos elevado,

a su ángel fiero, de diamante armado.

Por do quiera este espíritu reside;
60

mas invisible. Del etéreo cielo

baja y se manifiesta a los mortales

en la nocturna lluvia y en el trueno.

Allí le he visto yo: tal vez sereno

vaga en la luz del sol, cuando este inunda
65

al cielo, tierra y mar en olas de oro:

de la música tiembla en el acento.

Ama la soledad: escucha atento

de las aguas con furia despeñadas

el tremendo fragor. Por el desierto
70

los vagabundos árabes conduce,

soplando entre sus pechos agitados

un sentimiento grande, indefinido,

de agreste libertad. En las montañas

se sienta con placer, o de su cumbre
75

baja, y se mira del Océano inmóvil

en el hondo cristal, o con sus gritos

anima las borrascas. Si la noche

tiende su puro y centellante velo,

en la alta popa reclinado inspira
80

al que estático mira

abajo el mar, sobre su frente el cielo. [97]

Es el ansia de gloria noble y bella:

yo de su lauro en el amor palpito,

y quisiera en el mundo que hoy habito
85

de mi paso dejar profunda huella.

De tu favor, espíritu divino,

puedo esperarlo, que tu aliento ardiente

vive eterno y da vida: los mortales

a quienes genio dispensó el destino,
90

ansiosos corren a la sacra fuente

que tu fogosa inspiración recibe.

El mundo a sus afanes apercibe

indigno galardón. Cuando los cubre

vestidura mortal, vagan oscuros
95

entre indigencia y menosprecio: acaso

de sacrílega mofa son objeto.

Al cabo mueren, y sus almas tornan

a la fuente de luz de que salieron,

y entonces a despecho de la envidia,
100

un estéril laurel brota en sus tumbas.

Brota, crece, y ampara las cenizas

con su sombra inmortal; pero no enseña

a los hombres justicia, y cada siglo

ve repetir el drama lamentable,
105

sin piedad ni rubor. Divino Homero,

Milton sublime, Taso desdichado y

¡vosotros lo diréis! Empero el genio

al infortunio arrostra: sus oídos

halagan los aplausos que su canto
110

recibirá feliz en las regiones

del porvenir. Su gloria, su desgracia [98]

excitarán la dulce simpatía,

en la posteridad, de los crueles

que a miseria y dolor le condenaron,

115

desde la tumba reinará: las bellas

con respeto y ternura suspirando,

pronunciarán su nombre: ya centella

a sus ojos la lágrima preciosa

que arrancarán sus páginas ardientes
120

a la sensible hermosa.

La ve, palpita, se entenece, y fuerte

de la cruel injusticia se consuela,

y esperando su triunfo de la muerte,

al seno del Criador gozoso vuela.

125

¡Dulcísima ilusión! ¿Quién ha podido

defenderse de ti, si no ha nacido

yerto como los mármoles y troncos?

¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero!...

Algunas efusiones de mi musa

130

me sobrevivirán, y mi sepulcro

no ha de guardarme entero:

tal vez mi nombre, que el rencor proscribe,

resonará de Cuba por los campos

de la fama veloz en la trompeta.
135

Al ver como su lienzo se animaba,

el Corregio exclamaba:

¡Yo también soy pintor!... Yo soy poeta. [99]

Fragmento

De un poemita sobre los progresos de las ciencias

La física incansable, indagadora,

analiza la gran naturaleza.

Elevándose al éter Galileo

entre persecuciones y peligros,

de inquisidor fanático a despecho

consagrados errores disipando,

su libertad reivindicó a la mente.

Armó de nuevos ojos al humano,

la noble frente a Júpiter sublime

coronó de satélites, y a Febo

sentó en inmóvil, refulgente trono.

El volador corneta vagabundo

de siglo en siglo iluminaba el cielo

con siniestro fulgor, vaticinando

fúnebre porvenir. La ciencia osada

midió por fin su elíptico sendero,

anunció su venida, despojole

de usurpado terror, y el astro humilde

obedeció del sabio los decretos.

Toricelli, Pascal, su peso miden [100]

a la impalpable atmósfera: encerrado

en férreo tubo el aire se desata

y feroz ante sí lanza la muerte.

Hijo del sol el septiforme rayo

por cristalino prisma dividido,

entre la obscuridad que le circunda,

hace brillar del iris los colores.

En el convexo lente deja dócil

su fulgente corona, y concentrado

se arma feroz de innumerables puntas,

y a los metales, y al diamante muerde.

En primorosa imitación la Esfera

rueda en sus ejes, dividiendo el año,

hace girar en su órbita la tierra,

y de ella en pos a la inconstante luna.

A la vista Saturno aproximado

revuelve sus anillos misteriosos

que oculta o muestra: Júpiter eclipsa

sus brillantes satélites, y el sabio

nota el momento, y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio

busca del norte la querida estrella,

y en el inmenso mar, en negra noche,

fija su rumbo al navegante incierto.

El agua del calor atormentada,

o al choque de la eléctrica centella

en diferentes gases convertida,

a la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito a los ojos

Estalla y luce simulado rayo, [101]

que enseñó la atracción del verdadero,

y pudo el hombre desarmar las nubes.

Del Galvanismo al poderoso impulso

tiembla y se agita el pálido cadáver

con misteriosa convulsión, y casi

duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna

del microscopio mágico en el seno;

y en sus miembros y espalda cristalina

centenares de músculos se cruzan.

En un grano de polvo imperceptible

hierven insectos mil, y nuevos mundos

a la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos

la química sorprende a los metales,

y su corriente sólida persigue.

La acción devoradora de la llama

hace brotar de calcinadas piedras

el líquido mercurio, y resplandece

entre la arena vil, pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo

hinche ligero gas: en él suspenso

deja la tierra el físico atrevido,

con rápido volar hiende las nubes;

muy más allá de su región oscura

bebe del sol purísima la lumbre,

y sobre un horizonte ilimitado

los desiertos del Éter señora.

(Fin del fragmento impreso). [102]

A mi padre en sus días

Romance

Cuando feliz tu familia,

se dispone, caro padre,

a solemnizar la fiesta

de tus plácidos natales,

yo, el primero de tus hijos,
5

también primero en lo amante,

hoy lo mucho que te debo

con algo quiero pagarte.

¡Oh! ¡cuán gozoso repito

que tú de todos los padres
10

has sido para conmigo

el modelo inimitable!

De mi educación el peso

a cargo tuyo tomaste,

y nunca a manos ajenas
15

mi tierna infancia fiaste.

Amor a todos los hombres

temor a Dios me inspiraste,

odio a la atroz tiranía

y a las intrigas infames.
20

Oye, pues y los tiernos votos

que por ti Fileno hace,

y que de su labio humilde [103]

hasta el Eterno se parten.

Por largos años el cielo
25

para la dicha te guarde

de la esposa que te adora,

y de los hijos amantes.

Puedas ver a tus biznietos

poco a poco levantarse,
30

como los verdes renuevos

en que árbol noble renace,

cuando al impulso del tiempo

la frente sublime abate.

Que en torno tuyo los veas
35

triscar y regocijarse,

y entre cariño, y respeto

inciertos y vacilantes,

halaguen con labio tierno

tu cabeza respetable.
40

Deja que los opresores

osen faccioso llamarte,

que el odio de los perversos

da a la virtud más realce.

En vano blanco te hicieron
45

de sus intrigas cobardes

unos reptiles impuros,

sedientos de oro y de sangre.

¡Hombres odiosos!... Empero

tu alta virtud depuraste,
50

cual oro al crisol descubre

sus finísimos quilates.

A mis ojos te engrandecen [104]

esos honrosos pesares,

y si fueras más dichoso
55

me fueras menos amable.

De la triste Venezuela

Oye al pueblo cual te aplaude,

llamándote con ternura

su defensor y su padre.
60

Vive pues en paz dichosa:

jamás la calumnia infame

con hábito pestilente

de tu honor la luz empañe;

entre tus hijos te vierta

65

salud bálsamo suave,

y amor te brinde risueño

las caricias conyugales.

(En noviembre de 1819). [105]

A mi padre

Encanecido en la fuerza de su edad

Es el sepulcro puerta de otro mundo:

los sabios y los buenos

así lo afirman, y de espanto llenos

tiemblan los malos, a su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh padre! Bastaría
5

tu virtud elocuente

a demostrarla, y a librar mi mente

de los tormentos de la duda impía.

Deja que vil calumnia se prepare

porque has obedecido
10

el mandato del Dios que ha prometido

piedad y amor a quien piedad usare.

Los pueblos te bendicen: ellos fueron

de tu virtud testigos,

y cargan a tus torpes enemigos
15

la justa execración que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo,

sí noble desventura...

¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura

no prueba, di, su intermediación al cielo? [106]
20

Carácter de mi padre

Integer vitæ, scelerisque purus (Horat.)

Candorosa virtud meció su cuna,

fiole Clío su pincel sagrado;

su espada Temis. Contrastó indignado

al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fue libre. De su frente pura
5

el ceño augusto fatigó al tirano,

cuya cobarde y vengativa mano

vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fue su ídolo. Piadoso

le hallaron el opreso y desvalido:
10

fue hijo tierno, patriota esclarecido,

buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres hacéis gloria,

él adoraba en vuestro altar augusto:

el polvo respetad de un hombre justo,
15

y una lágrima dada a su memoria. [107]

Soneto

Renunciando a la poesía

Fue un tiempo en que la dulce Poesía

el eco de mi voz hermozeaba,

y amor, virtud, y libertad cantaba

entre los brazos de la amada mía.

Ella mi canto con placer oía
5

caricias y placer me prodigaba,

y al puro beso que mi frente hollaba

muy más fogosa inspiración seguía.

¡Vano recuerdo! En mi destierro triste

me deja Apolo, y de mi mustia frente.
10

Su sacro fuego y su esplendor retira.

A Dios ¡oh Musa! que mi gloria fuiste:

A Dios, amiga de mi edad ardiente:

el insano dolor quebró mi lira. [108]

A Roma antigua

Soneto

Envuelta en sangre y pavoroso estrago

combate Roma con feroz anhelo:

llena el mundo su nombre, sube al cielo,

y las naciones tiemblan a su amago.

Su águila fiera por el aire vago
5

hiende las nubes con ardiente vuelo,

y apenas mira en el distante suelo

las ruinas de Corinto y de Cartago.

¿Qué la valió? Carbón, Mario implacable,

Y Sila, vengador, Y César fuerte
10

huellan del orbe a la infeliz señora

Y otros... ¡Oh! ¡Roma grande y miserable,

que ansiando lauros y poder de muerte

no supo ser de sí, reguladora! [109]

A los griegos en 1821

Oda

Jamás puede un tirano

la cadena cargar al pueblo fuerte,

que enfurecido se alza, lidia, triunfa,

o sufre noble muerte.

¡Pueblos famosos de la antigua Grecia,
5

vosotros lo decid! En el orgullo

de su inmenso poder jura Darío

a torpe servidumbre someteros,

o a la disolución: estremecida

yace la tierra, y en silencio yerto
10

aguarda el yugo en estupor hundida.

Mas alza Atenas la sublime frente,

e impávida resiste

al furibundo asolador torrente,

que en su valor el ímpetu quebranta.
15

¡Campo inmortal de Maratón! Tú viste

de Milcíades magnánimo la gloria;

y luego en Salamina, y en Platea

Temístocles, Arístides, Pausanias,

triunfan, y en Grecia truena
20

de libertad el grito y de victoria.

¡Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo

cargarte el musulmán la vil cadena, [110]

que cuatro siglos mísera sufriste?

Raza degenerada,
25

¿No el nombre de Leónidas oíste?

¿O el despotismo audaz ha devorado

las páginas de luz en que la historia

consagra los recuerdos

de tu antigua virtud y de tu gloria?
30

Mirad como se acerca enfurecido

el segundo Mahomet, y precedido

marcha de sangre y devorante fuego:

en vez de apercibirse, a los combates,

¡ved cuan pálido tiembla el débil griego!

35

¡Ignominia! ¡Baldón! Su negro manto

por Grecia desolada,

tiende la esclavitud, y el templo santo

profana el musulmán con sus furores.

Europa consternada se estremece

40

cuando la media luna destructora

a Bizancio domina, y vencedora

cual fúnebre cometa resplandece.

¿Dónde la Grecia fue? ¿dónde se oculta

de la brillante Atenas,

45

y de la fiera Esparta y de Corinto

el pasado esplendor? Miseria, sangre,

y muda esclavitud presenta solo

por cuatro siglos la moderna Grecia.

Sus vírgenes adornan el serrallo
50

de vil bajá: la yerba solitaria

crece en el Panteón abandonado.

El viajero, en escombros reclinado, [111]

en vano busca suspirando ahora

la patria de las ciencias y las artes,
55

de Roma y de la tierra la instructora.

¡Ay! todo pereció: su triste anhelo

halla tan solo de la Grecia antigua

el aire puro y refulgente cielo.

Pero amanece del destino el día
60

y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos,

que ha poco la olvidaban,

o en languidez imbecil suspiraban

por el socorro infiel del extranjero.

Su genio majestuoso,
65

el de Aristógiton y Harmodio fiero,

deja la tumba, su radiosa frente

en el cabo de Ténaro levanta,

exclama ¡Libertad! ardiendo en ira,

esperanza y ardor al griego inspira,
70

y al feroz musulmán hiela y espanta.

Los númenes antiguos

se agitan bajo el mármol mutilado,

que murmura confuso ¡Guerra! ¡Guerra!

cual se oye por los senos de la tierra
75

vagar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida

de ¡Libertad! y ¡Gloria! y de ¡venganza!

Furibundos clamores:

levántanse oprimidos y opresores,
80

y ruje la matanza.

¡Nobles griegos, valor! ¡Que vuestros hijos

hereden libertad! Con fuerte mano [112]

la barbarie frenad de ese vil pueblo,

crudo enemigo del linaje humano.
85

No invoquéis a los príncipes de Europa:

de su ambición en el furor celoso,

los esfuerzos de un pueblo generoso

con ceño miran y rencor insano.

En un déspota o rey ven un hermano,
90

y es déspota el sultán... Pero vosotros,

armados de valor y alta constancia

sin ellos triunfaréis. Cuando los padres

al morir en el campo de batalla,

a sus hijos encargan
95

sangrienta herencia de venganza y gloria,

aunque la lucha prolongarse puede,

segura es la victoria.

Mas ¿qué vago rumor hiere mi oído,

cual sordo trueno en nube tempestuosa
100

por los valles dilata su bramido?

¡Ved las sombras augustas de los héroes

abandonar las tumbas do gemían

su abandono fatal! Arma sus frentes

profunda indignación: brillan sus ojos
105

bien como rayo en la tormenta umbría,

y en sus diestras armadas

resplandecen vibrando las espadas.

«¡Imitadnos, prorrumpen, o atrevidos

nuestra gloria eclipsad! La loza abierta
110

os llama a combatir. La tiranía

por vuestros campos con aliento impuro

de fuego y sangre verterá un torrente; [113]

mas no olvidéis que secará la fuente

a un diluvio de lágrimas futuro.
115

¿Cederéis? ¡No! ¡Jamás! Ventura, gloria

y libertad os guarda la victoria,

y la derrota esclavitud o muerte.

En vuestros jefes nuestro aliento fuerte

invisibles pondremos,
120

y a sus pasos do quier presidiremos.»

Y os inspiran, caudillos vengadores,

que al griego conducís a los combates

de ardor sublime y esperanza lleno.

¡Magnánimo Ipsilanti!
125

¡Noble Cantacuzeno!

Haced la independencia de la Grecia,

y haced su libertad. La Grecia libre

supo arrostrar de Gerges y Darío

el inmenso poder: la Grecia esclava
130

al Musulmán cedió... ¡Lección terrible,

que aprovechar debéis! Europa entera

y de la noble América los hijos

guiraldas tejen de laurel y rosas

que os adornen las frentes generosas.
135

Vuestro puro patriótico ardimiento

a nuestros nietos cantará la historia,

y en el augusto templo de la Gloria

de Washington a par tendréis asiento.

¡Oh! ¿No lo veis? De Grecia las montañas
140

fuego desolador va recorriendo,

y el Eurotas sonante y el Pamiso

escuchan retumbar en sus orillas [114]

de áspera lid el tormentoso estruendo.

El grito ¡Libertad! los aires llena
145

y el Bósforo agitado

hasta Bizancio ¡Libertad! resuena.

Del sultán al mortífero decreto

se lanzan los genízaros... Miradlos

del griego vengador bajo la espada
150

desparecer, como al furor del fuego

la yerba de los campos desecada.

Salamina repítese y Platea;

Mas ¿qué valen? ¡Oh Dios! ¿Nunca se agota

el torrente de bárbaros?... ¡Oh! ¡vedlo
155

cual se renueva sin cesar y corre

como el flujo feroz del Océano

violento, asolador, irresistible!...

¡Oh ceguedad funesta, incomprensible

de matar y morir por un tirano!
160

¡Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa,

¿Cómo en vuestros oídos

no suenan los tremendos alaridos

con que asordado el Bósforo retumba?

¡Oh! ¿Ser podréis fríamente espectadores
165

de la lucha de Grecia y sus horrores?

¿Esperáis de ese pueblo generoso

el exterminio?... Refrenad la furia

del musulmán fanático, y lanzadlo

a los desiertos de Asia, donde viva
170

sin matar ni oprimir. Aquesta guerra

útil, noble sagrada,

aceptarán con gozo las naciones; [115]

del mundo excitaréis las bendiciones,

y el culto de la Grecia libertada.

175

¡Ay! mis ojos, ¡oh Grecia vengadora!

tu gloria no verán. La muerte fiera

de mi edad en la dulce primavera,

cual flor por el arado atropellada,

va a despeñarme en la región sombría

180

del sepulcro fatal. ¡Oh lira mía!

estos serán los últimos acentos

que haga salir de ti, mi débil mano.

Mas el hado no heló mi fantasía,

y en sus alas veloces conducido
185

vivo en el porvenir. Como un espectro,

del sepulcro en el borde suspendido,

dirijo al cielo mi postrero voto

porque triunfes ¡oh Grecia! Ya te miro

lanzar a los tiranos indignada,
190

y a la alma libertad servir de templo,

y al mundo escucho que feliz aplaude

victoria tal y tan glorioso ejemplo. [116]

A Sila

Triunfante Sila, cuyo carro fiero

en las ruedas giró de la fortuna,

la antigua libertad desde tu cuna

fue tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste

no era ya la de Curcio y Cincinato

y Fabricio y Scipión: su pueblo ingrato

demandaba opresión, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro,

el senado magnífico de reyes

10

que al orbe sometido impuso leyes,

prostituyó el poder, vendiose al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,

capaz de esclavitud, no de obediencia,

enmudeció temblando en tu presencia

15

a fuerza de furor y procripciones.

No fuiste vil por opresor: en vano

quisieras libertad: solo veías

crimen y esclavos. -En tan negros días

ya hubiera sido como tú, tirano.

20

Con todo tu furor, romano fuiste, [117]

porque la alzaste al fin libre y señora,

y con una sonrisa aterradora

mas que mortal diadema depusiste.

Si tu brazo feroz a Roma oprime,
25

la liberta tu esfuerzo generoso:

tú no faltaste a tu valor glorioso,

faltó tu siglo a tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria

terror profundo en su grandeza inspira,
30

y a los ojos del mundo que te admira

aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre a los romanos

saludable lección. Así tu nombre,

que vivirá inmortal, tremendo asombro
35

a facciosos, cobardes y tiranos. [118]

A Washington

Oda escrita en Montverman

Primero en Paz y en guerra,

primero en el afecto de tu Patria

y en la veneración del universo,

viva imagen de Dios sobre la tierra,

libertador, legislador y justo,

5

Washington inmortal, oye benigno

el débil canto, de tu gloria indigno,

con que voy a ensalzar tu nombre augusto.

¿Te Pintaré indignado

a la voz de la Patria dolorida

10

volar al arduo campo de la gloria,

y como Marte en el Olimpo armado

a la suerte mandar y a la victoria?

Magnánimo apareces;

ríndese Boston, y respira libre.

15

Vanamente el tirano

cuarenta mil esclavos lanza fiero

para extirpar el nombre americano.

Tú, sin baldón, al número cediste, [119]

y acallando el espíritu guerrero,

20

a tu gloria la Patria preferiste.

Así del pueblo eterno los caudillos

al vencedor Aníbal contemplaron

con inmutable frente,

y la invasión rugiente
25

a la Pánico playa rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,

del Delaware el vacilante hielo

ofreció a tu valor y patrio celo

el camino del triunfo y de la gloria.
30

La soberbia Británica humillada

es por último en York, y su caudillo

rinde a tus pies la poderosa espada.

El universo atónito saluda

a la triunfante América, y te adora
35

mientras que la Metrópoli sañuda

tu gloria bella y su baldón devora.

Mas cuando por la paz inútil viste

de libertad la espada en tu alta mano,

el poder soberano
40

como insufrible carga deposiste.

Alzado a la primer magistratura,

de tu Patria la suerte coronaste,

y en cimientos eternos afirmaste

la paz, la libertad sublime y pura.
45

De años y gloria y de virtud cargado,

con mano vencedora

regir te vieron el humilde arado.

Con Sócrates divino te asentaste [120]

de la fama en el templo,
50

y a la virtud, con inmortal ejemplo,

la fe del universo conservaste.

Cuando en noble retiro,

de oro y de crimen y ambición ajeno

tu espléndida carrera coronabas
55

en este bello asilo respirabas

pobre, modesto, y entre libres libre.

¡Oh Patomac! del orgulloso Tibre

no envidies, no, la delincuente gloria,

que no recuerda un héroe como el tuyo
60

del orbe todo la sangrienta historia.

Por la Francia feroz amenazada

vuelve a la Patria del peligro el día,

y en unánime voto al héroe fía

de libertad y América la espada.

65

Los rayos de la gloria

vuelven a ornar su venerable frente...

mas, ¡ay! desapareció, volando al cielo,

como de nubes en brillante velo

hunde el sol su cabeza en occidente.

70

¡Oh Washington! Protegen tu sepulcro

las capas de los árboles ancianos

que plantaron tus manos,

y lo cubre la bóveda celeste.

Aun el aire que en torno se respira,
75

el que tú respirabas,

paz y santa virtud al pecho inspira. [121]

En la tumba modesta,

que guarda tus cenizas por tesoro,

ni luce el mármol ni centella el oro,
80

ni entallado laurel ni palmas veo.

¿Para qué, si es un mundo

a tu gloria inmortal digno trofeo?

Con estupor profundo

por tu genio creador lo miro alzado
85

hasta la cumbre de moral grandeza;

potente y con virtud, libre y tranquilo,

esclavo de las leyes,

del universo asilo,

asombro de naciones y de reyes.
90

(En 1824).

[122]

A Napoleón

Oda

Conjunto incomprensible y asombroso

de oscuridad y luz, de nada y gloria;

astro a par ominoso

a libertad y reyes, elevado

por una tempestad a tal altura
5

por otra tempestad de ella lanzado,

que solo has igualado

con tu desgracia inmensa tu ventura.

¡Divinidad mortal! Bajo tu planta

su alta cumbre los Alpes inclinando,
10

un camino triunfal te preparaban.

Tu señal aguardaban

los elementos, mientras disipando

las tempestades de lluviosa noche

para alumbrar tus fiestas,

15

el sol desde su carro te anunciaba.

Europa te miraba

con un horror profundo;

y de tu voz fatídica el acento,

de tus ojos bastaba un movimiento
20

a conmover el mundo.

Tu soplo animador del caos sacaba [123]

las olvidadas leyes.

A los vastos despojos de los reyes

tu imagen insultaba

25

sobre mil y mil bronces, que cautivos

al orbe tus hazañas referían.

A tu querer los cultos renacían,

de su fraternidad ya se pasmaban,

y en los altares, que juntos humeaban,

30

por ti sus oraciones confundían.

«Conserva ¡oh Dios!, decían,

al héroe del Tabor: ¡dale victoria!

Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tibre!»

¡Por qué añadir entonces no pudieron
35

para colmar tu gloria:

«Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre!»

Si quisieras reinaras todavía.

Hijo de libertad, la destronaste:

su exterminio juraste
40

en tu soberbia impía.

Mas la tumba que se abre

a la diosa inmortal, tarde o temprano

hiela en su sombra fría

el necio orgullo del mayor tirano.
45

¿En tu ambición furiosa

fe, justicia o derechos respetaste?

En vano ya te fuera

la España generosa

de gloria y de peligros compañera.
50

Esclava la anhelaste;

mas no quisiste unir otra diadema [124]

a tu doble corona, y en su trono

un simulacro tuyo colocaste.

Mas no: sus sacerdotes y guerreros
55

a la lid mutuamente se excitaron.

Supersticiosos, fieros

los pueblos al clamor se levantaron.

¡Presagio pavoroso! Las campanas

por invisible mano sacudidas,
60

¡Alarma! resonaban.

Las estatuas antiguas retemblaban

y llanto se veía

en sus ojos inmóviles: la sangre

del Salvador divino de la tierra
65

en sus yertas imágenes corría.

Por la noche los muertos vagueaban

y los fúnebres gritos ¡Guerra! Guerra!

do quiera los sepulcros exhalaban.

Una noche... ¡Atended! Era la hora
70

en que los sueños lúgubres anuncian

del sepulcro sombroso

la triste voz; en que el segundo Bruto

vio a su genio enlutado

alzarse en el horror de las tinieblas;
75

en que el feroz Ricardo, atormentado

por sueño sin reposo,

los manes vio de su familia entera

maldecirle y gritar: «¡Aquesta, impío,

es tu noche postrera!»
80

Solo, en silencio Napoleón velaba;

la fatiga inclinaba [125]

su frente poderosa

sobre la carta inmóvil, que sus ojos

solo confusamente
85

miraban: tres guerreras, tres hermanas,

a su vista se ponen de repente.

Pobre y sin atavíos la primera,

una virgen romana parecía,

morena al brillo de abrasado cielo.
90

Su alta frente ceñía

simple ramo de encina: se apoyaba

en un roto estandarte, y recordaba

un día sublime de inmortal memoria.

Brillaban tres colores

95

en sus girones, al francés sagrados,

del humo ennegrecidos, destrozados,

Pero por la victoria.

«Te conocí soldado:

¡Salud! hete ya rey, ella dijera:
100

de Marengo la espléndida jornada

en tus fastos de gloria

después de yo se encuentra colocada.

Soy su hermana mayor; la que en Arcole

protegí tu carrera,
105

dictándote la voz airada, fuerte,

que el valor de los tuyos reanimara,

cuando tan grande te miró la muerte,

que en medio a rayos mil te respetara.»

110 «Trocaste en cetro de hierro

mi bandera profanada.

¡Tiembra! Tu estrella eclipsada [126]

palidecer miro yo.

¡La fuerza no tiene apoyo

cuando sin freno se mira
115

a Dios! Tu reinado espira

y ya tu gloria pasó.»

Sobre su frente la segunda unía

a la brillante palma del desierto

los tesoros que encierra Alejandría.
120

El fuego con que el sol a Egipto inunda

sus ojos encendía.

En los hijos de Omar ensangrentada

ostentaba su mano por trofeo,

de Julio César la terrible espada,
125

y el ilustre compás de Tolomeo.

«Te conocí de Francia desterrado

¡salud! hete ya rey; ella dijera.

Del famoso Tabor la gran jornada

en tus fastos de gloria

130

después que yo se encuentra colocada.

Soy su hermana mayor; te debo el nombre

que al pie de las Pirámides obtuve.

¡Nombre inmortal! del Nilo en las orillas

vi los turbantes de Ismael hollados

135

por tus caballos rápidos. Las artes

a sus hijos preciados

allí bajo tu egida colocaban,

cuando al polvo de Menfis y de Tebas

sus misterios augustos preguntaban.
140

Si te extraviaste entonces

en tu glorioso vuelo, [127]

fue cual águila noble, que fijando

la vista al sol, y tras la luz volando,

en los desiertos piérdese del cielo.»
145

«Bajo tu cetro de hierro

La quisiste ver ahogada

¡Tiembra! tu estrella eclipsada

palidecer miro yo.

150 La fuerza no tiene apoyo

cuando sin freno se mira.

¡A Dios! Tu reinado espira

Y ya tu gloria pasó.»

La postrera... ¡Oh piedad! Sus manos bellas

155 cadenas oprimían. Con los ojos

clavados en la tierra, do sus pasos

dejaban ¡ay! ¡ensangrentadas huellas,

se acercaba temblando,

perece, no se rinde! murmurando.

¡Lejos de ella la pompa, y los tesoros
160

con que feliz victoria se atavía!

Pero cipreses bellos, cual laureles,

su noble frente coronaban fieles,

como guirnalda fúnebre y sombría.

«No me conocerás hasta la hora
165

que dejes de reinar: ¡escucha y tiembla!

Ninguna otra jornada

se ha de ver en tus fastos colocada

en pos de mí. Tampoco [128]

Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
170

seré a la tierra de valor y pena.

Libertaré a los reyes oprimidos,

a los pueblos pasando su cadena.

Los siglos dudarán, al ver tu historia,

si tus soldados fuertes,
175

de tanta y tanta hazaña escombros vivos,

compañeros antiguos de tu gloria,

mas grandes parecieron

en un día solo que revés sufrieron,

que en veinte años de dicha y de victoria.»
180

«Yo al fin echaré del cielo

tu estrella triste, eclipsada,

y quebraré con tu espada

tu cetro férreo y atroz.

La fuerza no tiene apoyo
185

cuando sin freno se mira

¡Tiembra! Tu reinado espira

y ya tu gloria pasó.»

Dijo: las tres al cielo

encaminaban ya su raudo vuelo,
190

y aún el guerrero atónito escuchaba

el fatídico acento, que pesaba

sobre su alma oprimida.

Mas al redoble del tambor guerrero

se disipó su imagen importuna,
195

cual la pálida lumbre de la luna

del sol ardiente al esplendor primero.

Creyendo haber domado

los hijos fieros de Pelayo fuerte, [129]

sube otra vez al carro vagabundo
200

en que llevar pensaba por el mundo

la esclavitud y muerte.

De un salto pasa por su vasto imperio.

Sus caballos fogosos, anhelantes,

que se desfallecían
205

bajo el cielo del sur fiero, abrasado,

para refrigerarse ya bebían

del Beresina helado.

Fiado en estrella infiel se adormecía,

por lisonjeros viles fascinado,
210

y cuando ya caía,

de la tierra el imperio meditaba.

Abrió los ojos al fragor del rayo,

y ¿dónde se encontró? Sobre una roca

do a todos los monarcas inquietaba
215

con su vida importuna.

Mas presente do quier se le miraba,

grande cual su desgracia, destronado,

pero inimitable, alzado

en los escombros, ¡ay! de su fortuna.
220

Quedó Europa vacía,

y cubierta de luto la victoria.

Así de falta en falta,

de tormenta en tormenta,

vino a morir sobre el escollo estéril
225

do naufragó su gloria.

En torno de su tumba murmurando

el mar su pena ostenta.

Te recibió un peñasco [130]

sin corona, y sin vida
230

cuando antes contenerte no pudiera

un imperio vastísimo. A la tumba

contigo descendieron

tu imperial porvenir, tu dinastía,

de tarde en ella el pescador reposa,
235

y sus pesadas redes levantando,

se aleja lentamente, cavilando

en su trabajo del siguiente día.

[131]

Soneto a Napoleón

Sin rey ni leyes, Francia desolada

de anárquico furor cayó en la hoguera:

salvó Bonaparte: lisonjera

la gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló a su voz Europa consternada:
5

Reyes la dispensó con faz severa;

en Moscou, en Madrid su águila fiera,

en Roma y Viena y en Berlín vio alzada.

¡Cómo cayó!... Vencido, abandonado

en un peñasco silencioso espira,
10

dando ejemplo a los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,

clama la historia, que su genio admira:

No hay opresor por fuerte irresistible. [132]

Meditación matutina

Pasé la noche tranquila

en el sueño sepultado,

y por la luz despertado,

saludo el sereno albor.

Como si naciese ahora
5

siento y gozo la existencia:

mi alma cobra su potencia,

y a ti se eleva, ¡Señor!

Tu mano sabia me guíe

por el arduo laberinto
10

en cuyo triste recinto

vagará mi incierto pie.

Y protéjame tu escudo

del crimen y sus furores

de los peligros y errores
15

que débil arrostraré.

Presto cerrará mis ojos

otro sueño más profundo;

noche más larga del mundo

el cuadro me velará.
20

Pero siempre mi flaqueza [133]

sostendrá tu mano fuerte,

y aún más allá de la muerte

piadosa me salvará.

Ese sueño misterioso
25

debe terminar un día,

y esa tiniebla sombría

disipará tu esplendor.

Me inundará luz eterna,

rasgado el fúnebre velo,
30

y las delicias del cielo

me dará tu inmenso amor. [134]

En el sepulcro de un niño

Epitafio

Al brillar la razón a su alma pura,

miró los males del doliente suelo:

gimió; y los ojos revolviendo al cielo,

voló buscando perenal ventura.

[135]

Los recuerdos

Letrilla

Salve, asilo solitario

de mis amores testigo,

cuando en tu techo conmigo

la triste Laura vivió.

¡Ay! esta joven, objeto
5

de mi dolor y ternura,

descansa en la sepultura

que sus gracias devoró.

En esta calle sombrasa

a mi lado paseaba,
10

y con delicia pensaba

que nos íbamos a unir.

Con ceguedad la infelice

condenada por la suerte,

ya en los brazos de la muerte,
15

me hablaba de porvenir.

Una lánguida sonrisa

vagaba por su semblante,

y disipaba un instante

su profunda palidez.

20

Y yo triste, desolado,

viendo con terror su calma, [136]

en el fondo de mi alma

lloraba ya mi viudez...

...¿Mas entre los matorrales
25

del alto bosque en la orilla

resuena la campanilla?...

¡Oh recuerdo de dolor!

Es la cabra, que muy tarde

a su seno desecado
30

un bálsamo regalado

en su leche prodigó.

Guárdala, cabra querida,

de toda extranjera mano.

Un día, tal vez ya cercano,
35

de ti necesitare.

Marchita siento inclinarse

la flor de mi vida triste:

el favor que a Laura hiciste

lánguido te pediré.
40

Pero ya baja la noche

y su tenebroso velo

envuelve la tierra y cielo

en silencio y en horror.

En la oscuridad profunda
45

aun la casa ver quisiera

donde ya nadie me espera,

donde no habita mi amor. [137]

La flor

Flor solitaria y modesta

que del valle fuiste honor,

tus restos vayan marchitos

al soplo del aquilón.

Igual suerte nos oprime;
5

cedemos al mismo Dios;

una hoja te quita el viento;

y un placer me dice, a Dios.

Ayer la bella pastora

viendo tu fresco verdor,
10

que su hermosura realzaras

envanecida esperó.

Mas ¡ay! Sobre el mustio tallo

te inclinaste con dolor,

y su amante cuidadoso
15

encontrarte no logró.

A su vuelta suspiraba:

no te aflijas ¡oh pastor!

aún vive tu fiel amante;

solo perdiste la flor.
20

Mísero! mi dulce amiga [138]

como una sombra pasó

y la dicha de mi vida

cual sueño se disipó.

Bella fue, joven y amable:
25

su brillo se marchitó,

y tres veces en su tumba

la yerba reverdeció.

¡Ay! escuchar imagino

su dulce argentada voz
30

y que me dice: «Te aguardo:

¿Olvidaste ya mi amor?» [139]

A Elpino

Oda

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce

otro cielo ni sol que de su Patria!

¡Ay! ¡si ventura tal contar pudiera!

Tú, empero, partes, y a la dulce Patria

tornas... ¡Dado me fuera
5

tus pisadas seguir! ¡Oh cuán gozoso

tu triste amigo oyera

el ronco son con que la herida playa

al terrible azotar del Océano

responde largamente! Sí; la vista
10

de sus ondas fierísimas, hirviendo

bajo huracán feroz, en mi alma vierte

sublime inspiración, y fuerza y vida.

Yo contigo, sus iras no temiendo

al vórtice rugiente me lanzara.

15

¡Oh! ¡cómo palpitante saludara

las dulces costas de la Patria mía,

al ver juntada su distante sombra

en el tranquilo mar del mediodía!

Al fin llegado al anchuroso puerto,

20

volando a mi querida,

el agitado pecho la estrechara, [140]

¡y a su boca feliz mi boca unida

las pasadas angustias olvidara!

Mas ¿a dónde me arrastra mi delirio?
25

Partes, Elpino y partes y tu ausencia

de mi alma triste acrecerá el martirio.

¿Con quién ¡ay Dios! ahora

hablaré de mi Patria y mis amores,

y aliviaré gimiendo mis dolores?
30

El bárbaro destino

del Texcoco en las márgenes ingratas

me encadena tal vez hasta la muerte.

Hermoso cielo de mi hermosa Patria,

¿no tornaré yo a verte?...

35

A Dios, amigo: venturoso puerto

a mi amante verás... Elpino, dila

que el mismo Fileno

le amará hasta morir... Dila cual gimo

lejos de su beldad, y cuántas veces
40

regó mi llanto sus memorias caras.

Cuéntale de mi frente, ya marchita,

la palidez mortal... ¡A Dios, Elpino:

a Dios, y sé feliz! Vuelve a la Patria,

y cuando tu familia y tus amigos
45

caricias te prodiguen, no perturbe

tu cumplida ventura

de Fileno doliente la memoria.

Mas luego no me olvides, y piadoso

cuando recuerdes la tristeza mía,
50

un suspiro de amor de allá me envía. [141]

En mi cumpleaños

Oda

Gustavi paululum mellis et ecce morior. (I Reg. XIV. 43)

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados

ya diez y nueve abriles desde el día

que me viera nacer, y en pos volaron

mi niñez, la delicia y el tormento

de un amor infeliz...

Con mi inocencia

5

fui venturoso hasta el fatal momento

en que mis labios trémulos probaron

el beso del amor... ¡Beso de muerte!

¡Origen de mi mal y llanto eterno!

Mi corazón entonces inflamaron

10

del amor los furores y delicias,

y el terrible huracán de las pasiones

mudó en infierno mi inocente pecho,

antes morada de la paz y el gozo.

Aquí empezó la bárbara cadena
15

de zozobra, inquietudes, amargura

y dolor inmortal, a que la suerte [142]

me ató después con inclemente mano.

Cinco años ha que entre tormentos vivo,

cinco años ha que por doquier la arrastro,
20

sin que me haya lucido un solo día

de ventura y de paz. Breves instantes

de péfido placer, no han compensado

el tedio y amargura que rebosa

mi triste corazón, a la manera
25

que la luz pasajera

del relámpago raudo no dirigía

el horror de la noche tempestuosa.

El insano dolor nubla mi frente

do el sereno candor huir se vía,
30

y a mis amigos plácidos reía;

marchitando mi faz, en que inocente

brillaba la expresión que amor inspira

al rostro juvenil... ¡Cuán venturoso

fui yo entonces! ¡oh Dios! Pero la suerte
35

bárbara me alejó de mi adorada.

¡Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!

¡Oh beso del amor! Su faz divina

miré por el dolor desfigurada.

Díjome ¡A Dios! sus ayes
40

sonaron por el viento,

y ¡A Dios! la dije en furibundo acento.

En Análmac mi fúnebre destino

guardábanme otro golpe más severo,

mi padre, ¡Oh Dios! mi padre, el más virtuoso
45

de los mortales... ¡Ay! la tumba helada

en su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo! [143]

Yo vi su frente pálida, nublada

por la muerte fatal... ¡Oh! cuán furioso

maldije mi existencia,
50

y osé acusar de Dios la providencia.

De mi adorada en los amantes brazos

buscando a mi dolor dulce consuelo,

quise alejarme del funesto cielo

donde perdí a mi padre. Moribundo
55

del Análmac volé por las llanuras,

y el mar atravesé. Tras él pensaba

haber dejado el dardo venenoso

que mi doliente pecho desgarraba;

mas de mi Patria saludé las costas,

60

y su arena pisé, y en aquel punto

le sentí más furioso y ensañado

dentro mi corazón. Hallé perfidia

y maldad y dolor...

Desesperado

de fatal desengaño en los furores
65

ansié la muerte, detesté la vida:

¿Qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amores?

Solo, insociable, lúgubre y sombrío,

como el pájaro triste de la noche,

por doce lunes el delirio mío
70

gimiendo fomenté. Dulce esperanza

vislumbrome después: nuevos amores,

nueva inquietud y afán se me siguieron.

Otra hermosura me halagó engañosa

y otra perfidia vil. ¿Querrá la suerte
75

que haya de ser mi pecho candoroso [144]

víctima de doblez hasta la muerte?

¡Mísero yo! ¿y he de vivir por siempre

ardiendo en mil deseos insensatos,

o en tedio insoportable sumergido?

80

Un lustro ha que encendido

busco ventura y paz, y siempre en vano.

Ni en el augusto horror del bosque umbrío,

ni entre las fiestas y pomposos bailes

que a loca juventud llenan de gozo,

85

ni en el silencio de la calma noche,

al esplendor de la callada luna,

ni entre el mugir tremendo y estruendoso

de las ondas del mar hallarlas pude.

En las fértiles rejas de mi Patria
90

ansioso me espacié; salvé el Océano,

trepé los montes que de fuego llenos

brillan de eterna nieve coronados,

sin que sintiese lleno este vacío

dentro del corazón. Amor tan solo
95

me lo puede llenar, él solo puede

curar los males que me causa impío.

Siempre los corazones más ardientes

melancólicos son: en largo ensueño

consigo arrastran el delirio vano
100

e impotencia cruel de ser dichosos.

El sol terrible de mi ardiente Patria

ha derramado en mi alma borrascosa

su fuego abrasador: así me agito

en inquietud amarga y dolorosa.
105

En vano ardiendo con aguda espuela [145]

al generoso, volador caballo

por llanuras anchísimas lanzaba,

y su extensión inmensa devoraba,

por librarme de mí: tan solo al lado
110

de una mujer amada, y que me amase

disfruté alguna paz. -Lola divina,

el celeste candor de tu alma pura

con tu tierna piedad templó mis penas,

me hizo grato el dolor... ¡Ah! vive y goza;
115

sé de Cuba la gloria y la delicia;

pero a mí ¿qué me resta, desdichado,

sino solo morir?...

Do quier que miro

el fortunado amor de dos amantes,

sus dulces juegos e inocente risa,
120

la vista aparto, y en feroz envidia

arde mi corazón. En otro tiempo

anhelaba lograr infatigable

de Minerva la espléndida corona,

ya no la precio: amor, amor tan solo
125

suspiro sin cesar, y congojado

mi corazón se oprime... ¡Cruel estado

de un corazón ardiente sin amores!

¡Ay! ni mi lira fiel que en otros días

mitigaba el rigor de mis dolores
130

me puede consolar. En otro tiempo

yo con ágiles dedos la pulsaba,

y dulzura y placer en mí sentía,

y dulzura y placer ella sonaba.

En pesares y tedio sumergido
135
[146]

hoy la recorro en vano,

y solo vuelve a mi anhelar insano:

Voz de dolor y canto de gemido. [147]

La lágrima de piedad

Letrilla

¡Cómo exalta y diviniza

el rostro de la hermosura

la expresión celeste y pura

de la sensibilidad!

¡Cuán estático, mi amiga,
5

tu semblante contemplaba,

cuando en tus ojos temblaba

la lágrima de piedad!

Grata es la luz apacible

que occidente nos envía
10

cuando al espirante día

sepulta la eternidad.

Del crepúsculo es la hora

grata al alma pensativa;

pero muy más la cautiva
15

la lágrima de piedad.

Ved a la virgen amable

cuanto más bella se ostenta

si al pobre anciano alimenta

con modesta caridad.
20

¡Y lo niega ruborosa!

¿Es un ángel, o una bella?... [148]

¡Ved!... En sus ojos centella

la lágrima de piedad.

El delicioso rocío
25

que vierte nocturno cielo

llanto es, y el árido suelo

torna frescura y beldad.

Cuajado sobre las flores

¡Cómo en la luz resplandece!
30

Pero a su brillo oscurece

la lágrima de piedad.

¡Cuánto es horrible la vida

al que ama desesperado!

¡Cómo del objeto amado
35

le atormenta la beldad!

¡Una lágrima!... Bendigo

todo el rigor de mi suerte.

¿Es el amor quien la vierte

o es lágrima de piedad?

40

¡Oh! mi bien, ¡ay!.. no te ofenda

el escuchar que te adoro:

nos divide, no lo ignoro;

tirana desigualdad.

Nada exijo... ¿Por ventura
45

deberás negar impía

a la triste pasión mía

lágrimas ¡ay! de piedad? [149]

Los sepulcros

Dedicado a Don Manuel Robuedo

De lánguidos cipreses a la sombra,

y en urnas que el amor baña con llanto,

¿es más plácido el sueño de las tumbas?

Cuando el sol a mis ojos extinguidos

no resplandezca ya, ni a mis oídos
5

llegue la dulce voz de la armonía,

ni el tierno amor mi corazón inflame,

ni el halagüeño porvenir me ría,

¿podrá darme consuelo yerta losa,

que distinga mis huesos de otros tantos
10

que en la tierra y el mar siembra la muerte?

No, querido Manuel; aun la esperanza,

diosa final, de los sepulcros huye:

el pavoroso indiferente olvido

lo envuelve todo en su profunda noche;
15

y el hombre, los sepulcros y ruinas

de tierra y cielo, en insondable abismo

sepulta el tiempo con helada mano. [150]

Mas ¿para qué los míseros mortales,

al tiempo anticipándose, destruyen
20

la piadosa ilusión que en los umbrales

de la huesa fatal detiene al muerto?

¿Aún no vive en la tumba, cuando puede

tras sí dejar recuerdos cariñosos

o de útil gloria noble monumento?
25

Esta de afectos comunión divina

es un celeste don a los humanos:

por ella con los muertos aún vivimos

y con nosotros ellos. Sus reliquias

de la inclemencia y del profano vulgo
30

defiende la piedad. El caro nombre

conserva el mármol o la piedra humilde,

y árboles odíferos, floridos

con blanda sombra las cenizas bañan.

Solo quien al amor negó su pecho
35

se concentra en la tumba. Su alma triste

se precipita al tormentoso Averno,

o bien se acoge a las inmensas alas

de la clemencia celestial. Su polvo

cubren los cardos y ominosa ortiga;
40

que sobre las reliquias de los muertos

jamás brotaron apacibles flores,

si no las riega del afecto el llanto.

Do quier que sociedad juntó a los hombres,

contra los elementos y las fieras
45

guardaron los cadáveres. Las tumbas

garantizaban los remotos pastos,

eran aras también, y fue temido [151]

sobre el paterno polvo el juramento.

Los cedros, los cipreses y los sauces,
50

llenando el aire con efluvios puros,

sombra perenne y plácida tendían

sobre las urnas. Los amigos fieles

una centella al sol arrebataban

para alumbrar la subterránea noche
55

que en sepulcrales bóvedas reinaba,

porque siempre los ojos moribundos

buscan al sol, y el último suspiro

a la nublada luz todos exhalan

De agua lustral murmuradoras fuentes
60

violetas y amarantos producían;

y los hijos, las madres, las esposas,

al obsequiar las adoradas tumbas

con láctea libación, en la fragancia

elíseo aroma respirar creían.

Las urnas de los sabios y los fuertes

patriótico valor, virtud respiran.

De Maratón las coronadas tumbas

los magnánimos pechos inflamaron

a los Héroes de Grecia, y la semilla
70

de un bosque de laureles germinaron.

Al contemplar de Washington divino

el modesto sepulcro, nos llenamos

de amor de patria y libertad, y osamos

luchar con los tiranos y el destino.

75

[152]

Meditación

En el Teocali de Cholula (Territorio mejicano)

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban

los Arteras valientes. En su seno

en una estrecha zona concentrados

con asombro se ven todos los climas,

que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos

5

cubren a par de las doradas mieses

las cañas deliciosas. El naranjo

y la piña y el plátano sonante,

hijos del suelo equinoccial, se mezclan

a la frondosa vid, al pino agreste,
10

y de Minerva al árbol majestuoso.

Nieve eternal corona las cabezas

de Iztaccihual purísimo, Orizaba

y Popocatepec; sin que el invierno

toque jamás con destructora mano
15

los campos fertilísimos, do ledó

los mira el indio en púrpura ligera

y oro teñirse, reflejando el brillo [153]

del sol en occidente, que sereno

en hielo eterno y perenal verdura
20

a torrentes vertió su luz dorada,

y vio a naturaleza conmovida

con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa

las alas en silencio ya plegaba,
25

y entre la yerba y árboles dormía,

mientras el ancho sol su disco hundía

detrás de Iztaccihual. La nieve eterna

cual disuelta en mar de oro, semejaba

temblar en torno de él: un arco inmenso
30

que del Empíreo en el Zenit finaba,

como espléndido pórtico del cielo,

de luz vestido y centellante gloria,

de sus últimos rayos recibía

los colores riquísimos. Su brillo
35

desfalleciendo fue: la blanca luna

y de Venus la estrella solitaria

en el desierto cielo se veían.

¡Crepúsculo feliz! Hora más bella

que la alma noche o el brillante día,
40

¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa

cholulteca pirámide. Tendido

el llano inmenso que ante mí yacía,

los ojos a espaciarse convidaba.

45

¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿quién diría

que en estos bellos campos reina alzada

la bárbara opresión, y que esta tierra [154]

brotan mieses tan ricas, abonada

con sangre de hombres, en que fue inundada

50

por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera

el leve azul, oscuro y más oscuro

se fue tornando; la movable sombra

de las nubes serenas, que volaban
55

por el espacio en alas de la brisa,

era visible en el tendido llano;

Iztaccihual purísimo volvía

del argentado rayo de la luna

el plácido fulgor, y en el oriente,
60

bien como puntas de oro, centellaban

mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡yo os saludo,

fuentes de luz, que de la noche umbría

ilumináis el velo,

y sois del firmamento poesía!

65

Al paso que la luna declinaba,

y al ocaso fulgente descendía,

con lentitud la sombra se extendía

del Popocatepec, y semejaba

fantasma colosal. El arco oscuro

70

a mí llegó, cubriome, y su grandeza

fue mayor y mayor, hasta que al cabo

en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,

que velado en vapores transparentes,
75

sus inmensos contornos dibujaba

de occidente en el cielo.

¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo [155]

de las edades rápidas no imprime

alguna huella en tu nevada frente?
80

Corre el tiempo veloz, arrebatando

años y siglos, como el norte fiero

precipita ante sí la muchedumbre

de las olas del mar. Pueblos y reyes

viste hervir a tus pies, que combatían
85

cual ora combatimos, y llamaban

eternas sus ciudades, y creían

fatigar a la tierra con su gloria.

Fueron: de ellos no resta ni memoria.

¿Y tú, eterno serás? Tal vez un día
90

de tus profundas bases desquiciado

caerás; abrumará tu gran ruina

el yermo Anáhual; alzaránse en ella

nuevas generaciones, y orgullosos

que fuiste negarán...

Todo perece

95

por ley universal. Aun este mundo

tan bello y tan brillante que habitamos

es el cadáver pálido y deforme

de otro mundo que fue...

En tal contemplación embebecido
100

sorprendiome el sopor. Un largo sueño

de glorias engolfadas y perdidas

en la profunda noche de los tiempos,

descendió sobre mí. La agreste pompa

de los reyes Arteras desplegóse [156]
105

a mis ojos atónitos. Veía

entre la muchedumbre silenciosa

de emplumados caudillos levantarse

el déspota salvaje en rico trono,

de oro, perlas y plumas recamado;
110

y al son de caracoles belicosos

ir lentamente caminando al templo

la vasta procesión, do la aguardaban

sacerdotes horribles, salpicados

con sangre humana rostros y vestidos.
115

Con profundo estupor el pueblo esclavo

las bajas frentes en el polvo hundía,

y ni mirar a su señor osaba,

de cuyos ojos férvidos brotaba

la saña del poder.

120 Tales ya fueron

tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo;

su vil superstición y tiranía

en el abismo del no ser se hundieron.

Sí, que la muerte, universal señora

hiriendo a par al déspota y esclavo,
125

escribe la igualdad sobre la tumba.

Con su manto benéfico el olvido

tu insensatez oculta y tus furores

a la raza presente y la futura.

Esta inmensa estructura
130

vio a la superstición más inhumana

en ella entronizarse. Oyó los gritos

de agonizantes víctimas, en tanto

que el sacerdote, sin piedad ni espanto, [157]

les arrancaba el corazón sangriento;
135

miró el vapor espeso de la sangre

subir caliente al ofendido cielo,

y tender en el sol fúnebre velo

y escuchó los horrendos alaridos

con que los sacerdotes sufocaban
140

el grito del dolor.

Muda y desierta

ahora te ves, pirámide. ¡Más vale

que semanas de siglos yazgas yerma,

y la superstición a quien serviste

en el abismo del infierno duerma!
145

A nuestros nietos últimos, empero,

sé lección saludable; y hoy al hombre

que ciego en su saber fútil y vano

al cielo, cual Titán, truena orgulloso,

sé ejemplo ignominioso
150

de la demencia y del furor humano.

(En 1820 a los 17 años de su edad). [158]

La inmortalidad

Poema

(Non omnis moriar. Horacio.)

¡Oh Dios!, cuya inefable providencia

abarca la creación y la dirige,

y cuyo ardiente espíritu la inflama,

y extiende aún más allá su noble imperio;

tú, de la eternidad Señor Augusto,
5

¡oye mi humilde voz! Llame mi canto

la celestial inspiración, y pueda

con enérgico tono irresistible

revelar a los hombres el tesoro

de su inmortalidad. Glorioso tema
10

de infinita importancia, y muy más grato

al que te ama mejor y más te adora.

Naturaleza, tu hija misteriosa,

de ti, inmutable, mutación eterna

recibiera por don y al hombre instruye
15

con oráculo mudo y elocuente.

Ella en revolución perpetua gira:

todo cambia sin fin, nada perece.

Sigue la noche al refulgente día, [159]

y a noche oscura nuevo sol: los astros
20

salen, se ponen y a mostrarse vuelven,

y la tierra también a ejemplo suyo

aspecto muda y formas. El verano

de verdura brillante revestido

y coronado con risueñas flores,
25

cede al otoño pálido. El invierno

sigue después de hielos erizado

al dulce otoño, y a sus áureos frutos

hace desaparecer, y reina impío,

hasta que la florida primavera,
30

con aliento genial y delicioso,

templa sus iras y restaura el mundo.

Cuando vegeta y vive se marchita

para reflorar, y cual en rueda

que gira con violencia, todo baja
35

para subir. ¡Emblema fiel del hombre

que se altera, se oculta y no perece!

Naturaleza en círculo constante

por siempre gira; mas el hombre vuela

en línea inmensurable. Su alma sube
40

trémula, ardiente, cual etérea llama:

la humilde fe y el celo fervoroso

sus alas son para subir al cielo.

El mundo material en varias formas

muere y revive, y en perenne giro
45

lo tienen y tendrán la vida y muerte;

pues ni siquiera un átomo invisible,

que una vez existió, vuelve a la nada,

imprevisión mostrando en el Eterno [160]

si la materia es inmortal, ¿acaso
50

la esencia inmaterial, el alma pura,

el pensamiento, la razón podrían

en el inerte polvo aniquilarse?

¿Pudiera la sustancia más impura

a la más noble preferir? ¿Y el hombre

para quien todo muere y resucita,

será el único ser que para siempre

se abisme en el sepulcro tenebroso?

¿Será él solo sembrado en suelo estéril,

menos feliz que el grano y la semilla
60

por Dios a su alimento destinados?

El solo y noble ser a quien el cielo

atribuyó la facultad sublime

de amar la vida y de temer la muerte,

¿a irrevocable fin fue destinado
65

por severo capricho de la suerte?

Si de natura el orden perdurable

favorece mi tema, en voz más alta

su gradación universal depone.

Mirad los grados de su inmensa escala
70

en que un ser intermedio siempre liga

al superior y al inferior. Inerte

la materia tal vez, dormida aguarda

celeste aliento que la inspire vida.

El vegetal combina misterioso
75

la muerte y la existencia: luego un bruto

existe y siente, y otro más felice

un leve rayo a la razón usurpa,

que con pleno fulgor brilla en el hombre. [161]

Pero ¿cómo se alarga la cadena
80

hasta los reinos de incorpórea vida,

que excluyen el dominio de la muerte?

Su postrero eslabón es el humano

que une al visible el invisible mundo,

medio mortal, medio inmortal, etéreo
85

por la razón, terrestre en los sentidos,

las bestias a los ángeles enlaza.

Así natura por do quier publica

De la inmortalidad el dogma santo;

¿y el incrédulo sordo a sus clamores,
90

osa aun desmentir su testimonio

por no violar su alianza con la muerte,

y a la razón frenético renuncia,

por no apartarse de su polvo amado,

y no exponerse a conquistar el cielo?
95

¡Mísera ceguedad! ¡Atroz insulto

a la sublime dignidad del hombre!

Pero el sabio feliz, iluminado

por la luz de la fe con noble tono,

ajeno de temor dice a la muerte:
100

«Cúmplase en mí la voluntad divina,

disuélvase la tierra, y desquiciados

de sus lejanas órbitas desciendan

los astros graves y la tornen polvo.

En su inmortalidad mi alma segura
105

saldrá gloriosa del futuro caos.

Sobre la inmensa universal ruina

se asentará como en soberbio trono,

predominando, cual etérea llama [162]

la pira funeral del universo.»
110

Recorramos la tierra, y con asombro

hallaremos espléndidos prodigios,

que casi eclipsan la beldad del cielo.

Campos inmensos, que do quiera cubren

opimos frutos, deliciosas flores;
115

mares hendidos por soberbias naos,

do el hombre truena, o generoso vierte

goces, riqueza, en apartados climas.

El fuego, el mar, los vientos y planetas,

cual instrumentos dóciles le sirven,
120

por su profundo genio soyungados.

Aun las eternas, inflexibles rocas

ceden a su poder: allana montes,

los precipicios calma, y por do quiera

mil ciudades magníficas erige,
125

aun en medio del mar, que en vasto espejo

su noble pompa y esplendor retrata.

Soberbios templos alcance a las nubes

con misteriosa majestad: los ríos

corren suspensos por el aire vano
130

en mares se convierten las llanuras,

o canales profundos atraviesan

de mar a mar, y las remotas aguas

se confunden atónitas. El hombre

desentraña la tierra tenebrosa

135

o mide audaz el ámbito del cielo,

y nuevos elementos, nuevos astros

feliz descubre; la creación ensancha,

y cede a su poder naturaleza. [163]

¡Espléndido, glorioso monumento
140

del humano saber! ¡Cuadro sublime,

en que inmortalidad sentó su sello!

¡Pudiera el barro impuro, deleznable,

elevarse a tan altas concepciones,

o desplegar tan generoso vuelo?
145

Mas si los argumentos de natura

apareciesen frívolos y vanos,

aún se hallarán más fuertes en el hombre.

¡Ay! Si este duerme y cierra los oídos

a la enérgica voz del universo,
150

¿Puede cerrarlos al eterno grito

de su agitado corazón? El necio

que la inmortalidad combate insano,

su sentencia fatal lleva consigo,

como nuevo, infeliz Belerofonte.
155

Quien examine cauto el propio seno

en él encontrará pruebas sensibles

de vida eterna; o la falaz natura

despiadada burlándose del hombre,

con la misma verdad quiso engañarle.
160

Descontento, inquietud, vago deseo

turban por siempre el corazón humano,

y de él destierran el sereno gozo.

El rey bajo los áureos artesones,

y el vil pastor en su cabaña humilde
165

distintos en la suerte, en pena iguales,

ansían, anhelan, y a la par suspiran

¿Será tal vez porque el visible mundo

satisfacer no puede con sus dones? [164]

Mirad esos rebaños inocentes

170

pastar la yerba, que mojó la lluvia,

con un placer purísimo, perfecto,

y ved si anhelan más. ¿Por qué motivo

se niega a su señor igual contento?

Porque el centro glorioso de las almas

175

no está en la tierra; y el sediento humano,

por frívolos objetos seducido,

cuanto disfruta más, más apetece.

¿Menos benigna al hombre que a los brutos

fue natura tal vez? No: de las almas
180

el alimento más precioso y puro,

en el empíreo su celeste patria,

el Criador supremo les reserva.

Por él suspiran con feliz instinto:

bajo el dolor se oculta su grandeza,
185

y el perdurable afán que los agita

es de inmortalidad segura prenda.

Es progresiva la razón del hombre;

mas el instinto nace con el bruto

en plena perfección, y aunque viviera
190

un siglo y otro siglo, no saldría

del círculo seguro que lo estrecha.

Mas si el hombre del sol contemporáneo

hubiera sido, su ánimo insaciable

aun que aprender y meditar tuviera.
195

¿Por qué, naturaleza, con el hombre

tan dura fuiste ya? ¿Por qué incompleta

salió la mejor obra de tus manos,

cuando las otras, menos importantes, [165]

con asombrosa perfección puliste?
200

O si al hombre imperfecto destinabas

a prematuro fin, sin permitirle

que fijase la esfera de su genio,

¿por qué dar a su pecho acongojado

el terror ponzoñoso de la muerte?
205

¿Por qué le diste previsión infausta

del futuro dolor? ¿Por qué le hiciste

víctima de su ciencia lastimosa,

y más que en rango, superior en penas?

¡Ah! La inmortalidad tan solo puede
210

revelar el enigma inexplicable,

y compensar sus males y dolores.

Sí; la inmortalidad tan solo puede

resolver el enigma tenebroso

de la esperanza humana; el más oscuro
215

si al espirar morimos para siempre

la esperanza frenética y ansiosa,

de nuestro gozo rápido asesina,

todo presente bien huella y devora,

¿por qué la posesión ya conseguida
220

es siempre menos pura, y deliciosa

que la pintaba en sueños el deseo,

y a férvido anhelar el tedio sigue?

Porque a distancia inmensa de nosotros

oculta la región de lo futuro
225

el único, inmortal, sublime objeto

digno del hombre, y su Hacedor augusto

allá dirige nuestro ardiente anhelo.

Es otro enigma la virtud. Mil veces [166]

la huella fiero el insolente crimen;
230

y si todo se acaba en el sepulcro,

si no hay reparación en otra vida,

¡cuán necios son sus mártires! En vano

la formidable voz de la conciencia

manda que la sigamos. ¿Pudo el cielo
235

inculcar la virtud a sus criaturas,

si es decepción? ¿O la justicia eterna

quiso burlarse del humano triste,

haciéndole adorar vana fantasma?

No: la conciencia, y la razón nos mienten
240

o el alma es inmortal, y en otro mundo

glorioso galardón, terrible pena

a la virtud y al crimen se prepara.

Cuando en sueño balsámico adormida

yace la tierra, y solo me acompañan
245

en ardiente vigilia centellando

las estrellas sin fin, que en torno adoran

de media noche el silencioso trono,

yo en soledad augusta me consagro

a conversar con los ilustres muertos
250

¡cuántos modelos de virtud sublime

y de patrio valor! ¡De cuántos genios

en las gloriosas páginas alienta

espíritu inmortal! Y ¿tales almas,

de la divinidad emanaciones,
255

dejaron de existir? ¿Tan solo fueron

como fugaz fulgente metéoro,

que arde y luce un momento, y se disipa

en el nocturno espacio tenebroso? [167]

Cuando seguimos al sepulcro triste
260

los restos de mortales afamados

por su ciencia o virtud, por cuanto estima

y alaba al hombre, ¿imaginar podemos

que no existen sus almas generosas,

o que en inmunda corrupción terminen?
265

La ciencia, la virtud son nombres sacros

que respeta y aplaude y diviniza

universal instinto generoso.

Mas ¡ay! si los espíritus perecen,

solo son dignos de piedad. El sabio
270

solo aviva sus ojos penetrantes

para ver más miserias y delitos;

y la noble virtud, timbre glorioso

que une la tierra con el cielo puro

es dañosa ilusión, delirio vano...
275

¿Engañará la voz del universo?

Mientras más penetramos en el hombre,

se ve más clara la impresión profunda

de un sello universal augusto, eterno.

En el fondo del alma firme base
280

de todo lo demás, siempre notamos

de saber y de amar instinto puro,

afectos esenciales al humano,

como luz y calor al sol divino.

¿Y de qué sirven si las almas mueren?
285

Con mil y mil afanes alcanzamos

imperfecto saber, y las más veces

responde a nuestro amor desdén helado

o pérfida traición. ¿Por qué natura [168]

tan angélicos, puros apetitos

290

satisfacer nos veda plenamente

y a los brutos benigna satisface?

¿Es el hombre mejor más infelice?

No: de saber y amar en el humano

la ilimitada facultad y anhelo,
295

nos demuestran objetos infinitos,

del Criador la inefable providencia,

por ley universal de la natura,

proporciona el objeto al apetito

y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo
300

será triste excepción de ley tan sabia?

Si no le aguarda eternidad futura

si a queste asilo burla su esperanza,

el hombre es monstruo, del Criador afrenta,

ominoso lunar, fúnebre nube
305

de la natura en el brillante aspecto.

Quien la inmortalidad niega del alma,

al mismo Dios frenético blasfema.

Aun las pasiones que al humano débil

con su furor funesto descarrían
310

de la santa virtud, y en su tumulto

a la razón y a la verdad acallan,

de su inmortalidad son testimonio

recorrámoslas pues, y comencemos

por la ambición, a la que siempre agita
315

fogoso anhelo de brillante fama.

¡Pero con cuánto afán lo disimula!

Si mira sus designios revelados,

aunque al más noble objeto se dirijan, [169]

repentino rubor cubre su frente,
320

porque su dueño es inmortal. La sangre

subiendo así con misterioso instinto,

reprende al hombre que insensato busca

fugaz reputación, fútil elogio

en este vano y transitorio mundo,
325

y olvida ciego su inmortal destino.

La insaciabilidad del ambicioso

no es menos elocuente. Si de fama

la inextinguible sed su alma devora,

la admiración de un siglo menosprecia,
330

y ansia que los aplausos de su gloria,

por mil generaciones repetidos,

al porvenir lejano se difundan,

eternizar ansiamos nuestro nombre:

vano delirio que jamás turbara
335

del hombre el corazón, si el alma suya

también no fuese indestructible, eterna

así el instinto previsor anuncia

un futuro interés; mas el humano

embrutecido su clamor desoye,
340

o vana sombra por sustancia sigue.

De la inmortalidad sombra es la fama,

y sombra es en sí misma. Preguntadlo

al ambicioso y os dirá que siempre

a su estéril afán huye impalpable.
345

«¿Es todo aquesto?» Preguntaba César,

del poder en la cumbre fastidiado,

viendo a sus pies el universo y Roma.

Así con vano ardor el ambicioso [170]

la tierra inunda en lágrimas y sangre,
350

y le avergüenza al fin su misma gloria;

porque gloria más alta y perdurable

ser el objeto espléndido, sublime

de su inmortal espíritu debiera.

Mas aunque mil peligros y pesares
355

pérfida la ambición prodigue al hombre,

nadie del corazón puede arrancarla

do firme la plantó naturaleza.

Absurdo fuera el célebre consejo

que a Pirro dio el filósofo, pues antes
360

domar pudiera su valor el mundo,

que la grave razón su alma fogosa.

Una constante actividad interna,

un elástico impulso al hombre agita

por distinción en tronos y cabañas;
365

porque el señor y el siervo son iguales

en inmortalidad y el alma eterna

siempre ambiciona el oropel o el oro,

la estimación mortal o la del cielo.

El insaciable afán del triste avaro
370

ofrece igual irresistible prueba,

cuando con privaciones prolongadas,

sin escuchar de la razón el eco,

aun en el borde mismo del sepulcro

guarda tesoros con errado instinto,
375

buscando eternidad sobre la tierra.

Mas la sensualidad embrutecida

aunque se burla de futuros goces,

y audaz promete al hombre fascinado [171]

convertir en Edén aqueste mundo,
380

prueba no menos mi glorioso tema.

¿Por qué nuestro deleite máspreciado,

el goce del amor, que tan fogoso

turba, embelesa, exalta los sentidos,

siempre va del rubor acompañado,
385

busca la grata sombra del misterio

y con el manto del pudor se cubre?

Este rubor, inspiración del cielo,

nos anuncia que el hombre se degrada

aun en el colmo de terrestre dicha;
390

y aun que dormida la razón callase,

aqueste solo instinto generoso

nuestra inmortalidad revelaría.

Sí: la inmortalidad explica sola

del hombre los misterios, y sin ella
395

con sus instintos pavoroso enigma

y sus virtudes miserable sueño.

Aun sus propios horrores y delitos

prueban su dignidad. Su sed eterna

de oro, deleites y brillante fama,
400

dice que para objetos infinitos

fue destinado. Sus pasiones fieras,

para las cuales el visible mundo

es estrecho teatro, le presagian

existencia mejor, vuelo más noble,
405

y acreditan sus títulos al cielo.

¡Detén aquí tu canto laborioso,

musa de la verdad! La antorcha pura

de la razón, que tus humildes pasos [172]

ha dirigido, penetrar no puede
410

el velo de tiniebla misterioso

que el invisible mundo nos oculta,

ni enseñarte sus gozos y dolores.

No al celestial espíritu debiste

inspiración profética. La muerte,
415

de lodo impuro desatando el alma

muy más allá del sol y las estrellas

la hará subir sobre las ígneas alas

de su inmortalidad, y el grande arcano

revelará de su futura suerte. [173]
420

Soneto

A la inmortalidad

Cuando en el éter fulgido y sereno

arden los astros por la noche umbría,

el pecho de feliz melancolía

y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así pararán cuando en el seno
5

duerma yo inmóvil de la tumba fría!...

Entre el orgullo y la flaqueza mía

con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? Irrevocable suerte

también los astros a morir destina
10

y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y a la muerte

mi alma, verá del mundo la ruina

a la futura eternidad ligada. [174]

La contemplación

Oda seria

¡Cuán inmenso te tiendes y brillante,

firmamento sin límites! Do quiera

en el puro horizonte iluminado

por la argentada lumbre de la luna,

te asientas en el mar. Las mansas olas
5

del viento de la tierra al blando soplo

levemente agitadas, en mil formas

vuelven la luz serena que despide

la bóveda esplendente, y el silencio

y la quietud que reina en el profundo
10

llevan el alma a meditar. ¡Oh cielo,

fuente de luz, eternidad y gloria!

¡Cuántas altas verdades he aprendido

al fulgor de tus lámparas eternas!

De mi niñez en los ardientes días
15

mi padre venerable me contaba

que Dios, presente por do quier, miraba

del hombre las acciones, y en la noche

el cielo de los trópicos brillante

contemplando con éxtasis, creía
20

que tantas y tan fulgidas estrellas [175]

eran los ojos vivos, inmortales

de la Divinidad.

Cuando la vista

a la región etérea levantamos,

atónitos en ella contemplamos
25

del Hacedor sublime la grandeza.

En el fondo del alma pensativa

se abre un abismo indefinible: el pecho

con suspirar involuntario invoca

una felicidad desconocida,
30

un objeto lejano y misterioso,

que del mundo visible en los confines

no sabe designar. La fantasía

al recorrer la multitud brillante

de soles y sistemas enclavados
35

en su gloriosa eternidad, se humilla

ante el Criador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan

esta celeste fábrica, y los astros

en el óptico giro precipitan,
40

no desdeñan del hombre la miseria,

y con profundo universal acento

le dictan su deber. En todo clima,

del polo al ecuador, su voz augusta

beneficencia y paz impone al hombre,
45

que de pasiones fieras agitado

turba con su furor el triste globo,

y a error, venganza y ambición erige

sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,

50

[176]

que en los humanos pechos colocaste

la semilla del bien; la mente mía

de la sana virtud por el sendero

dígnate dirigir: abre mi oído

al grito del dolor; haz que mi seno

55

de la tierna piedad, guarde la fuente,

y a la opresión, al crimen insolente,

pueda arrostrar con ánimo sereno. [177]

A la religión

Oda

Sobrado tiempo con dorada lira

canté de juventud las ilusiones,

y en ligeras y fútiles canciones

los afectos vertí que amor inspira.

Hoy, santa religión, quiero cantarte,
5

y con piadoso anhelo

mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono

con tu solemne inspiración solías

animar el acento de Isaías,
10

o del profeta rey el noble tono,

oye mi voz humilde que te implora;

mi tibio pecho inspira,

y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
15

brilla sin nubes el nocturno cielo,

quisiera suspirando alzar el vuelo,

y a su perenne bien juntar mi vida.

Este secreto instinto me revela

en soledad y calma
20

que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura [178]

vela el Criador su ceño majestuoso,

y circundan su trono misterioso

la eternidad pasada y la futura.
25

Compadece del hombre la miseria,

y su acento profundo

por la revelación instruye al mundo.

¡Augusta religión! De luz cercada

bajas al mundo, que el error oprime,
30

mostrando el cielo en ademán sublime,

y con la santa cruz tu diestra armada.

Cubre tus ojos venda misteriosa,

y majestuosamente

brilla la eternidad sobre tu frente.
35

Tu trono es el empíreo. De su altura

tú nos anuncias el primer pecado,

el hombre por su mal degenerado,

y la inefable redención futura.

Viene al mundo Jesús, de los humanos
40

(¡venturoso destino!)

reparador y Redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina

la feroz impiedad tachar no puede:

la voz de los profetas le precede,
45

y el universo atónito se inclina.

Enfrénase a su voz el mar airado,

y a su mandato fuerte

su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
50

y de su inmenso amor víctima santa,

entre tormentos, cuyo horror espanta, [179]

Pálido el Hombre Dios gime y espira

núblase el sol y yerta se estremece

la tierra oscurecida,
55

en sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado

triunfa Jesús, y con glorioso vuelo

sube después al esplendente cielo,

vencedor de la muerte y el pecado.
60

¡Milagros inefables! Confundido

¡oh Cristo! yo te adoro,

te confieso mi Dios, gimo y te imploro.

Mas la persecución fiera fulmina

del infierno frenético lanzada,
65

y con su pura sangre derramada

sellan mártires mil su fe divina.

Triunfas ¡oh religión! y al vasto mundo

sojuzgas con presteza

nacida en la ignorancia y la pobreza.
70

El mísero mortal entre dolores

al borde tiembla del sepulcro helado,

y a la luz de tu antorcha contemplado

la mitad perderá de sus horrores.

Ya la escena del mundo ve cerrada
75

por la muerte severa,

y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza;

al terminar su vida borrascosa,

enciendes en la tumba misteriosa
80

luz de inmortalidad y de esperanza;

y su afligido corazón llenando [180]

de inefable consuelo,

le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío
85

de hierro asolador el brazo armado

teñirlo en sangre, y de terror cercado

en crímenes fundar su poderío;

y despreciando audaz a tierra y cielo

con sonrisa ominosa,
90

vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo a la virtud, gobierna

la tierra alguna vez el crimen fiero;

mas es breve su imperio y pasajero

la justicia de Dios vigila eterna,
95

de la virtud y la maldad existe

un inmortal testigo

hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! Celestial consuelo

que al hombre justo en el dolor sustenta
100

al sucumbir a la opresión sangrienta

eterno galardón busca en el cielo.

Fija la vista en él, y abroquelado

con Dios y su conciencia,

opone al crimen firme resistencia.

105

Triunfas ¡oh religión! De tu victoria

irritados los genios infernales,

preparan las serpientes y puñales,

para manchar tu refulgente gloria.

Núblase el aire ya; retiembla el suelo

110

y del orco agitado

lánzase al mundo el fanatismo armado. [181]

Cubre su horror con tu brillante velo;

brama, blande el puñal con faz umbría,

y el humo negro de la hoguera impía,
115

la pura luz obscureció del cielo.

Víctima, suya el hombre te maldice,

y con grito blasfemo

feroz insulta al Hacedor supremo.

¡Bárbara inquisición! Cueva de horrores,
120

descubre al universo tus arcanos,

y de tus sacerdotes inhumanos

los crímenes revela y los furores.

¡Cuántas víctimas, ¡ay! atormentadas

en tu infernal abismo
125

apelaban a Dios del fanatismo!

¡Divina religión! Tú que veías

el insolente monstruo dominando,

y en tu nombre la tierra devorando,

en el seno de Dios tierra gemías.
130

Él te escuchó. Retumbará la esfera

con su decreto eterno,

y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,

como después del huracán violento
135

en el atormentado firmamento

con más cándida faz brilla la luna;

y el mundo te verá desengañado

dictar con dulce tono

leyes de paz y de amor desde tu trono.
140

Y libre al fin del duro cautiverio

del odio y la fanática venganza, [182]

se abrirá el corazón a la esperanza,

y adorará tu celestial imperio,

que ha de sobrevivir cuando se aduerma
145

el tiempo fatigado

en escombros del mundo aniquilado. [183]

Contra los impíos

Oda

Si Dios no existe, o si de mí se olvida,

y tan solo al azar debo la vida

para pasar el mundo,

cual nube tempestuosa el Océano

a merced de los vientos,

5

bien podéis disolveros, elementos

que en mí formasteis con acuerdo vano

turbado pulso y visionaria mente.

Vuestra beldad perezca, dulces flores

Emblemas ¡ay! de mi funesta suerte:

10

vuestras lámparas bellas

en el cielo apagad, puras estrellas,

si habéis de iluminar mi eterno muerte.

Virtud, de los tiranos enemiga,

y del hombre de bien sublime amiga,

15

eres vana ilusión, y yo te abjuro,

si al alma que tú elevas,

y al bien y gloria llevas,

se hunde y perece en el sepulcro oscuro.

20 ¡Doctrina pavorosa!

¿Para lograr tan triste resultado

analizó la ciencia laboriosa [184]

la tierra y mar, y audaz se ha levantado

hasta el etéreo cielo,

que ha recorrido con triunfante vuelo,
25

para traernos en horrible fallo

la desesperación? ¡Sofistas duros,

jamás amasteis!... Vuestra sien corona

con seca rama el árbol de la muerte.

El sanguinoso lauro que insolente
30

la torpe adulación ciñe al tirano,

no es tan injusto y vil como el que insano

del incrédulo audaz orna la frente.

¡Oh mundo misterioso

que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
35

La fe sobre tu abismo pavoroso

divina luz despide;

y en sus alas ardientes conducida

el alma del cristiano

al salir de la tierra lagrimosa,
40

al seno del Criador vuela dichosa.

Así el fiero cometa,

del empíreo gigante

precipita su carro de diamante

de planeta en planeta,
45

y atrevido se lanza

donde ni el pensamiento ya le alcanza.

Mas en algún lugar su curso espira;

y con mayor violencia

al sol de que partió volviendo gira.

50

[185]

Fragmentos impresos

De un poema sobre la melancolía

I

No es dado al hombre de su débil frente

las penas alejar y los dolores,

ni por campos de mirtos y de flores,

dirigir el torrente de la vida.

De las pasiones el aliento ardiente

le enajena tal vez, y breves horas

en ilusiones férvidas perdido,

osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido

la fiebre del amor, ni qué alma helada

no probó la dulzura emponzoñada

que en el beso fatal vierte Cupido?

Yo adoré la beldad: cual sol de vida

lució a mis ojos y bebí encendido

el cáliz del amor hasta las heces.

Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,

en todos sus placeres y deseos

al extremo voló: tibias pasiones

nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto

siguió a los goces y delirio mío [186]

la saciedad, el tedio devorante,

como sigue de otoño al sol brillante

el del invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuidado:

agitarse y sufrir, después que siente

el vigor de su pecho quebrantado

por su excesivo ardor, que al fin agota

del sentimiento la preciosa fuente.

¿Que hará el triste? Las flores de la vida

al soplo abrasador de las pasiones

marchitas sentirá. Do quier que mire

será el mundo a sus ojos un desierto,

y el misterioso abismo de la tumba

será de su esperanza único puerto.

Así el piloto en tempestuosa noche

solo distingue entre su denso velo

el mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil melancolía,

serás bálsamo dulce que suavice

su árido corazón y le consuele,

mas que el plácido llanto de la noche

a la agostada flor. Yo tus placeres

voy a cantar, y tu favor imploro.

Ven, tonos blandos a mi voz inspira;

enciéndala tu aliento, y de mi lira

templa con languidez las cuerdas de oro.

¿Quién en adversa o próspera fortuna

no se abandona al vago pensamiento

cuando suspira de la tierra el viento

y de Cuba en el mar duerme la luna? [187]

¿Quién no ha sentido entonces dilatarse

su corazón, y con placer llevarse

a mil cavilaciones deliciosas

de ventura y amor? ¡Con qué deleite

en los campos bañados por la luna

siguen nuestras miradas pensativas

la sombra de las nubes fugitivas

en Océano de luz puro y sereno!

¡Qué encanto hay en la calma de esta noche,

del hondo mar en la distante furia,

que halaga al corazón! Melancolía,

tú respiras allí: tu faz amable,

velada entre vapores transparentes,

sonríe con ternura al que en tu seno

busca la paz, y al que de penas lleno

se acoge a ti, con mano compasiva

del rostro enjugas el sudor y el llanto.

Mas la disipación furiosa en tanto

en sus bailes y juegos y festines,

hace beber de tedio triste copa

a los que, por su halago seducidos,

buscan entre sus pérfidas caricias

gozo y felicidad. Mustios, vendidos,

maldecirán al sol, y a sueño ansioso

la frente atormentada reclinando,

la suerte trocarán del bello día.

Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía

me desataste el corazón! ¡Oh tiempo

de ceguedad y de furor!... Insano,

en tormento sin fin buscaba dicha, [188]

paz en eterna turbación... Empero

a mis ojos el sol brilla más puro,

desde que ya, más cuerdo, no alimento

de mi sangre el ardor calenturiento,

soñando gozos y placer futuro.

De la grata ilusión perdí el encanto,

pero hallé de la paz el bien seguro.

(Falta lo demás de este primer fragmento.)

II

Dulce es la soledad, en que en su trono

asienta la feliz melancolía.

Desde la infancia venturosa mía

era mi amor. Aislado, pensativo,

gustábame vagar en la ribera

del ancho mar. Si los airados vientos

su seno hinchaban en tormenta fiera,

mil pensamientos vagos, tumultuosos,

me agitaban también, pero tenía

deleite inexplicable, indefinido,

aquella confusión. Cuando la calma

reinaba en torno, y el espejo inmenso

del sol en occidente reflejaba

la noble imagen en columna de oro,

yo en éxtasis feliz la contemplaba, [189]

y eran mis escondidos pensamientos

dulces, como el silencio de los campos

de la luna en la luz. Y los pedantes,

azotes de la infancia, que querían

subyugar mi razón a sus delirios,

fieros amenazándome decían:

«Este niño holgazán y vagamundo

siempre necio ha de ser.» Y yo temblaba,

mas no los maldecía,

sino de ellos huía,

y en mi apacible soledad lloraba.

(Falta el resto.)

¡Oh! si Dios de mis males apiadado

las alas de un espíritu me diera!

¡Cuál por los campos del espacio huyera

de este mundo tan bello y desdichado!

¡Oh! si en él a lo menos me ofreciera

una mujer sensible, que pudiera

fijar mi corazón con sentimientos

menos vivos tal vez, menos violentos

que las que enciende amor, pero más dulces

y duraderos. En su ingenua frente

el candor y la paz me sonreírían: [190]

de este exceso de vida que me agobia

me aliviara su amor. Su voz piadosa

de aqueste pecho en la profunda herida

bálsamo de consuelo derramara.

Y su trémulo acento disipara

las tinieblas de mi alma entristecida.

Encarnación de mi ideal esposa,

¡cómo te adoraré!... No por más tiempo

me hagas ansiarte y suspirar en vano:

mira que vuela mi verdor lozano.

¡Ay! ¡ven y escucha mi rogar piadosa!

(Falta el resto.)

IV

¿Qué placer melancólico no goza,

al ver al tiempo con alada planta

los días y años y los siglos graves

precipitar en el abismo oscuro

de lo que fue? Las épocas brillantes

recorro de la historia... ¡Qué furores!

¡Cuadro fatal de crímenes y horrores!

Do quier en sangre tíñense las manos:

los hombres fascinados o furiosos

ya son juguetes viles de facciosos

ya siervos miserables de tiranos. [191]

Pueblos a pueblos el dominio ceden;

y del orbe sangriento, desolado,

desaparecen, como en mar airado

las olas a las olas se suceden.

De Babilonia, Menfis, y Palmira

entre los mudos restos el viajero

se horroriza de ver su estrago fiero

y con profunda lástima suspira.

¡Campos americanos! en vosotros

lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora

vuestro nombre y desdicha? Circundado

por tenebrosa nube un hemisferio,

ocultábase al otro: mas osado

forzó Colón el borrascoso imperio

del Océano feroz. La frágil nave

por los yermos de un mar desconocido

en silencio volaba: la vil chusma

pálida, yerta, con terror profundo,

a la patria querida

tornaba ya la resonante prora,

cuando a sus ojos refulgente aurora

las playas reveló del nuevo mundo.

¡Hombres feroces! La severa historia

en páginas sangrientas eterniza

de sus atrocidades la memoria.

Al esfuerzo terrible de su espada

cayó el templo del sol, y el trono altivo

de Acamapich... Las infelices sombras

de los reyes Arteras olvidados

a evocar me atreví sobre sus tumbas, [192]

y del polvo a mi voz se levantaron,

y su inmenso dolor me revelaron.

¿Dó fue la raza candorosa y pura

que las Antillas habitó?... La hiere

del vencedor el hierro furibundo,

tiembla, gime, perece,

y, como niebla al sol, desaparece.

Sediento de saber, infatigable,

del Tíber, del Jordán, y del Eurotas

las aguas beberé, y en sus orillas

asentado en escombros solitarios

de quebrantadas míseras naciones,

me daré a meditar; altas lecciones,

altos ejemplos sacaré mi mente

de su desolación: ¡cuánto es sublime

la voz de los sepulcros y ruinas!

Allí tu inspiración pura y solemne,

¡Oh musa del saber! mi voz anime.

Y tú también, genial melancolía,

me seguirás do quiera suspirando,

o en mi lecho tu frente reclinando

harás a mi descanso compañía. [193]

(Falta el resto.)

V

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria

de los que amamos, cuando ya la muerte

a nuestro amor los arranca! La tumba

encierra las inmóviles cenizas;

los ligeros espíritus pasean

en el aire sereno de la noche

en torno de los que aman, y responden

a sus dulces recuerdos y suspiros

en misteriosa comunión. Creedme,

no lo dudéis: por esto son tan dulces

las solitarias lágrimas vertidas

en la tumba del padre, del esposo

o del amante, y el herido pecho

ama su llanto y su valor piadoso.

¡Oh! tú, que para mí fuiste en la tierra

de Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas

desde el momento que cesó tu vida

por mí pasaron, llenas de amargura

y de intenso dolor! Sombra querida

del mejor de los padres, en el cielo

recibe de mi pecho lastimado

la eterna gratitud. Mi dócil mente

con atención profunda recogía

de tu boca elocuente en las palabras

el saber, la verdad: aun de tu frente [194]

en la serena majestad leía

altas lecciones de virtud. Tus pasos,

tus miradas, tu voz, tus pensamientos

eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura

de mi pecho impaciente reprimías

el ardimiento, la fiereza!... El cielo

contra el ciego furor de los malvados

sirviéndote de asilo, me dejara

entre borrascas mil... ¡Ay! a lo menos

iré a morir en tu sepulcro, y junto

a tu polvo sagrado

reclinaré mi pecho atormentado,

y al eco de tres sílabas funestas

aun allí temblará. Mas tu memoria

será, mientras respire, mi consuelo,

y grato y dulce el solitario llanto

que la consagre, más que gozo alguno

del miserable suelo.

¡No me abandones, padre, desde el cielo! [195]

(Falta el resto.)

VI

¡Patria!... Nombre cual triste, delicioso

al peregrino mísero, que vaga

lejos del suelo que nacerte viera!

¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra

refrenará su dolorida frente?

¿Cuándo en la noche el músico ruido

de las palmas y plátanos sonantes

vendrá feliz a regalar mi oído?

¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen

hasta perderse! No, nunca los campos

de Cuba parecieron a mis ojos

de más beldad y gentileza ornados,

que hay a mi congojada fantasía.

¡Recuerdo triste de maldad, y llanto!

Cuando esperaba paz el alma mía,

redobló la fortuna sus rigores,

y de persecución y de furores

pasó tronando el borrascoso día.

Desde entonces mis ojos anhelantes

miran a Cuba, y a su nombre solo

de lágrimas se arrasan. Por la noche

entre el bronco rugir del viento airado

suenan el himno infeliz del desterrado.

O si el Océano inmóvil se adormece [196]

de junio y julio en las ardientes calmas,

ansioso busco en la distante brisa

la voz de sus arroyos y sus palmas.

¡Oh! no me condenéis a que aquí gima,

como en huerta de escarchas abrasada

se marchita entre vidrios encerrada

la planta estéril de distinto clima.

Mi entusiasmo feliz yace apagado:

en mis manos ¡oh lira! te rompiste:

¿Cuándo sopla del norte el viento triste,

puede algún corazón no estar helado?

¿Dó están las brisas de la fresca noche,

de la mágica luna inspiradora

el tibio resplandor, y del naranjo

y del mango suavísimo el aroma?

¿Dónde las nubecillas que flotando

en el azul sereno de la esfera,

islas de paz y gloria semejaban?

Tiende la noche aquí su oscuro velo;

el mundo se adormece inmóvil, mudo,

y el aire punza, y bajo el filo agudo

del hielo afinador centella el ciclo.

Brillante está a los ojos, pero frío,

frío como la muerte. Yo lo admiro,

mas no lo puedo amar, porque me mata,

y por el sol del trópico suspiro.

Vuela, viento del norte, y a los campos

de mi patria querida [197]

lleva mi llanto, y a mi madre tierna

murmura mi dolor.

(Falta el resto.)

VII y último

A ti me acojo, fiel melancolía,

alivia mi penar: a ti consagro

el resto de mi vida miserable.

Siempre eres bella, interesante, amable,

ya nos renueves los pasados días,

ya tristemente plácida sonrías

en la pálida frente de una hermosa,

cuando la enfermedad feroz anuble

su edad primaveral. Benigna diosa,

tu bálsamo de paz y de consuelo

vierte en mi alma abatida,

hasta que vaya a descansar al cielo

de este delirio que se llama vida.

(Falta el resto del último fragmento.)

Poesías
José María Heredia

[3]

Breve noticia sobre D. José María de Heredia

Nació en Santiago de Cuba (ciudad de la isla de Cuba en América) el día 29 diciembre de 1803.

Su padre D. José Francisco de Heredia, magistrado íntegro y literato distinguido, se esmeró en darle por sí mismo una educación completa y superior. Correspondió el hijo a los cuidados de su padre, señalándose tanto, que a los 18 años era ya un poeta notable, y a los 19 se recibió de abogado. Un celo mal entendido, pero excusable en su edad, le hizo pronunciarse casi en su niñez por la causa de los Independientes Americanos, conspirando imprudentemente con los que querían establecer la independencia en Cuba, y la hubieran sin duda convertido en otro tremendo ejemplar del [4] resultado de funestas teorías, después del que había dado la isla de Santo Domingo (Haití), a no haberse malogrado su proyecto.

Sea como fuere, el joven Heredia, no contenido ya por su padre que murió de oidor de Méjico en 1820, se comprometió en términos que se atrajo la persecución del gobierno español, y se vio forzado a emigrar de Cuba, abandonando a su madre y familia en 1823: estuvo primero en los Estados Unidos del Norte, y pasó después a Méjico donde su ardor patriótico y los sobresalientes dotes de su ingenio le hicieron en breve distinguir entre los independientes. Casose allí en 1827 y nombrósele magistrado del Tribunal Supremo de Justicia, y senador de aquella república: cargo que todavía desempeñaba cuando en 1837 con permiso del Gobierno Español pasó a la Habana a visitar a su madre, hermanas y amigos.

Personas que le han conocido y tratado desde su infancia, nos aseguran que su carácter es bellísimo, y si exceptuamos los extravíos y desmanes a que le arrebató un juvenil entusiasmo y los sueños de quiméricas instituciones, su conducta, dicen, ha sido conforme siempre a los principios morales y sumamente religiosos que su recomendable padre le había inculcado, principios que todas sus poesías respiran. Hijo tiernísimo e idólatra de aquel a quien debía [5] su ser y educación hasta el extremo de enternecerse ahora al mentar su nombre, buen esposo, buen padre de familias, y buen amigo; certifican las mismas personas que es aún más recomendable por las cualidades de su corazón, que por el genio

superior que le coloca al lado de nuestros más insignes poetas en el día. La primera edición de sus poesías se publicó en Méjico en 1825, y la segunda, de la que se han entresacado las que forman la presente colección, se hizo en 1832 en Totuca (república mejicana). Dedicó esta última a su esposa, con el soneto que abajo se copia.

En el prólogo después de hablar de las vicisitudes de la opinión literaria que tuvieron sus escritos, y después de indicar las discusiones que acerca de su mérito se originaron, diciéndonos al paso que Lista le graduó de Gran Poeta, añade hablando de su vida agitada: «El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más o menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta, a los 25 años. Todos mis escritos deben resentir la rara volubilidad de mi suerte.»

Efectivamente así es, y no creemos que el autor, según nos han asegurado, adaptase en el día muchas de las ideas que sus escritos patrióticos encierran, como por ejemplo [6] plo el Himno del Desterrado. Por lo demás en todas sus producciones se ve un corazón excelente y una imaginación verdaderamente poética, pudiéndose asegurar con Lista, que es un gran poeta y de los mejores que poseemos actualmente; ya que es español, nuestros son sus talentos, sobre nuestros ricos modelos se ha formado, y hasta podemos atribuirnos sus extravíos políticos; bien que entregándose a ellos con la buena fe y rectitud de corazón que los hacen perdonables.

Las poesías de Heredia tienen a nuestro entender el mérito de una pureza de lenguaje que por desgracia empieza a desconocerse en España. Son de un género que se aparta igualmente de la monotonía y servilidad que se achaca tal vez con razón a los Clasistas, y de la extravagante aberración de los que afectan llamarse Románticos y creen serlo porque desprecian en sus composiciones todas las reglas, todo enlace, sustituyendo palabras y giros desconocidos a nuestros mejores poetas y escritores y coordinándolas de un modo diferente del que exige la sintaxis de una lengua que se halla ya fijada, como lo es la española.

El lenguaje de Heredia, en sus poesías amorosas es siempre el de la sencilla naturaleza, porque era el de los sentimientos que le dominaban al escribirlas. Su Lesbia existe, su Lola también; el amor que manifiesta [7] a su esposa, a su padre y a su madre, es el que realmente le animaba y anima. Sus parientes y amigos a quienes debemos estas noticias, así lo aseguran. Sobresalen en este género sus dulcísimos sáficos; La prenda de fidelidad, el Romance, La Melancolía, y varias otras, todas excelentes y tiernísimas. En las poesías serias y descriptivas es rico en ideas, brillante y exacto en sus pinturas, y siempre moral y religioso en sumo grado. Basta leerlas para que cualquiera forme de ellas el mismo juicio. Las odas el Niágara, a una tempestad, al Sol; el bellísimo himno a este rey de los astros, la letrilla Calma en el mar; la oda a la Poesía, y la meditación en el Teocali de Cholula son modelos del género descriptivo; así como lo son del moral, las varias composiciones dirigidas a su padre, las odas contra los impíos y a la Religión, y particularmente el poema la Inmortalidad, en el que con maestría imitó y tradujo en parte la noche séptima del célebre Young. En el Pindárico y Político se distingue a nuestro entender la Oda a los Griegos; y por la originalidad de su forma y plan, así como por varios pensamientos sublimes, la Oda a Napoleón no indigna de este hombre colosal, que bien y justamente se ve en ella

caracterizado; como lo está también Sila en la oda que dedica el Poeta a este famoso romano. [8]

Tal es el juicio que de Heredia hemos formado y que nos mueve a publicar la presente colección selectamente recopilada de la segunda edición de sus poesías cuyo manuscrito nos franqueó un amigo, añadiendo a ellas otra inédita, que es la que tiene por título: al Retrato de mi Madre. He aquí el soneto con que el poeta dedica esta nueva edición de sus obras a su esposa.

Soneto a mi esposa

Cuando en mis venas férvidas ardía

la fiera juventud, en mis canciones

el tormentoso afán de las pasiones

con dolorosas lágrimas vertía.

Hoy a ti las dedico, esposa mía,

5

cuando el amor más libre de ilusiones

inflama nuestros puros corazones

y sereno y de paz nos hice el día.

Así perdido en turbulentos mares

mísero navegante al cielo implora,
10

cuando le aqueja la tormenta grave;

y del naufragio libre, en los altares

consagra fiel a la deidad que adora

las húmedas reliquias de su nave. [9]

Escritas ya las antecedentes noticias biográficas, se ha sabido la prematura muerte de este célebre Poeta. Copiamos a continuación la poesía, que en su elogio publicó en el folletín de El Corresponsal, número 198 correspondiente al 15 diciembre último, el amigo y condiscípulo del autor D. Francisco Muñoz del Monte. [10]

A la muerte

De mi amigo y condiscípulo D. José María de Heredia

I

¡Se cumplió su misión sobre la tierra!

la tierra oyó su apasionado canto:

la tierra vio su inextinguible llanto:

la tierra compartió su padecer.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Triple corona
5

del Poeta a la frente destinada,

de espinas agudísimas armada

para clavarse en su doliente sien.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Triple contraste

que el vate explica en su armonioso acento,
10

sublime trinidad del sentimiento,

triple fuente de eterna inspiración.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Esta es la vida:

esta fue su misión. Cantó a natura,

al amor, y la patria, y la hermosura,
15

y la santa virtud, y la razón.

Lloró del hombre los errores tristes,

el frívolo anhelar, el egoísmo,

el desconsolador escepticismo y,

la horrenda duda y la incredulidad.

20

Sufrió el peso fatal de la injusticia, [11]

la vil calumnia envenenó su vida,

y su excelsa virtud fue combatida

por la torpe ignorancia y la maldad.

Y gimiendo en los bosques de la patria,

25

sublime rruiseñor del nuevo mundo,

a su acento fatídico y profundo

el eco de la patria respondió.

Y cantando en su plácida agonía,

cubano cisne en la suprema hora,
30

de virtud y saber la nueva aurora

que despunta ahora en Cuba, saludó.

Y cantando y gimiendo, entre raudales

de armonía, de amor y de ternura,

encendido Querube, su alma pura
35

batió las alas y voló al Señor.

Y Anahuac quedo huérfano. Y su patria,

la tierra de los perfumes y nieves

de verdes palmas circundó y laureles,

en vez de sauces, su final mansión.

40

Sublime Heredia, tú escuchas

desde tu inmortal asiento

el dolorido lamento

de tu amigo en la niñez;

del amigo que te viera

45

en la orilla de la Ozama

nutrir la divina llama

que al fin devoró tu ser.

Aún me acuerdo. Un doble lustro

por tí pasado no había:
50

aún llegado no era el día

de la razón para tí;

y anticipándose el genio [12]

al estudio y la experiencia,

tu asombrosa inteligencia
55

revelaba al porvenir.

Yo, casi adulto, al oírte

copiar, casi niño, a Homero,

creí ver el choque fiero

de Aquiles y Agamenón;
60

y frente a las griegas naves

y de Príamo a los gemidos

entre llamas y alaridos

hundirse la sacra Ilión;

y, cabe el derruido muro
65

alzado el caballo inmenso

griegos, lanzas y humo denso

de sus flancos vomitar;

y los dioses del Olimpo

luchar en la arena ardiente
70

y, al mover su adusta frente

el alto Jove, temblar.

Vierais al niño estupendo,

cielo y tierra recorriendo,

tierra y cielo describir:
75

vierais su infantil semblante

alumbrarse de repente

y en su ancha y morena frente

los negros ojos lucir.

¡El genio! ¡El genio! Miradlo.
80

¡Cómo la ciencia adivina!

No hay maestro; no hay doctrina.

El genio es la inspiración.

El genio abrevió su vida;

que el genio es la calentura

85

[13]

que la fibra humana apura

cuando alumbra a la razón.

II

Tú cantaste la espléndida carrera

del Sol de nuestros climas que, encerrado

en la zona flamígera, vertiera

90

sobre el centro del orbe iluminado.

Sus prolíficos rayos. Tras la huella

del padre de la luz, tu viste alzarse

la verde copa de la palma bella

y de su centro esférico lanzarse
95

la flecha derechísima, cual sube

de Roma en las basílicas sagradas

el majestuoso domo hasta la nube

con su aguja o sus cruces bronceadas.

Tú cantaste, el primero, la natura
100

de la tórrida zona, el fresco ambiente

bajo un cielo de fuego, la verdura

esmaltada, eternal, resplandeciente.

De la reina gentil de las Antillas,

sus piñas, sus aromas orientales
105

y el néctar de sus cañas amarillas

convertido en melíferos cristales.

¡Y el mundo de Colón no fue un desierto!

Tuvo el bosque su voz, la suya el llano,

su murmullo el arroyo, y su concierto
110

el pardo ruiseñor americano.

Y la flor reveló su gallardía

y el mar caribe su onda mugidora, [14]

y los cedros su bíblica osadía,

y el huracán su voz atronadora.

115

Y entre espumas, fragor, diluvio y trueno,

del Niágara rugiente en la ancha boca

te vio el mundo, de asombro y susto lleno,

tu arpa triste pulsar en la alta roca.

Y el orbe de Colón la voz alzando

120

es mi poeta, dijo. Y la alta idea

del nuevo el mundo antiguo confirmando

Es poeta, dijera: ¡Pinta y crea!

III

Bello es pintar, a fe: crear es bello:

bello es trazar con la flexible pluma
125

la luz variable y vaga de la aurora,

del astro fúlgido el primer destello

el rayo que se escapa entre la bruma

y la alta cresta que ese rayo dora.

Bello es pintar del verde papagayo
130

las alas de carmín y el pecho de oro,

el tornasol del colibrí zumbante,

el jazmín del café brotando en mayo

y el ruiseñor que, en el volátil coro,

Vibra atiplado su tenor triunfante.
135

Bello es crear en Corina

la lira que canta a Italia

y, so la tosca sandalia

de penitente heroína

la ardiente vestal de Idalia.
140

Bello es, cuando no se encierra [15]

solo en lo real del suelo,

del genio el fecundo vuelo.

Bello es crear en la tierra

las ilusiones del cielo.
145

¡Tú pintaste y creaste! -Su paleta

Natura te confió, su antorcha el genio.

Es pintor, cuando crea, el gran poeta:

es creador, cuando pinta, el grande ingenio.

¡Mas ay! cuando de ese mundo,
150

que crió tu genio profundo,

descendiste al cieno inmundo

del mundo cierto y real:

cuando viste la alta ciencia,

doblada por la indigencia,
155

pedir socorro y clemencia

a la ignorancia brutal:

cuando las virtudes gimen:

cuando los malos oprimen,

cuando en su antro ruge el crimen
160

erguido, amenazador:

entonces tu musa llora,

y al Ser infinito implora,

y de tu arpa gemidora

se alza el himno del dolor.

165

[16]

Himno fatídico y santo

dulce y cadencioso llanto,

solemne y lúgubre canto,

visión de la eternidad.

Himno que, en el bajo suelo

170

sublime intuición del cielo,

de esperanza y fe el consuelo

derrama en la humanidad.

Cantor del moderno mundo

y del Niágara iracundo,
175

te convertiste en profundo

poeta del corazón.

Pintor del bosque y las flores,

y la luz y los colores,

de los humanos dolores
180

descendiste a la región.

Y allí, en el caos sombrío

de la mente del impío,

tú viste su orgullo frío,

su soledad y pavor.
185

Y viste allí en la inocencia

la dicha de la existencia,

y del malo en la conciencia

los tormentos y el terror.

Y allí entre bienes y males,
190

revelaste a los mortales

los destinos eternos

que aguardándoles están.

Y, al darte el adiós postrero,

te proclamó el mundo entero
195

cual vate, rival de Homero;

cual bardo, rival de Ossian. [17]

IV

Poeta encantador, bardo sombrío,

ora en la gloria, do te alzó tu fe,

tu morada inmortal del pecho mío
200

el velo rasga y ve cuánto te amé.

¡Sí, yo te amé! -Del impetuoso Ozama

en la azotada orilla, un tiempo honor

de la aurífera Haití, tu infantil llama

a mi alma nueva transmitió su ardor.
205

¡Sí, yo te amé! -Del infortunio el viento

al soplar rebramando sobre ti,

a tu oído llegó mi amigo acento

y tu penar inmenso compartí.

¡Sí, yo te amé! -Tus cantos inmortales
210

fueron siempre mi encanto y mi solaz,

luz de amor en la noche de mis males

voz de amigo en mi larga soledad.

¡Adiós, adiós!... Tu cuerpo está en la tierra

Tu alma inmortal en el empíreo esté:

215

aquí una piedra tu sepulcro cierra,

allí te abre su gloria Jehová.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Esta es la vida.

Sufrir es la virtud. La eterna luz

al que sabe sufrir está ofrecida.

220

¿Quién al hombre salvó? - Solo la cruz.

Madrid 8 de diciembre. Francisco Muñoz del Monte. [21]

Sáficos

A la prenda de la fidelidad

Dulce memoria de la prenda mía

tan grata un tiempo como triste ahora,

áureo cabello, misterioso nudo

Ven a mi labio.

¡Ay! ven, y enjague su fervor el llanto

5

en que tus hebras inundó mi hermosa,

cuando te daba al infeliz Fileno

mísero amante.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,

decidme siempre que mi Lesbia es firme;
10

decid que nunca romperá su voto

pérfida y falsa.

¡Oh! Cuánto el alma de dolor sentía

cuánto mi pecho la aflicción rasgaba, [22]

cuando la hermosa con dolientes ojos
15

Viéndome dijo:

«¡Siempre, Fileno, de mi amor te acuerdas!

Toma este rizo, que mi frente adorna...

Toma esta Prenda de constancia pura...

Guárdala fino.»

20

A donde quiera que la suerte cruda

me arrastre ¡Oh rizo! seguirame siempre,

y de mi Lesbia la divina imagen

pon a mis ojos.

Tú me recuerdas los felices días
25

de paz y amor que fugitivos fueron

cual débil humo de Aquilón al soplo

Tórnase nada.

¡Oh! Cuántas veces su cabello rubio,

al blando aliento de la fresca brisa,
30

velón ondeaba, y en feliz desorden

¡Vino a mi frente!

La luna amiga con su faz serena

mil y mil veces presidió mi dicha...

Memoria dulce de mi bien pasado,
35

¡Sé mi delicia!

(En 1819 a los 16 años de su edad). [23]

Los celos

¿Por qué, adorada mía,

mudanza tan cruel? ¿Por qué afanosa

evitas encontrarme, y si te miro,

fijas en tierra lánguidos los ojos y

y triste amarillez nubla tu frente?
5

¡Ay! do volaron los felices días

En que risueña y plácida me vías,

y tus ardientes ojos me buscaban,

y de amor y placer me enajenaban?

¡Cuántas veces en medio de las fiestas,
10

de una fogosa juventud cercada,

me aseguró de tu cariño tierno

una veloz simpática mirada!

Mi bien, ¿por qué me ocultas

el dardo emponzoñado que desgarras
15

tu puro corazón?... Mira que llenas

mi existencia de horror y de amargura:

dime, dime el secreto que derrama

el cáliz de dolor en tu alma pura.

Mas, ¿aún callas? ¡Ingrata! Ya comprendo
20

la causa de tu afán: ya no me amas,

ya te cansa mi amor... No, no; ¡perdona!

¡Habla, y hazme feliz!... ¡Ay! yo te he visto,

la bella frente de dolor nublada, [24]

alzar los ojos implorando al cielo.
25

Yo recogí las lágrimas que en vano

pretendiste ocultar; tu blanca mano

estreché al corazón llena de vida

que por tu amor palpita, y azorada

me apartaste de ti con crudo ceño:
30

volví a coger tu mano apetecida,

sollozando a mi ardor la abandonaste,

y mientras yo ferviente la besaba,

bajo mis labios áridos temblaba.

¿Te fingirás acaso

35

delito en mi pasión? Hermosa mía,

no temas al amor: un pecho helado,

al dulce fuego del sentir cerrado,

rechaza la virtud, a la manera

de la peña que en vano

40

riega a torrentes la afanosa lluvia,

sin que fecunde su fatal dureza;

y el amor nos impone

por ley universal Naturaleza.

Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas
45

que yo marchite con aliento impuro

tu virginal frenor. ¡Ah! ¡te idolatro!...

Eres mi encanto, mi deidad, mi todo.

¡Único amor de mi sencillo pecho!

Yo bajara al sepulcro silencioso
50

por hacerte feliz... Ven a mis brazos,

y abandónate a mí; ven, y no temas.

La enamorada tórtola tan solo

sabe aqúeste lugar, lugar sagrado [25]

ya de hoy más para mí... ¿Su canto escuchas
55

que en dulce y melancólica ternura

baña mi corazón?... Déjame, amada,

sobre tu seno descansar... ¡Ay! vuelve...

tu rostro con el mío

une otra vez, y tus divinos labios
60

impriman a mi frente atormentada

el beso del amor... Ídolo mío,

tu beso abrasador me turba el alma:

toca mi corazón cual late ansioso

por volar hacia ti... deja, adorada,
65

que yo te estreche en mis amantes brazos

sobre este corazón que te idolatra

¿Le sientes palpitar? ¿Ves cual se agita

abrasado en tu amor? ¡Pluguiera al cielo

que a ti estrechado en sempiterno abrazo
70

pudiese yo espirar! ¡Gozo inefable!

aura de fuego y de placer respiro;

confuso me estremezco:

¡ay! mi beso recibe... yo fallezco...

Recibe, amada mi postrer suspiro.

75

[26]

A mi esposa en sus días

¡Oh! Cuán puro y sereno

despunta el Sol en el dichoso día

que te miró nacer, ¡Esposa mía!

Heme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,
5

objeto de mi amor y mi tesoro,

con qué afectuosa devoción te adoro,

¡y te consagro mi alma enternecida!

Si la inquietud ansiosa me atormenta,

al mirarte recobro
10

gozo, serenidad, luz y ventura;

y en apacibles lazos

feliz olvido en tus amantes brazos

de mi poder funesto la amargura.

15 Tú eres mi ángel de consuelo

y tu celestial mirada

tiene en mi alma enajenada

inexplicable poder.

Como el Iris en el cielo

20 la fiera tormenta calma

tus ojos bellos del alma

disipan el padecer. [27]

Y ¿cómo no lo hicieron

cuando en sus rayos lánguidos respiran

inocencia y amor? Quieran los cielos
25

que tu día feliz siempre nos luzca

de ventura y de paz, y nunca turben

nuestra plácida unión los torpes celos.

Esposa la más fiel y más querida,

siempre nos amaremos,
30

y uno en otro apoyado, pasaremos

el áspero desierto de la vida.

Nos amaremos, esposa,

mientras nuestro pecho aliente

pasará la edad ardiente,
35

sin que pase nuestro amor.

Y si el infortunio vuelve

con su copa de amargura,

y en mí cargue su furor.

(En noviembre de 1827, a los 24 años de su edad). [28]

A la hermosura

Oda

Dulce hermosura, de los cielos hija,

don que los dioses a la tierra hicieron,

oye benigna de mi tierno labio

cántico puro.

La grata risa de tu linda boca

5

es muy más dulce que la miel hiblea:

tu rostro tiñe con clavel y rosas

cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma

del manso mar en los cerúleos campos,
10

así los orbes del nevado seno

leves agitas.

El universo cual deidad te adora;

el hombre duro a tu mirar se amansa,

y dicha juzga que sus ansias tiernas
15

blanda recibas.

De mil amantes el clamor fogoso,

y los suspiros y gemir doliente,

del viento leve las fugaces alas

rápidas llevan.

20

Y de tu frente al rededor volando

tus dulces gracias y poder publican:

clemencia piden; pero tú el oído

bárbara niegas. [29]

¿Por qué tu frente la dureza nubla?

25

¿El sentimiento la beldad afea?

No: vida, gracia y expresión divina

préstala siempre.

yo vi también tu seductor semblante,

y apasionado su alabanza dije

30

en dulces himnos, que rompiendo el aire

férvidos giran.

Mil y mil veces al tremendo carro

de amor me ataste, y con fatal perfidia

mil y mil veces derramar me hiciste

35

mísero llanto.

Y maldiciendo tu letal hechizo,

su amor abjuro delirante y ciego;

Mas, ¡ay! en vano que tu bella imagen

sígueme siempre.

40

Si al alto vuelvo la llorosa vista,

en la pureza del etéreo cielo

el bello azul de tus modestos ojos

lánguido miro.

Si miro acaso en su veloz carrera

45

al astro bello que la luz produce,

el fuego miro que en tus grandes ojos

mórbido brilla.

Es de la palma la gallarda copa

imagen viva de tu lindo talle;
50

y el juramento que el furor dictome

fácil abjuro.

Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,

caigo a tus plantas, y perdón te pido, [30]

y a suplicar y dirigirte votos
55

tímido vuelvo.

¡Ay! de tus ojos el mirar sereno

y una sonrisa de tu boca pura,

son de mi pecho, que tu amor abrasa,

único voto.

60

¡Dulce hermosura! mi rogar humilde

oye benigna, y con afable rostro

tantos amores y tan fiel cariño

págame justa.

(En 1820, a los 17 años de su edad).

[31]

A la estrella de Venus

Oda

Estrella de la tarde silenciosa,

luz apacible y pura

de esperanza y amor, salud te digo.

en el mar de Occidente ya reposa

la vasta frente el sol, y tú en la altura
5

del firmamento solitaria reinas.

ya la noche sombría

quiere tender en diamantado velo,

y con pálidas tiritas baña el suelo

la blanda luz del moribundo día.

10

¡Hora feliz y plácida, cual bella!

Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto

en la callada soledad me inspira

de virtud y de amor meditaciones.

15

¡Qué delicioso afecto

excita en los sensibles corazones

la dulce y melancólica memoria

de su perdido bien y de su gloria!

Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
20

viste brillar serenas

sobre mi faz en Cuba!... Al asomarse

tu disco puro y tímido en el cielo,

a mi tierno delirio daba rienda [32]

en el centro del bosque embalsamado,
25

y por tu tibio resplandor guiado

buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,

trémula, bella en su temor, velada

con el mágico manto del misterio,
30

de mi alma la señora me aguardaba.

En sus ojos afables me veían

ingenuidad y amor: yo la estrechaba

a mi pecho encendido,

y mi rostro feliz al suyo unido,
35

su balsámico aliento respiraba.

¡Oh goces fugitivos

de placer inefable! ¡Quién pudiera

del tiempo detener la rueda fiera

sobre tales instante!...
40

Yo la admiraba estático: a mi oído

muy más dulce que música sonaba

el eco de su voz, y su sonrisa

para mi alma era luz. Horas serenas,

cuya memoria cara
45

a mitigar bastara

de una existencia de dolor las penas!

¡Estrella de la tarde! ¡cuántas veces

junto a mi dulce amiga me mirabas

saludar tu venida, contemplarte,
50

y recibir en tu amorosa lumbre

paz y serenidad!... Ahora me miras

amar también, y amar desesperado.

Huir me ves el objeto desdichado [33]

de una estéril pasión, que es mi tormento
55

con su belleza misma;

y al renunciar su amor, mi alma se abisma

en el solo y eterno pensamiento

de amarla, y de llorar la suerte impía

que por siempre separa
60

su alma bella y pura del alma mía.

(En 1826).

A mi amante

Oda

Es media noche: vaporosa calma

y silencio profundo

el sueño vierte al fatigado mundo,

y yo velo por ti, mi dulce amante.

¡En qué delicia el alma
5

enajena tu plácida memoria!

Único bien y gloria

del corazón más fino y más constante

¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho

la agitación lanzaste y el martirio,
10

y en mi tierno delirio

lleno de ti contemplo el universo.

con tu amor inefable se embellece

de la vida el desierto, [34]

que desolado y yerto
15

a mi tímida vista parecía,

y cubierto de espinas y dolores.

Ante mis pasos, adorada mía,

riégalo tú con inocentes flores.

¡Y tú me amas! ¡Oh Dios! ¡Cuánta dulzura
20

siento al pensarlo! de esperanza lleno,

miro lucir el sol puro y sereno,

y se anega mi ser en su ventura.

Con orgullo placer alzo la frente

antes nublada y triste, donde ahora
25

serenidad respira y alegría.

Adorada señora

de mi destino y de la vida mía,

cuando yo tu hermosura

en un silencio religioso admiro,
30

el aire que tú alientas y respiro

es delicia y ventura.

Si pueden envidiar los inmortales

de los hombres la suerte,

me envidiarán al verte
35

fijar en mí tus ojos celestiales

animados de amor, y con los míos

confundir su ternura.

O al escuchar cuando tu boca pura

y tímida confiesa
40

el inocente amor que yo te inspiro:

por mí exhalaste tu primer suspiro,

y a mí me diste tu primera promesa.

¡Oh! ¡luzca el bello día [35]

que de mi amor corone la esperanza,
45

y ponga el colmo a la ventura mía!

¡Cómo de gozo lleno,

inseparable gozaré tu lado,

respiraré tu aliento regalado,

y posaré mi faz sobre tu seno!

50

Ahora duermes tal vez, y el sueño agita

sus tibias alas en tu calma frente,

mientras que blandamente

solo por mí tu corazón palpita.

Duerme, objeto divino
55

del afecto más fino,

del amor más constante;

descansa, dulce dueño,

y entre las ilusiones de tu sueño

levántese la imagen de tu amante.
60

(En abril de 1827).

La resolución

Oda

¿Nunca de blanda paz y de consuelo

gozaré algunas horas? ¡O terrible

necesidad de amar!... Del Océano

las arenosas y desnudas playas

devoradas del sol de medio día
5

son imagen terrible, verdadera

de mi agitado corazón. En vano [36]

a ellas el padre de la luz envía

su ardor vivificante, que orna y viste

de fresca sombra y flores el otero.
10

así el amor, del mundo la delicia,

es mi tormento fiero.

¿De qué me sirve amar sin ser amado?

¡Ángel consolador, a cuyo lado

breves instantes olvide mis penas!

15

Es fuerza huir de ti: tú misma diste

la causa... Me estremezco... Alma inocente,

¡Ay! Curar anhelabas las heridas

que yo desgarré con furor demente.

La furia del amor entró en mi seno,
20

y el amargo dulzor de tus palabras,

y el bálsamo feliz tornó veneno.

Me hablabas tierna: con afable rostro

y con trémulo acento

la causa de mi mal saber querías,
25

y la amargura de las penas mías

templar con tu amistad. ¡Cuánto mi pecho

palpitaba escuchándote!... Perdido

a feliz ilusión me abandonaba

y de mi amor el mísero secreto
30

entre mis labios trémulos erraba.

Alcé al oírte la abatida frente,

y te miré con ojos do brillaba

la más viva pasión... ¿No me entendiste?

¿No eran bastantes ¡ay! a revelarla
35

Mi turbación, de mi marchito rostro

la palidez mortal?... ¡Mujer ingrata, [37]

mi delirio cruel te complacía!...

¡Ay! nunca salga de mi ansioso pecho

la fatal confesión: si no me amas,
40

moriré de dolor, y si me amases...

¡amarme tú!... Yo tiemblo... Alma divina,

¿Tú amar a este infeliz, que solo puede

ofrecerte su llanto y la tibieza

de un desecado corazón? ¿Tú, bella
45

más que la luna si en el mar se mira,

unirte a los peligros y pesares

de este triste mortal?... ¡Damas! -Huyamos

de su presencia, donde no me angustie

su injuriosa piedad... ¡A Dios! Yo quiero
50

ser inocente y no perderte... Amiga,

amiga deliciosa, nunca olvides

al mísero Fileno, que a tu dicha

sacrifica su amor: él en silencio

te adorará, gozándose al mirarte
55

tan feliz como hermosa

mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.

(En agosto de 1823). [38]

Ausencia y recuerdos

Oda

¿Qué tristeza profunda, qué vacío

siente mi pecho? En vano

corro la margen del callado río

que la celeste Lola

al campo se partió. Mi dulce amiga,
5

por qué me dejas? ¡Ay! con tu partida

en triste soledad mi alma perdida

verá reabierta su profunda llaga,

que adormeció la magia de tu acento.

El cielo, a mi penar compadecido,
10

de mi dolor la fiel consoladora

en ti me deparó: la vez primera

(¿Te acuerdas, ola?) que los dos vagamos

del Yumurí tranquilo en la ribera y

me sentí renacer: el pecho mío
15

rasgaban los dolores.

una beldad amable, amante, amada

con ciego frenesí, puso en olvido

mi lamentable amor. Enfurecido,

torvo, insociable, en mi fatal tristeza

20

[39]

aún odiaba el vivir: desfigurase

a mis lánguidos ojos la natura,

pero vi tu beldad por mi ventura,

y ya del sol el esplendor sublime

volviome a parecer grandioso y bello:

25

volví a admirar de los paternos campos

el risueño verdor. Sí: mis dolores

se disiparon como el humo leve,

de tu sonrisa y tu mirar divino

al inefable encanto.

30

¡Ángel consolador! ya te bendigo

con tierna gratitud: ¡cuán halagüeña

mi afán calmaste! De las ansias mías

cuando serena y plácida me hablabas,

la agitación amarga serenabas,
35

y en tu blando mirar me embelecías.

¿Por qué tan bellos días

fenecieron? ¡Ay Dios! ¿Por qué te partes?

Ayer nos vio este río en su ribera

sentados a los dos, embebecidos
40

en habla dulce, y arrojando conchas

al líquido cristal, mientras la luna

a mi placer purísimo reía

y con su luz bañaba

tu rostro celestial. Hoy solitario,
45

melancólico y mustio errar me mira

en el mismo lugar quizá buscando

con tierna languidez tus breves huellas

horas de paz, más bellas

que las cavilaciones de un amante,
50
[40]

¿Dónde volasteis? -Lola, dulce amiga,

di, ¿por qué me abandonas,

y encanta otro lugar tu voz divina?

¿No hay aquí palmas, agua cristalina,

y verde sombra, y soledad?... Acaso
55

en vago pensamiento sepultada,

recuerdas ¡ay! a tu sensible amigo.

¡Alma pura y feliz! Jamás olvides

a un mortal desdichado que te adora,

y cifra en ti su gloria y su delicia.
60

Mas el afecto puro

que me hace amarte, y hacia ti me lleva,

no es el furioso amor que en otro tiempo

turbó mi pecho: es amistad. -Do quiera

me seguirá la seductora imagen

65

de tu beldad. En la callada luna

contemplaré la angelical modestia

que en tu serena frente resplandece:

veré en el sol tus refulgentes ojos;

en la gallarda palma la elegancia

70

de tu talle gentil veré en la rosa

el purpúreo color y la fragancia

de la boca dulcísima y graciosa,

do el beso del amor riendo reposa:

así do quiera miraré a mi dueño,
75

y hasta las ilusiones de mi sueño

halagará su imagen deliciosa.

(En mayo de 1822, a los 19 años de su edad). [41]

La inconstancia

Oda

A D. Domingo del Monte

En aqúeste pacífico retiro,

lejos del mundo y su tumulto insano

doliente vaga tu sensible amigo.

Tú sabes mis tormentos, y conoces

a la mujer infiel... ¡Oh! si del alma
5

su bella imagen alejar pudiese,

¡cuál fuera yo feliz! ¡cómo tranquilo

de amistad en el seno

gozara paz y plácida ventura,

de todo mal y pesadumbre ajeno!
10

¡Amor ciego y fatal!... Ahora la tierra

encanta con su fresca lozanía.

por detrás de los montes envidados

el almo sol en el sereno cielo

de azul, púrpura y oro arrebolado,
15

se alza con majestad: brilla su frente.

y la montaña, el bosque, el caserío,

relucen a la vez... Salud, ¡oh padre

del ser y del amor y de la vida!

¿Quién al mirar a ti no siente el alma
20
[42]

llena de inspiración?... ¡Salve! ¡Tu carro

lanza veloz por la celeste esfera,

y vida, fuerza y juventud lozana

vierta en el mundo tu inmortal carrera!

vuela, y muestra glorioso al universo
25

el alma Dios, que en tu fulgor velado,

sin principio ni fin... ¿Por qué mi frente

doblase mustia, y en mi rostro corre

esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado

el entusiasmo espléndido y sublime,
30

que a gozar y admirar me arrebatava?

¿Qué me importa ¡infeliz! el universo,

si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche

veré la tierra en esplendor bañada,

al vislumbrar de la fulgente luna,
35

y no seré feliz: no embebecida

el alma sentiré, cual otro tiempo,

en mil cavilaciones deliciosas

de ventura y amor: hoy afligido

solamente diré: «No mi adorada
40

en tal contemplación embelesada

a mí dirigirá sus pensamientos.»

De aquestas cañas a la blanda sombra

recuerdo triste mi placer pasado,

y me siento morir: lánguidamente
45

grabo en el tronco de la tersa caña

de Lesbia el nombre, y en delirio insano

gimo, y le cubren mis ardientes besos.

Su mano, ¡ay Dios! la mano que amorosa

mil y mil veces halagó la mía,

50

[43]

hundió el puñal en mi confiado pecho

con torpe engaño y con mudanza impía.

Heme juguete de la suerte fiera,

de una pasión tirana subyugado,

abatido, infeliz, desesperado,

55

el triste espectro de lo que antes era.

¡Oh pérfida mujer! ¡Cómo pagaste

el afecto más fino!

Bajo rostro tan cándido y divino

¿tan falso corazón pudo velarse?
60

Tú, mi loca pasión ¡ay! halagabas,

y feliz te dijiste en mis amores.

Aunque el hado tirano

en mi alma tierna y pura

verter quisiese cáliz de amargura,
65

¿Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?

Cuando el fatal prestigio con que ahora

la juventud y la beldad te cercan

haya la parca atroz desvanecido,

para salvar tu nombre del olvido
70

el triste amor de tu infeliz poeta

será el único timbre de tu gloria.

la mitad del laurel que orne mi tumba

entonces obtendrás; y de tus gracias

y de tu ingratitud y mi tormento
75

prolongará mi canto la memoria.

¡Hermosura fatal! tu disipaste

la brillante ilusión que me ocultaba

la corrupción universal del mundo,

y la vida y los hombres a mis ojos

80

[44]

presentaste cual son. ¿Dónde volaron

tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste

así olvidarte de tu amor primero?

¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ay! el alma

que fina te adoró, falsa, te adora.

85

No vengativo anhelaré que el cielo

te condene al dolor: sé tan dichosa

cual yo soy infeliz: mas no mi oído

hiera jamás el nombre aborrecido

de mi rival, ni de tu voz el eco
90

torne a rasgar la ensangrentada herida

de aqueste corazón: no a mirar vuelva

tu celeste ademán, ni aquellos ojos,

ni aquellos labios do letal ponzoña

ciego bebí... ¡Jamás! -Y tú en secreto
95

un suspiro a lo menos me consagra,

un recuerdo... ¡Ah cruel! No te maldigo,

y mi mayor anhelo

es elevarte con mi canto al cielo,

y un eterno laurel partir contigo.
100

(En julio de 1821). [45]

La cifra

Romance

¿Aún guardas, árbol querido

la cifra ingeniosa y bella

con que adornó mi adorada

tu solitaria corteza?

Bajo tu plácida sombra
5

me viste evitar con Lesbia

del fiero sol meridiano

el ardor y luz intensa.

Entonces ella sensible

pagaba mi fe sincera
10

y en ti enlazó nuestros nombres

de inmortal cariño en prenda

su amor pasó, ¡y ellos duran

cual dura mi amarga pena!...

Deja que borre el cuchillo
15

memorias ¡ay! tan funestas.

No me hables de amor: no juntes

mi nombre con el de Lesbia,

cuando la pérfida ríe

de sus mentidas promesas

20

y de un triste desengaño

al despecho me condena.

(En 1821). [46]

A Lola en sus días

Oda

Vuelve a mis brazos, deliciosa Lira,

en que de la beldad y los amores

el hechizo canté. Sobrado tiempo

de angustias y dolores

el eco flébil fuera

5

mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera

no calmar mi agonía

este brillante día

que a Lola vio nacer? ¡Cuán deleitosa

despunta en oriente la luz pura

10

del natal de una hermosa!

Naciste, Lola, y Cuba

al contemplar en ti su bello adorno

aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna

meció festivo amor: tu blanda risa
15

nació bajo su beso: complacido

la recibió, y en inefable encanto

y sin igual dulzura

tus labios inundó: tu lindo talle

de gallarda hermosura
20

Venus ornó con ceñidor divino,

y, tal vez envidiosa, contemplaba

tu celestial figura. [47]

Nace bárbaro caudillo,

que con frenética guerra
25

debe desolar la tierra,

y gime la humanidad.

Naciste, Lola, y el mundo

celebró tu nacimiento,

y embelesado y contento
30

adoró amor tu beldad.

Feliz aquel a quien afable miras

que en tu hablar se embebece, y a tu lado

admira con tu talle delicado

a viva luz de tus benignos ojos.
35

¡Venturoso mortal! ¡en cuanta envidia

mi corazón enciendes!... Lola hermosa,

¿quién tanta beldad y a tantas gracias

pudiera resistir, ni qué alma fría

con la expresión divina de tus ojos
40

no se inflama de amor? El alma mía

se abrasó a tu mirar... Eres más bella

que la rosa lozana,

del Zéfiro mecida

al primer esplendor de la mañana.
45

Si en un tiempo más bello y felice

tantas gracias hubiera mirado,

¡Ah! tú fueras objeto adorado

de mi fina y ardiente pasión.

Mas la torpe doblez, la falsía,
50

que mi pecho sensible rasgaron,

en su ciego furor me robaron

del placer la dichosa ilusión. [48]

¡Ángel consolador! Tu beldad sola

el bárbaro rigor de mis pesares
55

a mitigar alcanza,

y en tus ojos divinos

bebo rayos de luz y de esperanza.

Conviértelos a mí siempre serenos,

abra tus labios plácida sonrisa,
60

y embriágame de amor!... Acepta grata

por tu ventura mis ardientes votos.

¡Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera

sumir el cielo en aflicción y luto

tanta y tanta beldad? Si despiadado
65

el feroz infortunio te oprimiere,

¡ay! ¡no lo mire yo! Baje a la tumba

sin mirarte infeliz; o bien reciba

los golpes de la suerte,

y de ellos quedes libre, y generoso
70

si eres dichosa tú, seré dichoso.

Me oyes, Lola, placentera,

llena de fuerza y de vida...

¡Ay! mi juventud florida

el dolor marchita ya.

75

Cuando la muerte me hiera,

y torne tu día sereno

acuérdate de Fileno,

di su nombre suspirando,

80 y en torno de ti volando

mi sombra se gozará.

(Marzo de 1822). [49]

La partida

Cantata

¡A Dios, amada, a Dios! llegó el momento

del pavoroso a Dios... mi sentimiento

dígate aqueste llanto... ¡ay! ¡el primero

que me arranca el dolor! ¡Oh, Lesbia mía!

No es tan solo el horror de abandonarte

5

lo que me agita, sino los temores

de perder tu cariño: sí; la ausencia

mi imagen borraré, que en vivo fuego

grabó en tu pecho amor... Eres hermosa,

y yo soy infeliz!... En mi destierro
10

viviré entre dolor, y tu cercada

en fiestas mil de juventud fogosa,

que abrasará de tu beldad el brillo,

me venderás perjura,

y en nuevo amor palpitará tu seno,
15

olvidando del mísero Fileno

la fe constante y el amor sencillo.

Sumido en pesares,

y triste y lloroso,

20 noticias ansioso

de ti pediré:

y acaso diranme

con voz dolorida: [50]

25 «Tu Lesbia te olvida

tu Lesbia es infiel.»

Yo te ofendo, adorada: sí; perdona

a tu amante infeliz estos recelos.

¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos?

tú sabrás conservar con fiel cariño
30

de tu primer amante la memoria;

no perderás ese candor que te hace

del cielo amor, y de tu sexo gloria.

¡Lloras! ¡ay! ¡lloras!... ¡Oh fatal momento

de dicha y de dolor!. A quese llanto,
35

que tu amor me asegura,

me rasga el corazón... Tu hermosa vida

anublan los pesares y amargura

por mi funesto ardor... ¡El cielo sabe

que con toda la sangre que me anima
40

comprar quisiera tu inmortal ventura!

Mas, desdichado soy... ¿por qué te uniste

a mi suerte cruel, que ha emponzoñado

de tus años la flor?... ¡A Dios, querida!...

¡A Dios!... ¡Ay! apuremos presurosos
45

el cáliz del dolor... Ese pañuelo

con tus preciosas lágrimas regado,

trueca por este mío.

Besándolo mil veces, y en sus hilos

mi llanto amargo uniendo con tu llanto,
50

daré a mi pena celestial consuelo.

«Lesbia me ama, diré, y en mi partida

este llanto vertió... Tal vez ahora

mi pañuelo feliz besa encendida, [51]

y le estrecha a su seno
55

y un amor inmortal jura a Fileno.»

Piensa en mí, Lesbia divina;

y si algún amante osado

de tus hechizos prendado,

quiere robarme tu amor;
60

pon la vista en el pañuelo

prenda fiel de la fe mía,

y di: «cuando se partía,

¡Cuán grande fue su dolor!»

(En 1819).

[52]

Recuerdo

Soneto

Despunta apenas la rosada aurora:

plácida brisa nuestras velas llena;

callan el mar y el viento, y solo suena

el rudo hendir de la cortante prora.

Ya separado ¡ayme! de mi señora
5

gimo no más en noche tan serena:

dulce airecillo, mi profunda pena

lleva al objeto que mi pecho adora.

¡Oh! ¡cuántas veces, al rayar el día,

ledo y feliz de su amoroso lado
10

salir la luna pálida me vía!

¡Huye, memoria de mi bien pasado!

¿Qué sirves ya? Separación impía

la brillante ilusión ha disipado. [53]

Para grabarse en un árbol

Soneto

Árbol, que de Fileno y su adorada

velaste con tu sombra los amores,

jamás del can ardiente los rigores

dejen tu hermosa pompa marchitada.

Al saludar tu copa embovedada,
5

palpiten de placer los amadores,

y celosos frenéticos furores

nunca profanen tu mansión sagrada.

A Dios, árbol feliz, árbol amado:

para anunciar mi dicha al caminante
10

guarde aquesta inscripción tu tronco añoso.

Aquí moró el placer: aquí premiado

miró Fileno al fin su amor constante:

sensible amó, le amaron, fue dichoso. [54]

La melancolía

Letrilla

Hoja solitaria y mustia,

que de tu árbol arrancada,

por el viento arrebatada

triste murmurando vas,

¿do te diriges? -Lo ignoro,
5

de la encina que adornaba

este prado, y me apoyaba,

los restos mirando estás.

Bajo su sombra felice

las zagalas y pastores
10

cantaban, y sus amores

contenta escuchaba yo,

Nise; la joven más bella

que jamás ornó éste prado

tal vez pensando en su amado,
15

en el tronco se apoyó.

Mas contrastada la encina

por huracán inclemente

abatió su altiva frente

dejándose despojar.

20

Desde entonces cada día

raudo el viento me arrebatata, [55]

y aunque feroz me maltrata

ni aun oso quejarme de él.

Voy, de su impulso llevado

25

del valle a la selva umbrosa,

do van las hojas de rosa

y las hojas de laurel.

[56]

El Ay de mí

Letrilla

¡Cuán difícil es al hombre

hallar un objeto amable

con cuyo amor inefable

pueda llamarse feliz!

Y si este objeto resulta
5

frívolo, duro, inconstante

¿Qué resta al mísero amante

sino exclamar ¡ay de mí!

El amor es un desierto

sin límites, abrasado,

10

en que a muy pocos fue dado

pura delicia sentir.

Pero en sus mismos dolores

guarda mágica ternura,

y hay siempre cierta dulzura

15

en suspirar ¡ay de mí! [57]

Al salto de Niágara

Oda

Templad mi lira, dádmela, que siento

en mi alma estremecida y agitada

arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo

en tinieblas pasó, sin que mi frente

brillase con su luz!... Niágara undoso,
5

tu sublime terror solo podría

tornarme el don divino, que ensañada

me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla

tu trueno aterrador: disipa un tanto
10

las tinieblas que en torno te circundan,

déjame contemplar tu faz serena,

y de entusiasmo ardiente mi alma llena.

Yo digno soy de contemplarte: siempre

la común y mezquino desdeñando,
15

ansié por lo terrífico y sublime.

Al despeñarse el huracán furioso,

al retumbar sobre mi frente el rayo,

palpitando gocé: vi al Océano [58]

azotado por austro proceloso,
20

combatir mi bajel, y ante mis plantas

vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.

Mas del mar la fiereza

en mi alma no produjo

la profunda impresión que tu grandeza.
25

Sereno, corres, majestuoso; y luego

en ásperos peñascos quebrantado,

te abalanzas violento y arrebatado,

como el destino irresistible y ciego.

¿Qué voz humana describir podría
30

de la Sirte rugiente

la aterradora faz? El alma mía

en vago pensamiento se confunde

al mirar esa férvida corriente,

que en vano quiere la turbada vista
35

en su vuelo seguir al borde oscuro

del precipicio altísimo: mil olas

cual pensamiento rápidas pasando,

chocan y se enfurecen,

y otras mil y otras mil ya las alcanzan
40

y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo

devora los torrentes, despeñados:

crúzanse en él mil iris, y asomados

vuelven los bosques al fragor tremendo.
45

En las rígidas peñas

rómpele el agua: vaporosa nube

con elástica fuerza

llena el abismo en torbellino, sube, [59]

gira en torno, y al éter
50

luminosa pirámide levanta,

y por sobre los montes que le cercan

al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista

con inútil afán? ¿Por qué no miro
55

alrededor de tu caverna inmensa

las palmas ¡ay! las palmas deliciosas

que en las llanuras de mi ardiente Patria

nacen del sol a la sonrisa y crecen,

y al soplo de las brisas del Océano
60

bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...

Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,

ni otra corona que el a queste pino

a tu terrible majestad conviene.
65

La palma, y mirto, y delicada Rosa,

muelle placer inspiran, y ocio blando

en frívolo jardín a ti la suerte

guardó más digno objeto, más sublime

el alma libre, generosa, fuerte
70

viene, te ve, se asombra,

el mezquino deleite menosprecia,

y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas

oí monstruos execrables
75

blasfemando tu nombre sacrosanto,

sembrar error y fanatismo impío, [60]

los campos inundar en sangre y llanto,

de hermanos atizar la infanda guerra,

y desolar frenéticos la tierra.
80

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista

en grave indignación. Por otra parte

vi mentidos filósofos que osaban

escrutar tus misterios, ultrajarte,

y de impiedad al lamentable abismo
85

a los míseros hombres arrastraban.

Por eso te buscó mi débil mente

en la sublime soledad: ahora

entera se abre a ti; tu mano siente

en esta inmensidad que me circunda,
90

y tu profunda voz hiere mi seno

de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!

¡Cómo, tu vista el ánimo enajena,

y de terror y admiración me llena!
95

¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza

por tantos siglos tu inexhausta fuente?

¿Qué poderosa mano

hace que al recibirte

no rebose en la tierra el Océano?
100

Abrió el Señor su mano omnipotente;

cubrió tu faz de nubes agitadas,

dio su voz a tus aguas despeñadas,

y ornó con su arco tu terrible frente.

¡Ciego, profundo, infatigable corres,
105

como el torrente oscuro de los siglos

en insondable eternidad!... ¡Al hombre [61]

huyen así las ilusiones gratas,

los florecientes días,

y despierta al dolor! -¡Ay! agostada
110

yace mi juventud; mi faz marchita,

y la profunda pena que me agita

ruca mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día

mi soledad y mísero abandono
115

y lamentable desamor... ¿Podría

en edad borrascosa

sin amor ser feliz? ¡Oh! si una hermosa

mi cariño fijase,

y de este abismo al borde turbulento
120

mi vago pensamiento

y ardiente admiración acompañase!

¡Cómo gozara, viéndola cubrirse

de leve palidez, y ser más bella

en su dulce terror, y sonreírse
125

al sostenerla mis amantes brazos!...

¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,

sin patria, sin amores,

solo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
130

¡A Dios! ¡A Dios! dentro de pocos años

ya devorado habrá la tumba fría

a tu débil cantor. ¡Duren mis versos

cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso

viéndote algún viajero,
135

dar un suspiro a la memoria mía!

y al abismarse Febo en occidente [62]

feliz yo vuela do el Señor me llama,

y al escuchar los ecos de mi fama

alce en las nubes la radiosa frente.

(En junio de 1824, cuando el poeta tenía 21 años: nació en 1803).

[63]

En una tempestad

Oda al huracán

Huracán, huracán, venir te siento

y en tu soplo abrasado

respiro entusiasmado

del Señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido

vedle rodar por el espacio inmenso,

silencioso, tremendo, irresistible

en su curso veloz. La tierra en calma

siniestra, misteriosa,

contempla con pavor su faz terrible.
10

¿Al toro no miráis? El suelo escarba

de insoportable ardor sus pies heridos,

la frente poderosa levantando,

y en la hinchada nariz fuego aspirando

llama la tempestad con sus bramidos!
15

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando

vela en triste vapor su faz gloriosa,

y su disco nublado solo vierte

luz fúnebre y sombría,

que no es noche ni día
20

¡pavoroso color, velos de muerte! [64]

Los pajarillos tiemblan y se esconden

al acercarse el huracán bramando,

y en los lejanos montes retumbando

le oyen los bosques, y a su voz responden.
25

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve

su manto aterrador y majestuoso!...

¡Gigante de los aires, te saludo!...

En fiera confusión el viento agita

las orlas de tu parda vestidura...
30

¡Ved!... en el horizonte

los brazos rapidísimos enarca,

y con ellos abarca

cuanto alcanzo a mirar de monte a monte.

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo
35

levanta en torbellinos

el polvo de los campos agitados!...

En las nubes retumba despeñado

el carro del Señor, y de sus ruedas

brotó el rayo veloz, se precipita,
40

hiere y aterra al suelo,

y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada

cae a torrentes, oscurece el mundo,

y todo es confusión, horror profundo.
45

Cielo, nubes, colinas, caro bosque,

¿Do estáis?... Os busco en vano:

desparecisteis... La tormenta umbría

en los aires revuelve un Océano

que todo lo sepulta...
50

Al fin, mundo fatal, nos se paramos: [65]

el huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! cómo en tu seno

de tu solemne inspiración henchido,

el mundo vil y miserable olvido

55

y alzo la frente, de delicia lleno!

¿Do está el alma cobarde

que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo

al trono del Señor: oigo en las nubes

el eco de su voz: siento a la tierra

60

escucharle y temblar. Ferviente lloro

desciende por mis pálidas mejillas,

y su alta majestad trémulo adoro.

(En 1822 de los 19 años de su edad). [66]

Himno al Sol, escrito en el océano

En los yermos del mar, donde habitas,

Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:

lo infinito circunda tu frente,

lo infinito sostiene tus pies.

Ven: al bronco rugir de las ondas
5

une acento tan fiero y sublime,

que mi pecho entibiado reanime,

y mi frente ilumine, otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,

se colora de rosa el Oriente,
10

y la sombra se acoge a Occidente,

y a las nubes lejanas del Sur:

y del Este en el vago horizonte,

que confuso mostrábase y denso,

se alza póstico espléndido, inmenso
15

de oro, púrpura, fuego y azur.

¡Vedle ya!... Cuál gigante imperioso

alza el Sol su cabeza encendida...

¡Salve, padre de luz y de vida,

centro eterno de fuerza y calor!

20

¡Cómo lucen las olas serenas

de tu ardiente fulgor inundadas!

[67]

¡Cuál sonriendo las velas doradas

tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
25

poderoso renueva este mundo:

aun del mar el abismo profundo

mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera

dulce vida recobran los pechos,
30

y en dichosa ternura deshechos

reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego

de verdura las viste y de flores,

y sus brisas y blandos olores
35

feudo son a tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos

abandona huracán inclemente,

cuando en ellos reluce tu frente

y la calma se mira volver.
40

Tuyas son las montañas altivas

que saludan tu brillo primero,

y en la tarde tu rayo postrero

las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas,
45

de la tierra insondable tesoro,

y en su seno el diamante y el oro

reconcentra tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,

y al poeta tus rayos animan;
50

su entusiasmo celeste subliman,

y te ciñen eterno laurel. [68]

Cuando el éter dominas, y al mundo

con calor vivificas intenso,

que a mi seno descendes yo pienso,
55

y alto Numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros

de tu luz en las alas envía

al Autor de tu vida y la mía,

al Señor de los cielos y el mar.
60

Calma eterna do quiera respira,

y velado en tu fuego le adoro:

si yo mismo, ¡mezquino! me ignoro,

¿cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo,
65

sé que vive, que reina y me ama,

y su aliento divino me inflama

de justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día

vacilar de mi fe los cimientos,
70

fue al mirar sus altares sangrientos

circundados por crimen y error.

(En 1825 a los 22 años de su edad). [69]

Oda al cometa de 1825

Que el autor supone ser el mismo que apareció en 1811

Planeta de terror, monstruo del cielo,

errante masa de perennes llamas

que iluminas e inflamas

los desiertos del Éter en tu vuelo;

¿Qué universo lejano

al sistema solar ora te envía?

¿Te lanza del Señor, la airada mano

a que destruyas en tu curso insano

del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?

El sabio laborioso

10

para seguirte se fatiga en vano,

y más allá del invisible Urano

ve abismarse tu carro misterioso;

¿El influjo del sol allá te alcanza,

o una funesta rebelión te lanza
15

a ilimitada y férvida carrera?

Bandido inaquietable de la esfera,

¿Ningún sistema habitas, [70]

y tan cerca del sol te precipitas

para insultar su majestad severa?
20

Huye su luz, y teme que indignado

a su vasta atracción ceder te ordene,

y entre Jove y Saturno te encadene,

de tu brillante ropa despojado.

Mas si tu curso con furor completas,
25

y le hiere tu disco de diamante,

arrojarás triunfante

al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira

tu faz el vulgo con asombro y miedo,
30

yo, al contemplarte ledó,

elévome al Criador: mi mente admira

su alta grandeza, y tímida le adora.

y no tan solo ahora

en mi alma dejas impresión profunda:
35

ya de la noche en el brillante velo,

de mi niñez en los ardientes días,

a mi agitada mente parecías

un volcán en el cielo.

El ángel silencioso
40

que ora inocente dirección te inspira,

se armará del Señor con la palabra

cuando del libro del destino se abra

la página sangrienta de su ira.

¡Entonces furibundo
45

chocarás con los astros, que lanzados

volarán de sus órbitas, hundidos

en el éter profundo, [71]

y escombros abrasados

de mundos destruidos
50

llevarán el terror a otro sistema!...

Tente, Musa: respeta el velo obscuro

con que de Dios la majestad suprema,

envuelve la región de lo futuro:

tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
55

y a millones de mundos ignorados

al Hacedor magnífico revela. [72]

Oda a la noche

Reina la noche: con silencio grave

gira los sueños en el aire vano;

cándida, pura, el silencioso llano

viste la luna de su luz suave.

¡Hora de paz!... Aquí, do a nadie miro,
5

en esta cumbre, alzado,

heme, Señor, del mundo abandonado.

¡Cómo embelesa la quietud augusta

de la natura, a la sensible alma

que oye su voz, y en deleitosa calma
10

de esta mansión y su silencio gusta!

Grato silencio, que interrumpe el río

distante murmurando,

o en las hojas el viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente
15

gira en lánguidas alas el reposo,

que vela fiel bajo del cielo umbroso

y huye la luz del sol resplandeciente.

Invisible con él y misterioso

en llano y montes yace
20

el bello horror, que contristando place.

¡Cómo en el alma estática se imprime

el delicioso y triste pensamiento! [73]

¡Cómo el cuadro feliz que miro atento

es a par melancólico y sublime!
25

¡Ah! su paz de la música prefiero

al eco poderoso

con que se anima el baile bullicioso.

Allí en salón soberbio, por do quiera

terso cristal duplica los semblantes:
30

de oro vestida y perlas y diamantes

hermosura gentil danza ligera,

y con sus gracias y afectado hechizo

de mil adoradores

lleva tras sí los votos y loores.

35

¡Admirable es aquesto! Yo algún día,

de la simple niñez salido apenas,

en los bailes magníficos y cenas

de mi amor al objeto perseguía;

y atesoré con mágica ventura

40

de la Joven amada

un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido,

y a languidez y enfermedad ligado,

muy más me place que salón dorado
45

Este llano en la noche oscurecido;

a la brillante danza prefiriendo

el meditar tranquilo

bajo este cielo, en inocente asilo.

¡Ah! bríllenme por siempre las estrellas
50

en un cielo tan puro como ahora,

y a la alta mano de mi ser Autora

puédame yo elevar, viéndola en ellas. [74]

A ti, Dios de los cielos, en la noche

alzo en humilde canto
55

la dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo también, amiga luna:

siempre tierno te amé, reina del cielo:

siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,

en la adversa y la próspera fortuna.
60

Tú sabes cuantas veces anhelando

gozar tu compañía,

maldije el brillo del ardiente día.

Asentado tal vez a las orillas

del mar, cuyo cristal te retrataba
65

en cavilar dulcísimo pasaba

las leves horas en que leda brillas;

y recordando mi nublada gloria,

miré tu faz serena

y en tierno llanto desahogué mi pena.
70

¡Mas ay! el pecho con dolor palpita,

herido ya de consunción tirana,

y cual tú al esplendor de la mañana,

palidece mi rostro y se marchita.

Cuando caiga por fin, inunde al menos
75

esa luz calma y pura

de tu amigo la humilde sepultura...

...Mas, ¿qué canto suavísimo resuena

del inmediato bosque en la espesura?

Es tu voz, ruiñeñor, que de ternura
80

en dulce soledad mi pecho llena.

Siempre te amé, porque debiste al cielo

genio triste y sombrío, [75]

tierno y agreste, como el genio mío.

Perezca el que a tu nido te arrebatara,
85

y porque gimas gusta de oprimirte:

¿Por qué no viene como yo a seguirte

del bosque espeso entre la sombra grata?

Salta libre y feliz de ramo en ramo

en torno de tu nido,
90

que a nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el caos profundo

produjo antes que al sol, y al sol postrero

has de sobrevivir, cuando severo

el brazo del Señor trastorne el mundo;
95

óyeme: tú serás mientras me dure

este soplo de vida

celebrada por mí, de mi querida.

Antes del primer tiempo, sepultada

del caos en el vértice yacías:
100

inspirada tal vez ya preveías

a tu beldad la gloria destinada;

y ociosa, triste, en el sombroso velo

tu frente rebozabas,

y en el futuro imperio meditabas.
105

A la voz del Criador, del Océano

reina saliste, el cetro levantando,

de estrellas coronada, desplegando

el manto rico por el éter vano;

y al mundo silencioso deleitaba

110

en tu frente severa

de la alma luna la argentada esfera.

¡Cuántas altas verdades he aprendido [76]

en tu solemne horror, sublime diosa!

En el silencio de la selva umbrosa

115

¡Cuántas inspiraciones te he debido!

En ti miro al Criador, y arrebatado

de fervoroso anhelo,

pulso mi lira y me levanto al cielo.

¡Salve, gran diosa! en tu apacible seno
120

déjame consolar y recrearme:

tu bálsamo feliz puede aliviarme

el triste pecho de dolores lleno.

¡Noche, de los poetas y almas tiernas

dulce, piadosa amiga,
125

en blanda paz convierte mi fatiga! [77]

Calma en el mar

Letrilla

El cielo está puro,

la noche tranquila,

y plácida reina

la calma en el mar.

En su campo inmenso
5

el aire dormido

la flámula inmóvil

no puede agitar.

Ninguna brisa

llena las velas,
10

ni alza las ondas

viento vivaz.

En el Oriente

débil meteoro

brilla y disípase
15

leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante

nos muestra la luna,

y en torno la ciñe

corona de luz.

20

[78]

El brillo sereno

argenta las nubes

quitando a la noche

su pardo capuz.

Y las estrellas,

25

cual puntos de oro,

en todo el cielo

vense brillar.

Como un espejo

terso, bruñido,
30

las luces trémulas

refleja el mar.

La calma profunda

de aire, mar y cielo

al ánimo inspira
35

dulce meditar.

Angustias y afanes

de la triste vida,

mi llagado pecho

quiere descansar.
40

Astros eternos

lámparas dignas

que ornáis el templo

del Hacedor.

Sedme la imagen
45

de su grandeza

que lleve al ánima

santo pavor.

¡Oh piloto! La nave prepara:

a seguir tu derrota disponte,
50
[79]

que en el puro, lejano horizonte

se levanta la brisa del sur:

y la zona que oscura lo ciñe

cual la luz presurosa se tiende,

y del mar, cuyo espejo se hiende,
55

muy más bello parece el azul.

[80]

Oda al Sol

Yo te amo, ¡oh Sol! tú sabes cuan gozoso,

cuando en las puertas del oriente asomas,

siempre te saludé. Cuando tus rayos

nos arrojas fogoso

desde tu trono en el desierto cielo,
5

del bosque hojoso entre la sombra grata

me deleito al bañarme en la frescura

que los céfiros vierten en su vuelo;

y a mil cavilaciones me abandono

de inefable dulzura
10

cuando reclinas la radiosa frente

en las trémulas nubes de occidente.

Empero el opulento en su delirio

solo de vicios y maldad ansioso,

rara vez alza a ti su faz ingrata.

15

Tras el festín nocturno, crapuloso

tu luz sus ojos lánguidos maltrata,

y tu fuego le ofende

tu fuego puro, que en tu amor me enciende.

¡Oh! si el oro fatal cierra las almas

20

a admirar y gozar, yo le desprecio;

disfruten otros su letal riqueza,

y yo contigo mi feliz pobreza.

[81]

¡Oh! ¡cuánto en el Anahuac

por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
25

mirábase encorvado

hacia la tumba oscura:

en el invierno rígido, inclemente

me viste, al contemplar tu tibio rayo,

triste acordarme del fulgor de mayo,
30

y alzar a ti la moribunda frente.

¡«Dadme, (clamaba), dadme un sol de fuego

y bajo el agua, sombras, y verdura,

y me veréis feliz!...» Tú, Sol, tu solo

mi vida conservaste: mis dolores

35

cual humo al Aquilón desaparecieron,

cuando en Cuba tus rayos bienhechores

en mi pálida faz resplandecieron.

Mi patria... ¡Oh Sol! Mi suspirada Cuba

¿A quién debe su gloria,

40

a quién su eterna, virginal belleza?

Solo a tu amor. Del Capricornio al Cáncer

en giro eterno recorriendo el cielo,

jamás de ella te apartas, y a tus ojos

de cocoteros cúbrese y de palmas,
45

y naranjos preciosos, cuya pompa

nunca destroza el inclemente hielo:

tus rayos en sus vegas

desenvuelven los lirios y las rosas,

maduran la más dulce de las plantas,
50

y del café las sales deliciosas.

Cuando en tu ardor vivifico las viertes

larga fuente de vida y de ventura [82]

¿No te gozas, ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas a veces también por nuestras cumbres
55

truenan la tempestad. Entristecido

velas tu pura faz, mientras las nubes

sus negras olas por el aire ardiente

revuelven con furor, y comprimido

ruge el rayo impaciente,
60

estalla, luce, hiere, y un diluvio

de viento y agua y fuego se desata

sobre la tierra trémula, y el caos

amenaza tornar... Mas no, que lanzas

¡oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
65

la confusión de nubes y a la tierra

llega a dar esperanza. Ella anhelante

le recibe, sonrío, y rebramando

huye ante ti la tempestad: más puro

centella tu ancho disco en occidente.
70

Respira el mundo paz: bosque y pradera

se ornan de nuevas galas,

mientras al cielo con la tierra uniendo

el iris tiende sus brillantes alas.

¡Alma de la creación! Cuando el Eterno
75

del primitivo caos

con imperiosa voz sacó la tierra,

¿Qué fue sin tu presencia? Yermo triste,

do inmóviles reinaban

frialdad, silencio, oscuridad... Empero
80

la voz Omnipotente

dijo: ¡enciéndase el sol! y te encendiste,

y brotaste la luz, que en raudo vuelo [83]

pobló los campos del desierto cielo.

¡Oh! ¡cuán ardiente, al recibir la vida
85

al curso eterno te lanzaste luego!

¡Cómo al sentir tu delicioso fuego,

se animó la creación estremecida!

La sombra de los bosques,

el cristal de las aguas,
90

las brisas y las flores,

y el rutilante cielo y sus colores

a una mirada tuya parecieron,

y el placer y la vida

su germen inmortal desarrollaron.
95

Y esos planetas, tu feliz corona,

te obedecen también: raudos giraban

sin órbita ni centro

del éter en las vastas soledades.

El Criador soberano sujetolos
100

a tu poder; y les pusiste rienda,

a tu fuerte atracción los enlazaste,

y en derredor de ti los obligaste

a que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres solo
105

criatura como yo y estrella débil

(Como las que arden por la noche umbría

en el cielo sin nubes) en presencia

de tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,

omniscio, omnipotente, dirigiendo
110

con designios profundos

tantos millones férvidos de mundos,

reina en el corazón del universo. [84]

Espejo ardiente en que el Señor se mira,

ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
115

ya con el rayo y espantoso trueno

al mundo lance su terrible ira;

gloria del Universo,

del empíreo señor, padre del día,

¡Sol! oye: si mi mente
120

alta revelación no iluminara,

en mi entusiasmo ardiente

a ti, rey de los astros, adorara. [85]

El arco iris

Arco sublime de triunfo

que adornas el vasto cielo

cuando su confuso velo

recoge la tempestad;

no al oráculo severo
5

de la alma filosofía

pregunta la mente mía

la causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo

de mi niñez deliciosa,
10

cuando tu frente radiosa

parábame a contemplar;

y estación te imaginaba

para que entre tierra y cielo

descansara de su vuelo

15

del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos fríos

explicar tu forma bella

para agradarme con ella

cual mi ignorancia feliz?

20

En lluvia fugaz convierten

el espléndido tesoro

de perlas, púrpura y oro, [86]

que ardiente soñaba en ti.

Cuando a natura la ciencia
25

quita el misterioso encanto,

¡cuánto disminuye, cuánto

el brillo de su beldad!

¡Cuál ceden a yertas leyes

mil deliciosas visiones!
30

¡Cuán plácidas ilusiones

miramos, ¡ay! ¡disipar!

Pero el mismo Omnipotente

nos revela, arco divino,

tu origen y tu destino
35

con su palabra inmortal,

al dibujarse tu frente

en el cielo y mar profundo,

al cano Padre del mundo

fuiste sagrada señal.
40

Cuando tras fiero diluvio

la verde tierra te amaba,

cada madre a su hijo alzaba

a ver el arco de Dios.

El campo te daba incienso,
45

y aroma puro la brisa,

cuando en tu luz la sonrisa

del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,

sereno brillas ahora,
50

y cual del mundo la aurora,

su fin tremendo verás:

que Dios, fiel a su promesa, [87]

intacta guarda tu gloria,

para perpetua memoria
55

de que a la tierra dio paz.

De la música primera

sonó en tu honor el acento,

y del primer poeta el viento

oyó la mágica voz.
60

Sigue pues siendo mi tema,

símbolo de la esperanza,

fiel monumento de alianza

entre los hombres y Dios. [88]

Composición poética

Al recibir el retrato de su madre

Es ella, sí: la veneranda frente

que adoro mi niñez, de nuevo miro

con profunda emoción; aunque las huellas

del tiempo y del dolor tiene grabadas.

He aquí los ojos que mi débil cuna
5

estáticos velaban, y los labios

que con tierno cariño tantas veces

en mi pálida frente deponían

el santo beso maternal... Imagen

de la madre mejor y más amada
10

ven a mis labios, a mi ardiente seno,

y recibe las lágrimas que brotan

mis ojos mustios; llanto de ternura

y acaso de fatal remordimiento.

Sí, madre idolatrada: tus amores
15

tu anhelo por mi bien infatigable,

y tus lecciones de virtud sencilla

desatendí frenético... ¿Qué pago

recibiste de mí? Dolor y luto.

Precipité mis pasos imprudentes
20

tras el glorioso, espléndido fantasma [89]

de inaccesible libertad. La ira

de celoso poder me hizo blanco,

y fulminó tremenda. ¡Cuántas noches

cuando los ojos de llorar cansados
25

cerrabas, te mostró la fantasía

mi sangriento patíbulo! Mi fuga,

y una separación tal vez eterna,

calmaron tu terror, no tus pesares.

¡Qué lágrimas ansiosas, de amargura,

30

te habrá tu primogénito costado,

prófugo, errante en extranjeros climas,

donde asentaron su fatal imperio

feroces odios, ambición tirana,

y fratricida bárbara discordia!

35

Y yo, madre, también tu triste ausencia

lamento inconsolable. Los prestigios

de mísero poder o fútil gloria

no me embriagaron, ni del pecho ansioso

borrar pudieron tu sagrada imagen.

40

De Temis en el templo venerando;

en la Silla curul, a que fortuna

elevome después; en el peligro

y excitación de bélico tumulto;

entre los brazos de adorada esposa

45

o las tiernas caricias de mis hijos,

recordé tus amores, y brotaba

de mis ardientes labios el suspiro.

Tres años ha que por la vez primera

desde el trono español se pronunciaron
50

los dulces ecos de la paz y olvido. [90]

¡Oh! ¡cómo palpitó!... La fantasía

en mágica ilusión mostrome abiertos

los campos deliciosos de mi Cuba

y entre sus cocoteros y sus palmas,
55

al margen de sus plácidos arroyos,

con mi familia cara y mis amigos

me hizo vagar. Al agitado pecho

pensé estrechar a las hermanas mías,

a mi madre inundar en llanto dulce
60

de inefable ternura, y en su seno

deponer a mis hijos... Mas ¡sañudo

arbitrario poder frustró mis votos;

que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,

de viles siervos abatida sierva,
65

no es dado el hacer bien ni al mismo trono,

cuyo querer eluden los caprichos

de Sátrapa insolente!... Se arrastraron

dos lustros y dos años dolorosos

de expatriación, de lágrimas y luto
70

y en los hispanos pechos implacable

arde vivo el rencor...

Mas a despecho

del odio suspicaz y la venganza,

yo, madre, te veré. Cuando benigna
75

primavera genial restaure el mundo,

las turbulentas olas del Océano

hendiremos los dos, y venturoso

del Hudson en las fértiles orillas

te abrazaré. Tu imagen venerada
80

será entretanto mi mayor consuelo. [91]

Mostrándola a mis hijos cada día,

enseñáreles con afán piadoso

a que te amen, respeten y bendigan,

y oren por ti sus inocentes labios.
85

Ella en este desierto de la vida

será para mis ojos vacilantes

astro sublime de virtud. Al verla,

tus augustos consejos recordando,

fiel les seré, y a Dios enardecido
90

elevaré mis incesantes votos

porque a tus brazos me conduzca. Sea

báculo a tu vejez tu primer hijo,

y en asilo rural, feliz oscuro,

te haga olvidar las anteriores penas
95

con amantes cuidados y caricias.

Aquesto y nada más, demando al cielo.

Y tú, dulce Agustín, a quien los lazos

de la sangre y amor conmigo unieron,

a quien debo tal don, recibe ahora
100

mi gratitud. -Si mis humildes versos

perdona el tiempo audaz, tu caro nombre

ellos dirán a los futuros siglos,

de piadosa amistad para modelo.

(Copiada de un manuscrito: la compuso el autor en 4 enero 1836). [92]

La caída de las hojas

Romance

De otoño el viento la tierra

llenaba de hojas marchitas,

y en el valle solitario

mudo el ruiseñor yacía.

Solo y moribundo un joven
5

lentamente recorría

el bosque donde jugaba

en sus niñeces floridas.

«A Dios, adorado bosque,

voy a morir, le decía,
10

y mi fin desventurado

tus hojas ¡ay! vaticinan.

La enfermedad que mi seno

está devorando impía,

pálido, cual flor de otoño,
15

hacia el sepulcro me inclina.

Apenas breves instantes

disfruté la dulce vida,

y siento mi primavera

cual sueño desvanecida.
20

Caed, efímeras hojas

y por el suelo tendidas, [93]

a mi desolada madre

ocultad mi tumba fría.

Mas si mi amante velada
25

viene en la tarde sombría

a llorar en mi sepulcro,

agitándoos conmovidas,

despertad mi triste sombra

y su fiel llanto reciba.»
30

Dijo, ¡y partió... para siempre!

Murió, y al tercero día

la sepultura le abrieron

debajo la árida encina.

Su madre (¡ay! por poco tiempo)
35

vino a llorarle afligida;

pero no su infiel amante

como el infeliz creía.

Solo del pastor los pasos

en aquella selva umbría
40

perturban hoy el silencio

en torno de sus cenizas. [94]

Sobre la poesía

Oda

¡Alma del universo, Poesía!

Tu aliento vivifica, y semejante

al soplo abrasador de los desiertos,

en su curso veloz todo lo inflama.

¡Feliz aquel que la celeste llama
5

siente en su corazón! Ella le eleva

al bien, a la virtud: ella a su vista

hace que ríen las confusas formas

del gozo por venir: contra el torrente

del infortunio bárbaro le escuda,
10

haciéndole habitar entre los seres

de su creación; con alas encendidas

osada le arma, y vuela

al invisible mundo,

y los misterios de su horror profundo
15

a los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiración! ¡oh! ¡cuántas horas

de inefable deleite

concediste benigna al pecho mío!

En las brillantes noches del estío
20

grato es romper con la sonante prora,

largo rastro de luz tras sí dejando, [95]

del mar las ondas férvidas y oscuras;

grato es trepar los montes encumbrados,

o a caballo volar por las llanuras.
25

Pero a mi alma fogosa es muy más grato

dejarme arrebatado por tu torrente,

y ornada en rayos la soberbia frente,

escuchar tus oráculos divinos,

y repetirlos; como en otro tiempo
30

de Apolo a la feliz sacerdotisa

Grecia muda escuchaba,

y ella de sacro horror se estremecía,

y el fatídico acento repetía

del dios abrasador que la agitaba.
35

Hay un genio, un espíritu de vida

que llena el universo: él es quien vierte

en las bellas escenas de natura

su gloria y majestad: él quien envuelve

con su radioso manto a la hermosura
40

y da a sus ojos elocuente idioma,

y música a su voz: él quien la presta

el hechizo funesto, irresistible,

que embriaga y enloquece a los mortales

en su sonrisa y su mirar: él sopla
45

del mármol yerto las dormidas formas,

y las anima, si el cincel las hiere.

Él en Fedra, en Tancredo, y en Zoraida

nos despedaza el corazón: o blando

con Anacreón y Tíbulo y Meléndez
50

del deleite amoroso nos inspira

la languidez dulcísima: o tronando [96]

nos arrebató en Píndaro y Herrera

y el ilustre Quintana, a las alturas

de la virtud sublime y de la gloria.
55

Por él Homero al furibundo Aquiles

hace admirar, Torcuato a su Clorinda,

y Milton, más que todos elevado,

a su ángel fiero, de diamante armado.

Por do quiera este espíritu reside;
60

mas invisible. Del etéreo cielo

baja y se manifiesta a los mortales

en la nocturna lluvia y en el trueno.

Allí le he visto yo: tal vez sereno

vaga en la luz del sol, cuando este inunda
65

al cielo, tierra y mar en olas de oro:

de la música tiembla en el acento.

Ama la soledad: escucha atento

de las aguas con furia despeñadas

el tremendo fragor. Por el desierto
70

los vagabundos árabes conduce,

soplando entre sus pechos agitados

un sentimiento grande, indefinido,

de agreste libertad. En las montañas

se sienta con placer, o de su cumbre
75

baja, y se mira del Océano inmóvil

en el hondo cristal, o con sus gritos

anima las borrascas. Si la noche

tiende su puro y centellante velo,

en la alta popa reclinado inspira
80

al que estático mira

abajo el mar, sobre su frente el cielo. [97]

Es el ansia de gloria noble y bella:

yo de su lauro en el amor palpito,

y quisiera en el mundo que hoy habito
85

de mi paso dejar profunda huella.

De tu favor, espíritu divino,

puedo esperarlo, que tu aliento ardiente

vive eterno y da vida: los mortales

a quienes genio dispensó el destino,
90

ansiosos corren a la sacra fuente

que tu fogosa inspiración recibe.

El mundo a sus afanes apercibe

indigno galardón. Cuando los cubre

vestidura mortal, vagan oscuros
95

entre indigencia y menosprecio: acaso

de sacrílega mofa son objeto.

Al cabo mueren, y sus almas tornan

a la fuente de luz de que salieron,

y entonces a despecho de la envidia,
100

un estéril laurel brota en sus tumbas.

Brota, crece, y ampara las cenizas

con su sombra inmortal; pero no enseña

a los hombres justicia, y cada siglo

ve repetir el drama lamentable,
105

sin piedad ni rubor. Divino Homero,

Milton sublime, Taso desdichado y

¡vosotros lo diréis! Empero el genio

al infortunio arrostra: sus oídos

halagan los aplausos que su canto
110

recibirá feliz en las regiones

del porvenir. Su gloria, su desgracia [98]

excitarán la dulce simpatía,

en la posteridad, de los crueles

que a miseria y dolor le condenaron,
115

desde la tumba reinará: las bellas

con respeto y ternura suspirando,

pronunciarán su nombre: ya centella

a sus ojos la lágrima preciosa

que arrancarán sus páginas ardientes
120

a la sensible hermosa.

La ve, palpita, se enternece, y fuerte

de la cruel injusticia se consuela,

y esperando su triunfo de la muerte,

al seno del Criador gozoso vuela.

125

¡Dulcísima ilusión! ¿Quién ha podido

defenderse de ti, si no ha nacido

yerto como los mármoles y troncos?

¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero!...

Algunas efusiones de mi musa

130

me sobrevivirán, y mi sepulcro

no ha de guardarme entero:

tal vez mi nombre, que el rencor proscribiera,

resonará de Cuba por los campos

de la fama veloz en la trompeta.
135

Al ver como su lienzo se animaba,

el Corregio exclamaba:

¡Yo también soy pintor!... Yo soy poeta. [99]

Fragmento

De un poemita sobre los progresos de las ciencias

La física incansable, indagadora,

analiza la gran naturaleza.

Elevándose al éter Galileo

entre persecuciones y peligros,

de inquisidor fanático a despecho

consagrados errores disipando,

su libertad reivindicó a la mente.

Armó de nuevos ojos al humano,

la noble frente a Júpiter sublime

coronó de satélites, y a Febo

sentó en inmóvil, refulgente trono.

El volador corneta vagabundo

de siglo en siglo iluminaba el cielo

con siniestro fulgor, vaticinando

fúnebre porvenir. La ciencia osada

midió por fin su elíptico sendero,

anunció su venida, despojole

de usurpado terror, y el astro humilde

obedeció del sabio los decretos.

Toricelli, Pascal, su peso miden [100]

a la impalpable atmósfera: encerrado

en férreo tubo el aire se desata

y feroz ante sí lanza la muerte.

Hijo del sol el septiforme rayo

por cristalino prisma dividido,

entre la obscuridad que le circunda,

hace brillar del iris los colores.

En el convexo lente deja dócil

su fulgente corona, y concentrado

se arma feroz de innumerables puntas,

y a los metales, y al diamante muerde.

En primorosa imitación la Esfera

rueda en sus ejes, dividiendo el año,

hace girar en su órbita la tierra,

y de ella en pos a la inconstante luna.

A la vista Saturno aproximado

revuelve sus anillos misteriosos

que oculta o muestra: Júpiter eclipsa

sus brillantes satélites, y el sabio

nota el momento, y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio

busca del norte la querida estrella,

y en el inmenso mar, en negra noche,

fija su rumbo al navegante incierto.

El agua del calor atormentada,

o al choque de la eléctrica centella

en diferentes gases convertida,

a la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito a los ojos

Estalla y luce simulado rayo, [101]

que enseñó la atracción del verdadero,

y pudo el hombre desarmar las nubes.

Del Galvanismo al poderoso impulso

tiembla y se agita el pálido cadáver

con misteriosa convulsión, y casi

duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna

del microscopio mágico en el seno;

y en sus miembros y espalda cristalina

centenares de músculos se cruzan.

En un grano de polvo imperceptible

hierven insectos mil, y nuevos mundos

a la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos

la química sorprende a los metales,

y su corriente sólida persigue.

La acción devoradora de la llama

hace brotar de calcinadas piedras

el líquido mercurio, y resplandece

entre la arena vil, pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo

hinche ligero gas: en él suspenso

deja la tierra el físico atrevido,

con rápido volar hiende las nubes;

muy más allá de su región oscura

bebe del sol purísima la lumbre,

y sobre un horizonte ilimitado

los desiertos del Éter señora.

(Fin del fragmento impreso). [102]

A mi padre en sus días

Romance

Cuando feliz tu familia,

se dispone, caro padre,

a solemnizar la fiesta

de tus plácidos natales,

yo, el primero de tus hijos,

5

también primero en lo amante,

hoy lo mucho que te debo

con algo quiero pagarte.

¡Oh! ¡cuán gozoso repito

que tú de todos los padres
10

has sido para conmigo

el modelo inimitable!

De mi educación el peso

a cargo tuyo tomaste,

y nunca a manos ajenas
15

mi tierna infancia fiaste.

Amor a todos los hombres

temor a Dios me inspiraste,

odio a la atroz tiranía

y a las intrigas infames.
20

Oye, pues y los tiernos votos

que por ti Fileno hace,

y que de su labio humilde [103]

hasta el Eterno se parten.

Por largos años el cielo
25

para la dicha te guarde

de la esposa que te adora,

y de los hijos amantes.

Puedas ver a tus biznietos

poco a poco levantarse,
30

como los verdes renuevos

en que árbol noble renace,

cuando al impulso del tiempo

la frente sublime abate.

Que en torno tuyo los veas
35

triscar y regocijarse,

y entre cariño, y respeto

inciertos y vacilantes,

halaguen con labio tierno

tu cabeza respetable.
40

Deja que los opresores

osen faccioso llamarte,

que el odio de los perversos

da a la virtud más realce.

En vano blanco te hicieron
45

de sus intrigas cobardes

unos reptiles impuros,

sedientos de oro y de sangre.

¡Hombres odiosos!... Empero

tu alta virtud depuraste,
50

cual oro al crisol descubre

sus finísimos quilates.

A mis ojos te engrandecen [104]

esos honrosos pesares,

y si fueras más dichoso
55

me fueras menos amable.

De la triste Venezuela

Oye al pueblo cual te aplaude,

llamándote con ternura

su defensor y su padre.
60

Vive pues en paz dichosa:

jamás la calumnia infame

con hábito pestilente

de tu honor la luz empañe;

entre tus hijos te vierta
65

salud bálsamo suave,

y amor te brinde risueño

las caricias conyugales.

(En noviembre de 1819). [105]

A mi padre

Encanecido en la fuerza de su edad

Es el sepulcro puerta de otro mundo:

los sabios y los buenos

así lo afirman, y de espanto llenos

tiemblan los malos, a su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh padre! Bastaría
5

tu virtud elocuente

a demostrarla, y a librar mi mente

de los tormentos de la duda impía.

Deja que vil calumnia se prepare

porque has obedecido
10

el mandato del Dios que ha prometido

piedad y amor a quien piedad usare.

Los pueblos te bendicen: ellos fueron

de tu virtud testigos,

y cargan a tus torpes enemigos
15

la justa execración que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo,

sí noble desventura...

¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura

no prueba, di, su intermediación al cielo? [106]
20

Carácter de mi padre

Integer vitæ, scelerisque purus (Horat.)

Candorosa virtud meció su cuna,

fióle Clío su pincel sagrado;

su espada Temis. Contrastó indignado

al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fue libre. De su frente pura
5

el ceño augusto fatigó al tirano,

cuya cobarde y vengativa mano

vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fue su ídolo. Piadoso

le hallaron el opreso y desvalido:
10

fue hijo tierno, patriota esclarecido,

buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres hacéis gloria,

él adoraba en vuestro altar augusto:

el polvo respetad de un hombre justo,
15

y una lágrima dad a su memoria. [107]

Soneto

Renunciando a la poesía

Fue un tiempo en que la dulce Poesía

el eco de mi voz herloseaba,

y amor, virtud, y libertad cantaba

entre los brazos de la amada mía.

Ella mi canto con placer oía
5

caricias y placer me prodigaba,

y al puro beso que mi frente hollaba

muy más fogosa inspiración seguía.

¡Vano recuerdo! En mi destierro triste

me deja Apolo, y de mi mustia frente.
10

Su sacro fuego y su esplendor retira.

A Dios ¡oh Musa! que mi gloria fuiste:

A Dios, amiga de mi edad ardiente:

el insano dolor quebró mi lira. [108]

A Roma antigua

Soneto

Envuelta en sangre y pavoroso estrago

combate Roma con feroz anhelo:

llena el mundo su nombre, sube al cielo,

y las naciones tiemblan a su amago.

Su águila fiero por el aire vago
5

hiende las nubes con ardiente vuelo,

y apenas mira en el distante suelo

las ruinas de Corinto y de Cartago.

¿Qué la valió? Carbón, Mario implacable,

Y Sila, vengador, Y César fuerte

10

huellan del orbe a la infeliz señora

Y otros... ¡Oh! ¡Roma grande y miserable,

que ansiando lauros y poder de muerte

no supo ser de sí, reguladora! [109]

A los griegos en 1821

Oda

Jamás puede un tirano

la cadena cargar al pueblo fuerte,

que enfurecido se alza, lidia, triunfa,

o sufre noble muerte.

¡Pueblos famosos de la antigua Grecia,
5

vosotros lo decid! En el orgullo

de su inmenso poder jura Darío

a torpe servidumbre someteros,

o a la disolución: estremecida

yace la tierra, y en silencio yerto
10

aguarda el yugo en estupor hundida.

Mas alza Atenas la sublime frente,

e impávida resiste

al furibundo asolador torrente,

que en su valor el ímpetu quebranta.

15

¡Campo inmortal de Maratón! Tú viste

de Milcíades magnánimo la gloria;

y luego en Salamina, y en Platea

Temístocles, Arístides, Pausanias,

triunfan, y en Grecia truena
20

de libertad el grito y de victoria.

¡Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo

cargarte el musulmán la vil cadena, [110]

que cuatro siglos mísera sufriste?

Raza degenerada,
25

¿No el nombre de Leónidas oíste?

¿O el despotismo audaz ha devorado

las páginas de luz en que la historia

consagra los recuerdos

de tu antigua virtud y de tu gloria?
30

Mirad como se acerca enfurecido

el segundo Mahomet, y precedido

marcha de sangre y devorante fuego:

en vez de apercibirse, a los combates,

¡ved cuan pálido tiembla el débil griego!
35

¡Ignominia! ¡Baldón! Su negro manto

por Grecia desolada,

tiende la esclavitud, y el templo santo

profana el musulmán con sus furores.

Europa consternada se estremece
40

cuando la media luna destructora

a Bizancio domina, y vencedora

cual fúnebre cometa resplandece.

¿Dónde la Grecia fue? ¿dónde se oculta

de la brillante Atenas,
45

y de la fiera Esparta y de Corinto

el pasado esplendor? Miseria, sangre,

y muda esclavitud presenta solo

por cuatro siglos la moderna Grecia.

Sus vírgenes adornan el serrallo
50

de vil bajá: la yerba solitaria

crece en el Panteón abandonado.

El viajero, en escombros reclinado, [111]

en vano busca suspirando ahora

la patria de las ciencias y las artes,
55

de Roma y de la tierra la instructora.

¡Ay! todo pereció: su triste anhelo

halla tan solo de la Grecia antigua

el aire puro y refulgente cielo.

Pero amanece del destino el día
60

y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos,

que ha poco la olvidaban,

o en languidez imbecil suspiraban

por el socorro infiel del extranjero.

Su genio majestuoso,
65

el de Aristógiton y Harmodio fiero,

deja la tumba, su radiosa frente

en el cabo de Ténaro levanta,

exclama ¡Libertad! ardiendo en ira,

esperanza y ardor al griego inspira,
70

y al feroz musulmán hiela y espanta.

Los númenes antiguos

se agitan bajo el mármol mutilado,

que murmura confuso ¡Guerra! ¡Guerra!

cual se oye por los senos de la tierra
75

vagar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida

de ¡Libertad! y ¡Gloria! y de ¡venganza!

Furibundos clamores:

levántanse oprimidos y opresores,
80

y ruje la matanza.

¡Nobles griegos, valor! ¡Que vuestros hijos

hereden libertad! Con fuerte mano [112]

la barbarie frenad de ese vil pueblo,

crudo enemigo del linaje humano.
85

No invoquéis a los príncipes de Europa:

de su ambición en el furor celoso,

los esfuerzos de un pueblo generoso

con ceño miran y rencor insano.

En un déspota o rey ven un hermano,
90

y es déspota el sultán... Pero vosotros,

armados de valor y alta constancia

sin ellos triunfaréis. Cuando los padres

al morir en el campo de batalla,

a sus hijos encargan

sangrienta herencia de venganza y gloria,

aunque la lucha prolongarse puede,

segura es la victoria.

Mas ¿qué vago rumor hiere mi oído,

cual sordo trueno en nube tempestuosa
100

por los valles dilata su bramido?

¡Ved las sombras augustas de los héroes

abandonar las tumbas do gemían

su abandono fatal! Arma sus frentes

profunda indignación: brillan sus ojos
105

bien como rayo en la tormenta umbría,

y en sus diestras armadas

resplandecen vibrando las espadas.

«¡Imitadnos, prorrumpen, o atrevidos

nuestra gloria eclipsad! La loza abierta
110

os llama a combatir. La tiranía

por vuestros campos con aliento impuro

de fuego y sangre verterá un torrente; [113]

mas no olvidéis que secará la fuente

a un diluvio de lágrimas futuro.
115

¿Cederéis? ¡No! ¡Jamás! Ventura, gloria

y libertad os guarda la victoria,

y la derrota esclavitud o muerte.

En vuestros jefes nuestro aliento fuerte

invisibles pondremos,
120

y a sus pasos do quier presidiremos.»

Y os inspiran, caudillos vengadores,

que al griego conducís a los combates

de ardor sublime y esperanza lleno.

¡Magnánimo Ipsilanti!
125

¡Noble Cantacuzeno!

Haced la independencia de la Grecia,

y haced su libertad. La Grecia libre

supo arrostrar de Gerges y Darío

el inmenso poder: la Grecia esclava
130

al Musulmán cedió... ¡Lección terrible,

que aprovechar debéis! Europa entera

y de la noble América los hijos

guirnaldas tejen de laurel y rosas

que os adornen las frentes generosas.
135

Vuestro puro patriótico ardimiento

a nuestros nietos cantará la historia,

y en el augusto templo de la Gloria

de Washington a par tendréis asiento.

¡Oh! ¿No lo veis? De Grecia las montañas
140

fuego desolador va recorriendo,

y el Eurotas sonante y el Pamiso

escuchan retumbar en sus orillas [114]

de áspera lid el tormentoso estruendo.

El grito ¡Libertad! los aires llena
145

y el Bósforo agitado

hasta Bizancio ¡Libertad! resuena.

Del sultán al mortífero decreto

se lanzan los genízaros... Miradlos

del griego vengador bajo la espada
150

desparecer, como al furor del fuego

la yerba de los campos desecada.

Salamina repítese y Platea;

Mas ¿qué valen? ¡Oh Dios! ¿Nunca se agota

el torrente de bárbaros?... ¡Oh! ¡vedlo
155

cual se renueva sin cesar y corre

como el flujo feroz del Océano

violento, asolador, irresistible!...

¡Oh ceguedad funesta, incomprensible

de matar y morir por un tirano!
160

¡Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa,

¿Cómo en vuestros oídos

no suenan los tremendos alaridos

con que asordado el Bósforo retumba?

¡Oh! ¿Ser podréis fríamente espectadores
165

de la lucha de Grecia y sus horrores?

¿Esperáis de ese pueblo generoso

el exterminio?... Refrenad la furia

del musulmán fanático, y lanzadlo

a los desiertos de Asia, donde viva
170

sin matar ni oprimir. Aquesta guerra

útil, noble sagrada,

aceptarán con gozo las naciones; [115]

del mundo excitaréis las bendiciones,

y el culto de la Grecia libertada.

175

¡Ay! mis ojos, ¡oh Grecia vengadora!

tu gloria no verán. La muerte fiera

de mi edad en la dulce primavera,

cual flor por el arado atropellada,

va a despeñarme en la región sombría
180

del sepulcro fatal. ¡Oh lira mía!

estos serán los últimos acentos

que haga salir de ti, mi débil mano.

Mas el hado no heló mi fantasía,

y en sus alas veloces conducido
185

vivo en el porvenir. Como un espectro,

del sepulcro en el borde suspendido,

dirijo al cielo mi postrero voto

porque triunfes ¡oh Grecia! Ya te miro

lanzar a los tiranos indignada,
190

y a la alma libertad servir de templo,

y al mundo escucho que feliz aplaude

victoria tal y tan glorioso ejemplo. [116]

A Sila

Triunfante Sila, cuyo carro fiero

en las ruedas giró de la fortuna,

la antigua libertad desde tu cuna

fue tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste
5

no era ya la de Curcio y Cincinato

y Fabricio y Scipión: su pueblo ingrato

demandaba opresión, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro,

el senado magnífico de reyes
10

que al orbe sometido impuso leyes,

prostituyó el poder, vendiose al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,

capaz de esclavitud, no de obediencia,

enmudeció temblando en tu presencia
15

a fuerza de furor y proscipciones.

No fuiste vil por opresor: en vano

quisieras libertad: solo veías

crimen y esclavos. -En tan negros días

ya hubiera sido como tú, tirano.
20

Con todo tu furor, romano fuiste, [117]

porque la alzaste al fin libre y señora,

y con una sonrisa aterradora

mas que mortal diadema depusiste.

Si tu brazo feroz a Roma oprime,
25

la liberta tu esfuerzo generoso:

tú no faltaste a tu valor glorioso,

faltó tu siglo a tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria

terror profundo en su grandeza inspira,
30

y a los ojos del mundo que te admira

aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre a los romanos

saludable lección. Así tu nombre,

que vivirá inmortal, tremendo asombro
35

a facciosos, cobardes y tiranos. [118]

A Washington

Oda escrita en Montverman

Primero en Paz y en guerra,

primero en el afecto de tu Patria

y en la veneración del universo,

viva imagen de Dios sobre la tierra,

libertador, legislador y justo,
5

Washington inmortal, oye benigno

el débil canto, de tu gloria indigno,

con que voy a ensalzar tu nombre augusto.

¿Te Pintaré indignado

a la voz de la Patria dolorida
10

volar al arduo campo de la gloria,

y como Marte en el Olimpo armado

a la suerte mandar y a la victoria?

Magnánimo apareces;

ríndese Boston, y respira libre.

15

Vanamente el tirano

cuarenta mil esclavos lanza fiero

para extirpar el nombre americano.

Tú, sin baldón, al número cediste, [119]

y acallando el espíritu guerrero,

20

a tu gloria la Patria preferiste.

Así del pueblo eterno los caudillos

al vencedor Aníbal contemplaron

con inmutable frente,

y la invasión rugiente
25

a la Pánico playa rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,

del Delaware el vacilante hielo

ofreció a tu valor y patrio celo

el camino del triunfo y de la gloria.
30

La soberbia Británica humillada

es por último en York, y su caudillo

rinde a tus pies la poderosa espada.

El universo atónito saluda

a la triunfante América, y te adora
35

mientras que la Metrópoli sañuda

tu gloria bella y su baldón devora.

Mas cuando por la paz inútil viste

de libertad la espada en tu alta mano,

el poder soberano
40

como insufrible carga deposiste.

Alzado a la primer magistratura,

de tu Patria la suerte coronaste,

y en cimientos eternos afirmaste

la paz, la libertad sublime y pura.
45

De años y gloria y de virtud cargado,

con mano vencedora

regir te vieron el humilde arado.

Con Sócrates divino te asentaste [120]

de la fama en el templo,
50

y a la virtud, con inmortal ejemplo,

la fe del universo conservaste.

Cuando en noble retiro,

de oro y de crimen y ambición ajeno

tu espléndida carrera coronabas
55

en este bello asilo respirabas

pobre, modesto, y entre libres libre.

¡Oh Patomac! del orgulloso Tibre

no envidies, no, la delincuente gloria,

que no recuerda un héroe como el tuyo

60

del orbe todo la sangrienta historia.

Por la Francia feroz amenazada

vuelve a la Patria del peligro el día,

y en unánime voto al héroe fía

de libertad y América la espada.

65

Los rayos de la gloria

vuelven a ornar su venerable frente...

mas, ¡ay! desapareció, volando al cielo,

como de nubes en brillante velo

hunde el sol su cabeza en occidente.

70

¡Oh Washington! Protegen tu sepulcro

las capas de los árboles ancianos

que plantaron tus manos,

y lo cubre la bóveda celeste.

Aun el aire que en torno se respira,

75

el que tú respirabas,

paz y santa virtud al pecho inspira. [121]

En la tumba modesta,

que guarda tus cenizas por tesoro,

ni luce el mármol ni centella el oro,
80

ni entallado laurel ni palmas veo.

¿Para qué, si es un mundo

a tu gloria inmortal digno trofeo?

Con estupor profundo

por tu genio creador lo miro alzado
85

hasta la cumbre de moral grandeza;

potente y con virtud, libre y tranquilo,

esclavo de las leyes,

del universo asilo,

asombro de naciones y de reyes.
90

(En 1824).

[122]

A Napoleón

Oda

Conjunto incomprensible y asombroso

de oscuridad y luz, de nada y gloria;

astro a par ominoso

a libertad y reyes, elevado

por una tempestad a tal altura
5

por otra tempestad de ella lanzado,

que solo has igualado

con tu desgracia inmensa tu ventura.

¡Divinidad mortal! Bajo tu planta

su alta cumbre los Alpes inclinando,
10

un camino triunfal te preparaban.

Tu señal aguardaban

los elementos, mientras disipando

las tempestades de lluviosa noche

para alumbrar tus fiestas,
15

el sol desde su carro te anunciaba.

Europa te miraba

con un horror profundo;

y de tu voz fatídica el acento,

de tus ojos bastaba un movimiento
20

a conmover el mundo.

Tu soplo animador del caos sacaba [123]

las olvidadas leyes.

A los vastos despojos de los reyes

tu imagen insultaba
25

sobre mil y mil bronces, que cautivos

al orbe tus hazañas referían.

A tu querer los cultos renacían,

de su fraternidad ya se pasmaban,

y en los altares, que juntos humeaban,
30

por ti sus oraciones confundían.

«Conserva ¡oh Dios!, decían,

al héroe del Tabor: ¡dale victoria!

Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tíbre!»

¡Por qué añadir entonces no pudieron
35

para colmar tu gloria:

«Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre!»

Si quisieras reinaras todavía.

Hijo de libertad, la destronaste:

su exterminio juraste
40

en tu soberbia impía.

Mas la tumba que se abre

a la diosa inmortal, tarde o temprano

hiela en su sombra fría

el necio orgullo del mayor tirano.
45

¿En tu ambición furiosa

fe, justicia o derechos respetaste?

En vano ya te fuera

la España generosa

de gloria y de peligros compañera.
50

Esclava la anhelaste;

mas no quisiste unir otra diadema [124]

a tu doble corona, y en su trono

un simulacro tuyo colocaste.

Mas no: sus sacerdotes y guerreros
55

a la lid mutuamente se excitaron.

Supersticiosos, fieros

los pueblos al clamor se levantaron.

¡Presagio pavoroso! Las campanas

por invisible mano sacudidas,
60

¡Alarma! resonaban.

Las estatuas antiguas retemblaban

y llanto se veía

en sus ojos inmóviles: la sangre

del Salvador divino de la tierra
65

en sus yertas imágenes corría.

Por la noche los muertos vagueaban

y los fúnebres gritos ¡Guerra! Guerra!

do quiera los sepulcros exhalaban.

Una noche... ¡Atended! Era la hora

70

en que los sueños lúgubres anuncian

del sepulcro sombroso

la triste voz; en que el segundo Bruto

vio a su genio enlutado

alzarse en el horror de las tinieblas;

75

en que el feroz Ricardo, atormentado

por sueño sin reposo,

los manes vio de su familia entera

maldecirle y gritar: «¡Aquesta, impío,

es tu noche postrera!»

80

Solo, en silencio Napoleón velaba;

la fatiga inclinaba [125]

su frente poderosa

sobre la carta inmóvil, que sus ojos

solo confusamente

85

miraban: tres guerreras, tres hermanas,

a su vista se ponen de repente.

Pobre y sin atavíos la primera,

una virgen romana parecía,

morena al brillo de abrasado cielo.
90

Su alta frente ceñía

simple ramo de encina: se apoyaba

en un roto estandarte, y recordaba

un día sublime de inmortal memoria.

Brillaban tres colores
95

en sus girones, al francés sagrados,

del humo ennegrecidos, destrozados,

Pero por la victoria.

«Te conocí soldado:

¡Salud! hete ya rey, ella dijera:
100

de Marengo la espléndida jornada

en tus fastos de gloria

después de yo se encuentra colocada.

Soy su hermana mayor; la que en Arcole

protegí tu carrera,
105

dictándote la voz airada, fuerte,

que el valor de los tuyos reanimara,

cuando tan grande te miró la muerte,

que en medio a rayos mil te respetara.»

110 «Trocaste en cetro de hierro

mi bandera profanada.

¡Tiembra! Tu estrella eclipsada [126]

palidecer miro yo.

¡La fuerza no tiene apoyo

115 cuando sin freno se mira

a Dios! Tu reinado espira

y ya tu gloria pasó.»

Sobre su frente la segunda unía

a la brillante palma del desierto

los tesoros que encierra Alejandría.
120

El fuego con que el sol a Egipto inunda

sus ojos encendía.

En los hijos de Omar ensangrentada

ostentaba su mano por trofeo,

de Julio César la terrible espada,
125

y el ilustre compás de Tolomeo.

«Te conocí de Francia desterrado

¡salud! hete ya rey; ella dijera.

Del famoso Tabor la gran jornada

en tus fastos de gloria
130

después que yo se encuentra colocada.

Soy su hermana mayor; te debo el nombre

que al pie de las Pirámides obtuve.

¡Nombre inmortal! del Nilo en las orillas

vi los turbantes de Ismael hollados
135

por tus caballos rápidos. Las artes

a sus hijos preciados

allí bajo tu egida colocaban,

cuando al polvo de Menfis y de Tebas

sus misterios augustos preguntaban.
140

Si te extraviaste entonces

en tu glorioso vuelo, [127]

fue cual águila noble, que fijando

la vista al sol, y tras la luz volando,

en los desiertos piérdese del cielo.»
145

«Bajo tu cetro de hierro

La quisiste ver ahogada

¡Tiembra! tu estrella eclipsada

palidecer miro yo.

150 La fuerza no tiene apoyo

cuando sin freno se mira.

¡A Dios! Tu reinado espira

Y ya tu gloria pasó.»

La postrera... ¡Oh piedad! Sus manos bellas

cadenas oprimían. Con los ojos
155

clavados en la tierra, do sus pasos

dejaban ¡ay! ¡ensangrentadas huellas,

se acercaba temblando,

perece, no se rinde! murmurando.

¡Lejos de ella la pompa, y los tesoros
160

con que feliz victoria se atavía!

Pero cipreses bellos, cual laureles,

su noble frente coronaban fieles,

como guirnalda fúnebre y sombría.

«No me conocerás hasta la hora
165

que dejes de reinar: ¡escucha y tiembla!

Ninguna otra jornada

se ha de ver en tus fastos colocada

en pos de mí. Tampoco [128]

Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
170

seré a la tierra de valor y pena.

Libertaré a los reyes oprimidos,

a los pueblos pasando su cadena.

Los siglos dudarán, al ver tu historia,

si tus soldados fuertes,
175

de tanta y tanta hazaña escombros vivos,

compañeros antiguos de tu gloria,

mas grandes parecieron

en un día solo que revés sufrieron,

que en veinte años de dicha y de victoria.»
180

«Yo al fin echaré del cielo

tu estrella triste, eclipsada,

y quebraré con tu espada

tu cetro férreo y atroz.

185 La fuerza no tiene apoyo

cuando sin freno se mira

¡Tiembra! Tu reinado espira

y ya tu gloria pasó.»

Dijo: las tres al cielo

190 encaminaban ya su raudo vuelo,

y aún el guerrero atónito escuchaba

el fatídico acento, que pesaba

sobre su alma oprimida.

Mas al redoble del tambor guerrero

se disipó su imagen importuna,
195

cual la pálida lumbre de la luna

del sol ardiente al esplendor primero.

Creyendo haber domado

los hijos fieros de Pelayo fuerte, [129]

sube otra vez al carro vagabundo
200

en que llevar pensaba por el mundo

la esclavitud y muerte.

De un salto pasa por su vasto imperio.

Sus caballos fogosos, anhelantes,

que se desfallecían
205

bajo el cielo del sur fiero, abrasado,

para refrigerarse ya bebían

del Beresina helado.

Fiado en estrella infiel se adormecía,

por lisonjeros viles fascinado,
210

y cuando ya caía,

de la tierra el imperio meditaba.

Abrió los ojos al fragor del rayo,

y ¿dónde se encontró? Sobre una roca

do a todos los monarcas inquietaba
215

con su vida importuna.

Mas presente do quier se le miraba,

grande cual su desgracia, destronado,

pero inimitable, alzado

en los escombros, ¡ay! de su fortuna.
220

Quedó Europa vacía,

y cubierta de luto la victoria.

Así de falta en falta,

de tormenta en tormenta,

vino a morir sobre el escollo estéril
225

do naufragó su gloria.

En torno de su tumba murmurando

el mar su pena ostenta.

Te recibió un peñasco [130]

sin corona, y sin vida
230

cuando antes contenerte no pudiera

un imperio vastísimo. A la tumba

contigo descendieron

tu imperial porvenir, tu dinastía,

de tarde en ella el pescador reposa,
235

y sus pesadas redes levantando,

se aleja lentamente, cavilando

en su trabajo del siguiente día.

Soneto a Napoleón

Sin rey ni leyes, Francia desolada

de anárquico furor cayó en la hoguera:

salvó Bonaparte: lisonjera

la gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló a su voz Europa consternada:
5

Reyes la dispensó con faz severa;

en Moscou, en Madrid su águila fiera,

en Roma y Viena y en Berlín vio alzada.

¡Cómo cayó!... Vencido, abandonado

en un peñasco silencioso espira,
10

dando ejemplo a los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,

clama la historia, que su genio admira:

No hay opresor por fuerte irresistible. [132]

Meditación matutina

Pasé la noche tranquila

en el sueño sepultado,

y por la luz despertado,

saludo el sereno albor.

Como si naciese ahora

5

siento y gozo la existencia:

mi alma cobra su potencia,

y a ti se eleva, ¡Señor!

Tu mano sabia me guíe

por el arduo laberinto

10

en cuyo triste recinto

vagará mi incierto pie.

Y protéjame tu escudo

del crimen y sus furores

de los peligros y errores
15

que débil arrostraré.

Presto cerrará mis ojos

otro sueño más profundo;

noche más larga del mundo

el cuadro me velará.
20

Pero siempre mi flaqueza [133]

sostendrá tu mano fuerte,

y aún más allá de la muerte

piadosa me salvará.

Ese sueño misterioso
25

debe terminar un día,

y esa tiniebla sombría

disipará tu esplendor.

Me inundará luz eterna,

rasgado el fúnebre velo,
30

y las delicias del cielo

me dará tu inmenso amor. [134]

En el sepulcro de un niño

Epitafio

Al brillar la razón a su alma pura,

miró los males del doliente suelo:

gimió; y los ojos revolviendo al cielo,

voló buscando perenal ventura.

[135]

Los recuerdos

Letrilla

Salve, asilo solitario

de mis amores testigo,

cuando en tu techo conmigo

la triste Laura vivió.

¡Ay! esta joven, objeto
5

de mi dolor y ternura,

descansa en la sepultura

que sus gracias devoró.

En esta calle sombrasa

a mi lado paseaba,
10

y con delicia pensaba

que nos íbamos a unir.

Con ceguedad la infelice

condenada por la suerte,

ya en los brazos de la muerte,
15

me hablaba de porvenir.

Una lánguida sonrisa

vagaba por su semblante,

y disipaba un instante

su profunda palidez.
20

Y yo triste, desolado,

viendo con terror su calma, [136]

en el fondo de mi alma

lloraba ya mi viudez...

...¿Mas entre los matorrales
25

del alto bosque en la orilla

resuena la campanilla?...

¡Oh recuerdo de dolor!

Es la cabra, que muy tarde

a su seno desecado
30

un bálsamo regalado

en su leche prodigó.

Guárdala, cabra querida,

de toda extranjera mano.

Un día, tal vez ya cercano,
35

de ti necesitare.

Marchita siento inclinarse

la flor de mi vida triste:

el favor que a Laura hiciste

lánguido te pediré.
40

Pero ya baja la noche

y su tenebroso velo

envuelve la tierra y cielo

en silencio y en horror.

En la oscuridad profunda
45

aun la casa ver quisiera

donde ya nadie me espera,

donde no habita mi amor. [137]

La flor

Flor solitaria y modesta

que del valle fuiste honor,

tus restos vayan marchitos

al soplo del aquilón.

Igual suerte nos oprime;
5

cedemos al mismo Dios;

una hoja te quita el viento;

y un placer me dice, a Dios.

Ayer la bella pastora

viendo tu fresco verdor,
10

que su hermosura realzaras

envanecida esperó.

Mas ¡ay! Sobre el mustio tallo

te inclinaste con dolor,

y su amante cuidadoso
15

encontrarte no logró.

A su vuelta suspiraba:

no te aflijas ¡oh pastor!

aún vive tu fiel amante;

solo perdiste la flor.
20

Mísero! mi dulce amiga [138]

como una sombra pasó

y la dicha de mi vida

cual sueño se disipó.

Bella fue, joven y amable:
25

su brillo se marchitó,

y tres veces en su tumba

la yerba reverdeció.

¡Ay! escuchar imagino

su dulce argentada voz
30

y que me dice: «Te aguardo:

¿Olvidaste ya mi amor?» [139]

A Elpino

Oda

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce

otro cielo ni sol que de su Patria!

¡Ay! ¡si ventura tal contar pudiera!

Tú, empero, partes, y a la dulce Patria

tornas... ¡Dado me fuera

5

tus pisadas seguir! ¡Oh cuán gozoso

tu triste amigo oyera

el ronco son con que la herida playa

al terrible azotar del Océano

responde largamente! Sí; la vista

10

de sus ondas fierísimas, hirviendo

bajo huracán feroz, en mi alma vierte

sublime inspiración, y fuerza y vida.

Yo contigo, sus iras no temiendo

al vórtice rugiente me lanzara.

15

¡Oh! ¡cómo palpitante saludara

las dulces costas de la Patria mía,

al ver juntada su distante sombra

en el tranquilo mar del mediodía!

Al fin llegado al anchuroso puerto,
20

volando a mi querida,

el agitado pecho la estrechara, [140]

¡y a su boca feliz mi boca unida

las pasadas angustias olvidara!

Mas ¿a dónde me arrastra mi delirio?
25

Partes, Elpino y partes y tu ausencia

de mi alma triste acrecerá el martirio.

¿Con quién ¡ay Dios! ahora

hablaré de mi Patria y mis amores,

y aliviaré gimiendo mis dolores?

30

El bárbaro destino

del Texcoco en las márgenes ingratas

me encadena tal vez hasta la muerte.

Hermoso cielo de mi hermosa Patria,

¿no tornaré yo a verte?...

35

A Dios, amigo: venturoso puerto

a mi amante verás... Elpino, dila

que el mismo Fileno

le amaré hasta morir... Dila cual gimo

lejos de su beldad, y cuántas veces
40

regó mi llanto sus memorias caras.

Cuéntale de mi frente, ya marchita,

la palidez mortal... ¡A Dios, Elpino:

a Dios, y sé feliz! Vuelve a la Patria,

y cuando tu familia y tus amigos
45

caricias te prodiguen, no perturbe

tu cumplida ventura

de Fileno doliente la memoria.

Mas luego no me olvides, y piadoso

cuando recuerdes la tristeza mía,
50

un suspiro de amor de allá me envía. [141]

En mi cumpleaños

Oda

Gustavi paululum mellis et ecce morior. (I Reg. XIV. 43)

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados

ya diez y nueve abriles desde el día

que me viera nacer, y en pos volaron

mi niñez, la delicia y el tormento

de un amor infeliz...

Con mi inocencia

5

fui venturoso hasta el fatal momento

en que mis labios trémulos probaron

el beso del amor... ¡Beso de muerte!

¡Origen de mi mal y llanto eterno!

Mi corazón entonces inflamaron

10

del amor los furores y delicias,

y el terrible huracán de las pasiones

mudó en infierno mi inocente pecho,

antes morada de la paz y el gozo.

Aquí empezó la bárbara cadena

15

de zozobra, inquietudes, amargura

y dolor inmortal, a que la suerte [142]

me ató después con inclemente mano.

Cinco años ha que entre tormentos vivo,

cinco años ha que por doquier la arrastro,

20

sin que me haya lucido un solo día

de ventura y de paz. Breves instantes

de pérfido placer, no han compensado

el tedio y amargura que rebosa

mi triste corazón, a la manera
25

que la luz pasajera

del relámpago raudo no dirigía

el horror de la noche tempestuosa.

El insano dolor nubla mi frente

do el sereno candor huir se vía,
30

y a mis amigos plácidos reía;

marchitando mi faz, en que inocente

brillaba la expresión que amor inspira

al rostro juvenil... ¡Cuán venturoso

fui yo entonces! ¡oh Dios! Pero la suerte
35

bárbara me alejó de mi adorada.

¡Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!

¡Oh beso del amor! Su faz divina

miré por el dolor desfigurada.

Díjome ¡A Dios! sus ayes
40

sonaron por el viento,

y ¡A Dios! la dije en furibundo acento.

En Análmac mi fúnebre destino

guardábanme otro golpe más severo,

mi padre, ¡Oh Dios! mi padre, el más virtuoso
45

de los mortales... ¡Ay! la tumba helada

en su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo! [143]

Yo vi su frente pálida, nublada

por la muerte fatal... ¡Oh! cuán furioso

maldije mi existencia,
50

y osé acusar de Dios la providencia.

De mi adorada en los amantes brazos

buscando a mi dolor dulce consuelo,

quise alejarme del funesto cielo

donde perdí a mi padre. Moribundo
55

del Análmac volé por las llanuras,

y el mar atravesé. Tras él pensaba

haber dejado el dardo venenoso

que mi doliente pecho desgarraba;

mas de mi Patria saludé las costas,
60

y su arena pisé, y en aquel punto

le sentí más furioso y ensañado

dentro mi corazón. Hallé perfidia

y maldad y dolor...

Desesperado

de fatal desengaño en los furores
65

ansié la muerte, detesté la vida:

¿Qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amores?

Solo, insociable, lúgubre y sombrío,

como el pájaro triste de la noche,

por doce lunes el delirio mío
70

gimiendo fomenté. Dulce esperanza

vislumbrome después: nuevos amores,

nueva inquietud y afán se me siguieron.

Otra hermosura me halagó engañosa

y otra perfidia vil. ¿Querrá la suerte
75

que haya de ser mi pecho candoroso [144]

víctima de doblez hasta la muerte?

¡Mísero yo! ¿y he de vivir por siempre

ardiendo en mil deseos insensatos,

o en tedio insoportable sumergido?
80

Un lustro ha que encendido

busco ventura y paz, y siempre en vano.

Ni en el augusto horror del bosque umbrío,

ni entre las fiestas y pomposos bailes

que a loca juventud llenan de gozo,
85

ni en el silencio de la calma noche,

al esplendor de la callada luna,

ni entre el mugir tremendo y estruendoso

de las ondas del mar hallarlas pude.

En las fértiles rejas de mi Patria
90

ansioso me espacié; salvé el Océano,

trepé los montes que de fuego llenos

brillan de eterna nieve coronados,

sin que sintiese lleno este vacío

dentro del corazón. Amor tan solo
95

me lo puede llenar, él solo puede

curar los males que me causa impío.

Siempre los corazones más ardientes

melancólicos son: en largo ensueño

consigo arrastran el delirio vano
100

e impotencia cruel de ser dichosos.

El sol terrible de mi ardiente Patria

ha derramado en mi alma borrascosa

su fuego abrasador: así me agito

en inquietud amarga y dolorosa.
105

En vano ardiendo con aguda espuela [145]

al generoso, volador caballo

por llanuras anchísimas lanzaba,

y su extensión inmensa devoraba,

por librarme de mí: tan solo al lado
110

de una mujer amada, y que me amase

disfruté alguna paz. -Lola divina,

el celeste candor de tu alma pura

con tu tierna piedad templó mis penas,

me hizo grato el dolor... ¡Ah! vive y goza;
115

sé de Cuba la gloria y la delicia;

pero a mí ¿qué me resta, desdichado,

sino solo morir?...

Do quier que miro

el fortunado amor de dos amantes,

sus dulces juegos e inocente risa,
120

la vista aparto, y en feroz envidia

arde mi corazón. En otro tiempo

anhelaba lograr infatigable

de Minerva la espléndida corona,

ya no la precio: amor, amor tan solo
125

suspiro sin cesar, y congojado

mi corazón se oprime... ¡Cruel estado

de un corazón ardiente sin amores!

¡Ay! ni mi lira fiel que en otros días

mitigaba el rigor de mis dolores
130

me puede consolar. En otro tiempo

yo con ágiles dedos la pulsaba,

y dulzura y placer en mí sentía,

y dulzura y placer ella sonaba.

En pesares y tedio sumergido

135

[146]

hoy la recorro en vano,

y solo vuelve a mi anhelar insano:

Voz de dolor y canto de gemido. [147]

La lágrima de piedad

Letrilla

¡Cómo exalta y diviniza

el rostro de la hermosura

la expresión celeste y pura

de la sensibilidad!

¡Cuán estático, mi amiga,
5

tu semblante contemplaba,

cuando en tus ojos temblaba

la lágrima de piedad!

Grata es la luz apacible

que occidente nos envía
10

cuando al espirante día

sepulta la eternidad.

Del crepúsculo es la hora

grata al alma pensativa;

pero muy más la cautiva
15

la lágrima de piedad.

Ved a la virgen amable

cuanto más bella se ostenta

si al pobre anciano alimenta

con modesta caridad.
20

¡Y lo niega ruborosa!

¿Es un ángel, o una bella?... [148]

¡Ved!... En sus ojos centella

la lágrima de piedad.

El delicioso rocío
25

que vierte nocturno cielo

llanto es, y el árido suelo

torna frescura y beldad.

Cuajado sobre las flores

¡Cómo en la luz resplandece!
30

Pero a su brillo oscurece

la lágrima de piedad.

¡Cuánto es horrible la vida

al que ama desesperado!

¡Cómo del objeto amado
35

le atormenta la beldad!

¡Una lágrima!... Bendigo

todo el rigor de mi suerte.

¿Es el amor quien la vierte

o es lágrima de piedad?
40

¡Oh! mi bien, ¡ay!.. no te ofenda

el escuchar que te adoro:

nos divide, no lo ignoro;

tirana desigualdad.

Nada exijo... ¿Por ventura
45

deberás negar impía

a la triste pasión mía

lágrimas ¡ay! de piedad? [149]

Los sepulcros

Dedicado a Don Manuel Robuedo

De lánguidos cipreses a la sombra,

y en urnas que el amor baña con llanto,

¿es más plácido el sueño de las tumbas?

Cuando el sol a mis ojos extinguidos

no resplandezca ya, ni a mis oídos

5

llegue la dulce voz de la armonía,

ni el tierno amor mi corazón inflame,

ni el halagüeño porvenir me ría,

¿podrá darme consuelo yerta losa,

que distinga mis huesos de otros tantos
10

que en la tierra y el mar siembra la muerte?

No, querido Manuel; aun la esperanza,

diosa final, de los sepulcros huye:

el pavoroso indiferente olvido

lo envuelve todo en su profunda noche;
15

y el hombre, los sepulcros y ruinas

de tierra y cielo, en insondable abismo

sepulta el tiempo con helada mano. [150]

Mas ¿para qué los míseros mortales,

al tiempo anticipándose, destruyen
20

la piadosa ilusión que en los umbrales

de la huesa fatal detiene al muerto?

¿Aún no vive en la tumba, cuando puede

tras sí dejar recuerdos cariñosos

o de útil gloria noble monumento?
25

Esta de afectos comunión divina

es un celeste don a los humanos:

por ella con los muertos aún vivimos

y con nosotros ellos. Sus reliquias

de la inclemencia y del profano vulgo
30

defiende la piedad. El caro nombre

conserva el mármol o la piedra humilde,

y árboles odíferos, floridos

con blanda sombra las cenizas bañan.

Solo quien al amor negó su pecho
35

se concentra en la tumba. Su alma triste

se precipita al tormentoso Averno,

o bien se acoge a las inmensas alas

de la clemencia celestial. Su polvo

cubren los cardos y ominosa ortiga;
40

que sobre las reliquias de los muertos

jamás brotaron apacibles flores,

si no las riega del afecto el llanto.

Do quier que sociedad juntó a los hombres,

contra los elementos y las fieras
45

guardaron los cadáveres. Las tumbas

garantizaban los remotos pastos,

eran aras también, y fue temido [151]

sobre el paterno polvo el juramento.

Los cedros, los cipreses y los sauces,
50

llenando el aire con efluvios puros,

sombra perenne y plácida tendían

sobre las urnas. Los amigos fieles

una centella al sol arrebataban

para alumbrar la subterránea noche
55

que en sepulcrales bóvedas reinaba,

porque siempre los ojos moribundos

buscan al sol, y el último suspiro

a la nublada luz todos exhalan

De agua lustral murmuradoras fuentes
60

violetas y amarantos producían;

y los hijos, las madres, las esposas,

al obsequiar las adoradas tumbas

con láctea libación, en la fragancia

elíseo aroma respirar creían.

65

Las urnas de los sabios y los fuertes

patriótico valor, virtud respiran.

De Maratón las coronadas tumbas

los magnánimos pechos inflamaron

a los Héroeos de Grecia, y la semilla

70

de un bosque de laureles germinaron.

Al contemplar de Washington divino

el modesto sepulcro, nos llenamos

de amor de patria y libertad, y osamos

luchar con los tiranos y el destino.

75

[152]

Meditación

En el Teocali de Cholula (Territorio mejicano)

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban

los Arteras valientes. En su seno

en una estrecha zona concentrados

con asombro se ven todos los climas,

que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos

5

cubren a par de las doradas mieses

las cañas deliciosas. El naranjo

y la piña y el plátano sonante,

hijos del suelo equinoccial, se mezclan

a la frondosa vid, al pino agreste,
10

y de Minerva al árbol majestuoso.

Nieve eternal corona las cabezas

de Iztaccihual purísimo, Orizaba

y Popocatepec; sin que el invierno

toque jamás con destructora mano
15

los campos fertilísimos, do ledó

los mira el indio en púrpura ligera

y oro teñirse, reflejando el brillo [153]

del sol en occidente, que sereno

en hielo eterno y perenal verdura
20

a torrentes vertió su luz dorada,

y vio a naturaleza conmovida

con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa

las alas en silencio ya plegaba,
25

y entre la yerba y árboles dormía,

mientras el ancho sol su disco hundía

detrás de Iztaccihual. La nieve eterna

cual disuelta en mar de oro, semejaba

temblar en torno de él: un arco inmenso
30

que del Empíreo en el Zenit finaba,

como espléndido pórtico del cielo,

de luz vestido y centellante gloria,

de sus últimos rayos recibía

los colores riquísimos. Su brillo
35

desfalleciendo fue: la blanca luna

y de Venus la estrella solitaria

en el desierto cielo se veían.

¡Crepúsculo feliz! Hora más bella

que la alma noche o el brillante día,
40

¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa

cholulteca pirámide. Tendido

el llano inmenso que ante mí yacía,

los ojos a espaciarse convidaba.

45

¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿quién diría

que en estos bellos campos reina alzada

la bárbara opresión, y que esta tierra [154]

brotan mieses tan ricas, abonada

con sangre de hombres, en que fue inundada

50

por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera

el leve azul, oscuro y más oscuro

se fue tornando; la movable sombra

de las nubes serenas, que volaban
55

por el espacio en alas de la brisa,

era visible en el tendido llano;

Iztaccihual purísimo volvía

del argentado rayo de la luna

el plácido fulgor, y en el oriente,
60

bien como puntas de oro, centellaban

mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡yo os saludo,

fuentes de luz, que de la noche umbría

ilumináis el velo,

y sois del firmamento poesía!

65

Al paso que la luna declinaba,

y al ocaso fulgente descendía,

con lentitud la sombra se extendía

del Popocatepec, y semejaba

fantasma colosal. El arco oscuro

70

a mí llegó, cubriome, y su grandeza

fue mayor y mayor, hasta que al cabo

en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,

que velado en vapores transparentes,
75

sus inmensos contornos dibujaba

de occidente en el cielo.

¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo [155]

de las edades rápidas no imprime

alguna huella en tu nevada frente?
80

Corre el tiempo veloz, arrebatando

años y siglos, como el norte fiero

precipita ante sí la muchedumbre

de las olas del mar. Pueblos y reyes

viste hervir a tus pies, que combatían
85

cual ora combatimos, y llamaban

eternas sus ciudades, y creían

fatigar a la tierra con su gloria.

Fueron: de ellos no resta ni memoria.

¿Y tú, eterno serás? Tal vez un día
90

de tus profundas bases desquiciado

caerás; abrumará tu gran ruina

el yermo Anáhual; alzaránse en ella

nuevas generaciones, y orgullosos

que fuiste negarán...

95 Todo parece

por ley universal. Aun este mundo

tan bello y tan brillante que habitamos

es el cadáver pálido y deforme

de otro mundo que fue...

En tal contemplación embebecido
100

sorprendiome el sopor. Un largo sueño

de glorias engolfadas y perdidas

en la profunda noche de los tiempos,

descendió sobre mí. La agreste pompa

de los reyes Arteras desplegóse [156]
105

a mis ojos atónitos. Veía

entre la muchedumbre silenciosa

de emplumados caudillos levantarse

el déspota salvaje en rico trono,

de oro, perlas y plumas recamado;
110

y al son de caracoles belicosos

ir lentamente caminando al templo

la vasta procesión, do la aguardaban

sacerdotes horribles, salpicados

con sangre humana rostros y vestidos.
115

Con profundo estupor el pueblo esclavo

las bajas frentes en el polvo hundía,

y ni mirar a su señor osaba,

de cuyos ojos férvidos brotaba

la saña del poder.

Tales ya fueron

120

tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo;

su vil superstición y tiranía

en el abismo del no ser se hundieron.

Sí, que la muerte, universal señora

hiriendo a par al déspota y esclavo,

125

escribe la igualdad sobre la tumba.

Con su manto benéfico el olvido

tu insensatez oculta y tus furores

a la raza presente y la futura.

Esta inmensa estructura
130

vio a la superstición más inhumana

en ella entronizarse. Oyó los gritos

de agonizantes víctimas, en tanto

que el sacerdote, sin piedad ni espanto, [157]

les arrancaba el corazón sangriento;
135

miró el vapor espeso de la sangre

subir caliente al ofendido cielo,

y tender en el sol fúnebre velo

y escuchó los horrendos alaridos

con que los sacerdotes sufocaban
140

el grito del dolor.

Muda y desierta

ahora te ves, pirámide. ¡Más vale

que semanas de siglos yazgas yerma,

y la superstición a quien serviste

en el abismo del infierno duerma!
145

A nuestros nietos últimos, empero,

sé lección saludable; y hoy al hombre

que ciego en su saber fútil y vano

al cielo, cual Titán, truena orgulloso,

sé ejemplo ignominioso
150

de la demencia y del furor humano.

(En 1820 a los 17 años de su edad). [158]

La inmortalidad

Poema

(Non omnis moriar. Horacio.)

¡Oh Dios!, cuya inefable providencia

abarca la creación y la dirige,

y cuyo ardiente espíritu la inflama,

y extiende aún más allá su noble imperio;

tú, de la eternidad Señor Augusto,
5

¡oye mi humilde voz! Llame mi canto

la celestial inspiración, y pueda

con enérgico tono irresistible

revelar a los hombres el tesoro

de su inmortalidad. Glorioso tema
10

de infinita importancia, y muy más grato

al que te ama mejor y más te adora.

Naturaleza, tu hija misteriosa,

de ti, inmutable, mutación eterna

recibiera por don y al hombre instruye
15

con oráculo mudo y elocuente.

Ella en revolución perpetua gira:

todo cambia sin fin, nada perece.

Sigue la noche al refulgente día, [159]

y a noche oscura nuevo sol: los astros
20

salen, se ponen y a mostrarse vuelven,

y la tierra también a ejemplo suyo

aspecto muda y formas. El verano

de verdura brillante revestido

y coronado con risueñas flores,
25

cede al otoño pálido. El invierno

sigue después de hielos erizado

al dulce otoño, y a sus áureos frutos

hace desaparecer, y reina impío,

hasta que la florida primavera,
30

con aliento genial y delicioso,

templa sus iras y restaura el mundo.

Cuando vegeta y vive se marchita

para reflorecer, y cual en rueda

que gira con violencia, todo baja
35

para subir. ¡Emblema fiel del hombre

que se altera, se oculta y no perece!

Naturaleza en círculo constante

por siempre gira; mas el hombre vuela

en línea inmensurable. Su alma sube
40

trémula, ardiente, cual etérea llama:

la humilde fe y el celo fervoroso

sus alas son para subir al cielo.

El mundo material en varias formas

muere y revive, y en perenne giro
45

lo tienen y tendrán la vida y muerte;

pues ni siquiera un átomo invisible,

que una vez existió, vuelve a la nada,

imprevisión mostrando en el Eterno [160]

si la materia es inmortal, ¿acaso
50

la esencia inmaterial, el alma pura,

el pensamiento, la razón podrían

en el inerte polvo aniquilarse?

¿Pudiera la sustancia más impura

a la más noble preferir? ¿Y el hombre
55

para quien todo muere y resucita,

será el único ser que para siempre

se abisme en el sepulcro tenebroso?

¿Será él solo sembrado en suelo estéril,

menos feliz que el grano y la semilla
60

por Dios a su alimento destinados?

El solo y noble ser a quien el cielo

atribuyó la facultad sublime

de amar la vida y de temer la muerte,

¿a irrevocable fin fue destinado
65

por severo capricho de la suerte?

Si de natura el orden perdurable

favorece mi tema, en voz más alta

su gradación universal depone.

Mirad los grados de su inmensa escala
70

en que un ser intermedio siempre liga

al superior y al inferior. Inerte

la materia tal vez, dormida aguarda

celestes alientos que la inspire vida.

El vegetal combina misterioso
75

la muerte y la existencia: luego un bruto

existe y siente, y otro más felice

un leve rayo a la razón usurpa,

que con pleno fulgor brilla en el hombre. [161]

Pero ¿cómo se alarga la cadena
80

hasta los reinos de incorpórea vida,

que excluyen el dominio de la muerte?

Su postrero eslabón es el humano

que une al visible el invisible mundo,

medio mortal, medio inmortal, etéreo
85

por la razón, terrestre en los sentidos,

las bestias a los ángeles enlaza.

Así natura por do quier publica

De la inmortalidad el dogma santo;

¿y el incrédulo sordo a sus clamores,
90

osa aun desmentir su testimonio

por no violar su alianza con la muerte,

y a la razón frenético renuncia,

por no apartarse de su polvo amado,

y no exponerse a conquistar el cielo?
95

¡Mísera ceguera! ¡Atroz insulto

a la sublime dignidad del hombre!

Pero el sabio feliz, iluminado

por la luz de la fe con noble tono,

ajeno de temor dice a la muerte:
100

«Cúmplase en mí la voluntad divina,

disuélvase la tierra, y desquiciados

de sus lejanas órbitas descieran

los astros graves y la tornen polvo.

En su inmortalidad mi alma segura
105

saldrá gloriosa del futuro caos.

Sobre la inmensa universal ruina

se asentará como en soberbio trono,

predominando, cual etérea llama [162]

la pira funeral del universo.»

Recorramos la tierra, y con asombro

hallaremos espléndidos prodigios,

que casi eclipsan la beldad del cielo.

Campos inmensos, que do quiera cubren

opimos frutos, deliciosas flores;
115

mares hendidos por soberbias naos,

do el hombre truena, o generoso vierte

goces, riqueza, en apartados climas.

El fuego, el mar, los vientos y planetas,

cual instrumentos dóciles le sirven,
120

por su profundo genio soyungados.

Aun las eternas, inflexibles rocas

ceden a su poder: allana montes,

los precipicios calma, y por do quiera

mil ciudades magníficas erige,
125

aun en medio del mar, que en vasto espejo

su noble pompa y esplendor retrata.

Soberbios templos alcance a las nubes

con misteriosa majestad: los ríos

corren suspensos por el aire vano
130

en mares se convierten las llanuras,

o canales profundos atraviesan

de mar a mar, y las remotas aguas

se confunden atónitas. El hombre

desentraña la tierra tenebrosa
135

o mide audaz el ámbito del cielo,

y nuevos elementos, nuevos astros

feliz descubre; la creación ensancha,

y cede a su poder naturaleza. [163]

¡Espléndido, glorioso monumento
140

del humano saber! ¡Cuadro sublime,

en que inmortalidad sentó su sello!

¿Pudiera el barro impuro, deleznable,

elevarse a tan altas concepciones,

o desplegar tan generoso vuelo?
145

Mas si los argumentos de natura

apareciesen frívolos y vanos,

aún se hallarán más fuertes en el hombre.

¡Ay! Si este duerme y cierra los oídos

a la enérgica voz del universo,
150

¿Puede cerrarlos al eterno grito

de su agitado corazón? El necio

que la inmortalidad combate insano,

su sentencia fatal lleva consigo,

como nuevo, infeliz Belerofonte.
155

Quien examine cauto el propio seno

en él encontrará pruebas sensibles

de vida eterna; o la falaz natura

despiadada burlándose del hombre,

con la misma verdad quiso engañarle.
160

Descontento, inquietud, vago deseo

turban por siempre el corazón humano,

y de él destierran el sereno gozo.

El rey bajo los áureos artesones,

y el vil pastor en su cabaña humilde
165

distintos en la suerte, en pena iguales,

ansían, anhelan, y a la par suspiran

¿Será tal vez porque el visible mundo

satisfacer no puede con sus dones? [164]

Mirad esos rebaños inocentes

170

pastar la yerba, que mojó la lluvia,

con un placer purísimo, perfecto,

y ved si anhelan más. ¿Por qué motivo

se niega a su señor igual contento?

Porque el centro glorioso de las almas

175

no está en la tierra; y el sediento humano,

por frívolos objetos seducido,

cuanto disfruta más, más apetece.

¿Menos benigna al hombre que a los brutos

fue natura tal vez? No: de las almas
180

el alimento más precioso y puro,

en el empíreo su celeste patria,

el Criador supremo les reserva.

Por él suspiran con feliz instinto:

bajo el dolor se oculta su grandeza,
185

y el perdurable afán que los agita

es de inmortalidad segura prenda.

Es progresiva la razón del hombre;

mas el instinto nace con el bruto

en plena perfección, y aunque viviera
190

un siglo y otro siglo, no saldría

del círculo seguro que lo estrecha.

Mas si el hombre del sol contemporáneo

hubiera sido, su ánimo insaciable

aun que aprender y meditar tuviera.

195

¿Por qué, naturaleza, con el hombre

tan dura fuiste ya? ¿Por qué incompleta

salió la mejor obra de tus manos,

cuando las otras, menos importantes, [165]

con asombrosa perfección puliste?

200

O si al hombre imperfecto destinabas

a prematuro fin, sin permitirle

que fijase la esfera de su genio,

¿por qué dar a su pecho acongojado

el terror ponzoñoso de la muerte?
205

¿Por qué le diste previsión infausta

del futuro dolor? ¿Por qué le hiciste

víctima de su ciencia lastimosa,

y más que en rango, superior en penas?

¡Ah! La inmortalidad tan solo puede
210

revelar el enigma inexplicable,

y compensar sus males y dolores.

Sí; la inmortalidad tan solo puede

resolver el enigma tenebroso

de la esperanza humana; el más oscuro
215

si al espirar morimos para siempre

la esperanza frenética y ansiosa,

de nuestro gozo rápido asesina,

todo presente bien huella y devora,

¿por qué la posesión ya conseguida
220

es siempre menos pura, y deliciosa

que la pintaba en sueños el deseo,

y a férvido anhelar el tedio sigue?

Porque a distancia inmensa de nosotros

oculta la región de lo futuro

225

el único, inmortal, sublime objeto

digno del hombre, y su Hacedor augusto

allá dirige nuestro ardiente anhelo.

Es otro enigma la virtud. Mil veces [166]

la huella fiero el insolente crimen;

230

y si todo se acaba en el sepulcro,

si no hay reparación en otra vida,

¡cuán necios son sus mártires! En vano

la formidable voz de la conciencia

manda que la sigamos. ¿Pudo el cielo
235

inculcar la virtud a sus criaturas,

si es decepción? ¿O la justicia eterna

quiso burlarse del humano triste,

haciéndole adorar vana fantasma?

No: la conciencia, y la razón nos mienten
240

o el alma es inmortal, y en otro mundo

glorioso galardón, terrible pena

a la virtud y al crimen se prepara.

Cuando en sueño balsámico adormida

yace la tierra, y solo me acompañan
245

en ardiente vigilia centellando

las estrellas sin fin, que en torno adoran

de media noche el silencioso trono,

yo en soledad augusta me consagro

a conversar con los ilustres muertos
250

¡cuántos modelos de virtud sublime

y de patrio valor! ¡De cuántos genios

en las gloriosas páginas alienta

espíritu inmortal! Y ¿tales almas,

de la divinidad emanaciones,
255

dejaron de existir? ¿Tan solo fueron

como fugaz fulgente metéoro,

que arde y luce un momento, y se disipa

en el nocturno espacio tenebroso? [167]

Cuando seguimos al sepulcro triste
260

los restos de mortales afamados

por su ciencia o virtud, por cuanto estima

y alaba al hombre, ¿imaginar podemos

que no existen sus almas generosas,

o que en inmunda corrupción terminen?

265

La ciencia, la virtud son nombres sacros

que respeta y aplaude y diviniza

universal instinto generoso.

Mas ¡ay! si los espíritus perecen,

solo son dignos de piedad. El sabio
270

solo aviva sus ojos penetrantes

para ver más miserias y delitos;

y la noble virtud, timbre glorioso

que une la tierra con el cielo puro

es dañosa ilusión, delirio vano...
275

¿Engañará la voz del universo?

Mientras más penetramos en el hombre,

se ve más clara la impresión profunda

de un sello universal augusto, eterno.

En el fondo del alma firme base
280

de todo lo demás, siempre notamos

de saber y de amar instinto puro,

afectos esenciales al humano,

como luz y calor al sol divino.

¿Y de qué sirven si las almas mueren?
285

Con mil y mil afanes alcanzamos

imperfecto saber, y las más veces

responde a nuestro amor desdén helado

o pérdida traición. ¿Por qué natura [168]

tan angélicos, puros apetitos
290

satisfacer nos veda plenamente

y a los brutos benigna satisface?

¿Es el hombre mejor más infelice?

No: de saber y amar en el humano

la ilimitada facultad y anhelo,
295

nos demuestran objetos infinitos,

del Criador la inefable providencia,

por ley universal de la natura,

proporciona el objeto al apetito

y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo
300

será triste excepción de ley tan sabia?

Si no le aguarda eternidad futura

si a queste asilo burla su esperanza,

el hombre es monstruo, del Criador afrenta,

ominoso lunar, fúnebre nube
305

de la natura en el brillante aspecto.

Quien la inmortalidad niega del alma,

al mismo Dios frenético blasfema.

Aun las pasiones que al humano débil

con su furor funesto descarrían
310

de la santa virtud, y en su tumulto

a la razón y a la verdad acallan,

de su inmortalidad son testimonio

recorrámoslas pues, y comencemos

por la ambición, a la que siempre agita
315

fogoso anhelo de brillante fama.

¡Pero con cuánto afán lo disimula!

Si mira sus designios revelados,

aunque al más noble objeto se dirijan, [169]

repentino rubor cubre su frente,
320

porque su dueño es inmortal. La sangre

subiendo así con misterioso instinto,

reprende al hombre que insensato busca

fugaz reputación, fútil elogio

en este vano y transitorio mundo,
325

y olvida ciego su inmortal destino.

La insaciabilidad del ambicioso

no es menos elocuente. Si de fama

la inextinguible sed su alma devora,

la admiración de un siglo menosprecia,
330

y ansia que los aplausos de su gloria,

por mil generaciones repetidos,

al porvenir lejano se difundan,

eternizar ansiamos nuestro nombre:

vano delirio que jamás turbara
335

del hombre el corazón, si el alma suya

también no fuese indestructible, eterna

así el instinto previsor anuncia

un futuro interés; mas el humano

embrutecido su clamor desoye,
340

o vana sombra por sustancia sigue.

De la inmortalidad sombra es la fama,

y sombra es en sí misma. Preguntadlo

al ambicioso y os dirá que siempre

a su estéril afán huye impalpable.

345

«¿Es todo aquesto?» Preguntaba César,

del poder en la cumbre fastidiado,

viendo a sus pies el universo y Roma.

Así con vano ardor el ambicioso [170]

la tierra inunda en lágrimas y sangre,
350

y le avergüenza al fin su misma gloria;

porque gloria más alta y perdurable

ser el objeto espléndido, sublime

de su inmortal espíritu debiera.

Mas aunque mil peligros y pesares
355

pérfida la ambición prodigue al hombre,

nadie del corazón puede arrancarla

do firme la plantó naturaleza.

Absurdo fuera el célebre consejo

que a Pirro dio el filósofo, pues antes
360

domar pudiera su valor el mundo,

que la grave razón su alma fogosa.

Una constante actividad interna,

un elástico impulso al hombre agita

por distinción en tronos y cabañas;
365

porque el señor y el siervo son iguales

en inmortalidad y el alma eterna

siempre ambiciona el oropel o el oro,

la estimación mortal o la del cielo.

El insaciable afán del triste avaro
370

ofrece igual irresistible prueba,

cuando con privaciones prolongadas,

sin escuchar de la razón el eco,

aun en el borde mismo del sepulcro

guarda tesoros con errado instinto,
375

buscando eternidad sobre la tierra.

Mas la sensualidad embrutecida

aunque se burla de futuros goces,

y audaz promete al hombre fascinado [171]

convertir en Edén aqueste mundo,
380

prueba no menos mi glorioso tema.

¿Por qué nuestro deleite máspreciado,

el goce del amor, que tan fogoso

turba, embelesa, exalta los sentidos,

siempre va del rubor acompañado,
385

busca la grata sombra del misterio

y con el manto del pudor se cubre?

Este rubor, inspiración del cielo,

nos anuncia que el hombre se degrada

aun en el colmo de terrestre dicha;
390

y aun que dormida la razón callase,

aqueste solo instinto generoso

nuestra inmortalidad revelaría.

Sí: la inmortalidad explica sola

del hombre los misterios, y sin ella
395

con sus instintos pavoroso enigma

y sus virtudes miserable sueño.

Aun sus propios horrores y delitos

prueban su dignidad. Su sed eterna

de oro, deleites y brillante fama,
400

dice que para objetos infinitos

fue destinado. Sus pasiones fieras,

para las cuales el visible mundo

es estrecho teatro, le presagian

existencia mejor, vuelo más noble,
405

y acreditan sus títulos al cielo.

¡Detén aquí tu canto laborioso,

musa de la verdad! La antorcha pura

de la razón, que tus humildes pasos [172]

ha dirigido, penetrar no puede
410

el velo de tiniebla misterioso

que el invisible mundo nos oculta,

ni enseñarte sus gozos y dolores.

No al celestial espíritu debiste

inspiración profética. La muerte,
415

de lodo impuro desatando el alma

muy más allá del sol y las estrellas

la hará subir sobre las ígneas alas

de su inmortalidad, y el grande arcano

revelará de su futura suerte. [173]
420

Soneto

A la inmortalidad

Cuando en el éter fulgido y sereno

arden los astros por la noche umbría,

el pecho de feliz melancolía

y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así pararán cuando en el seno
5

duerma yo inmóvil de la tumba fría!...

Entre el orgullo y la flaqueza mía

con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? Irrevocable suerte

también los astros a morir destina
10

y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y a la muerte

mi alma, verá del mundo la ruina

a la futura eternidad ligada. [174]

La contemplación

Oda seria

¡Cuán inmenso te tiendes y brillante,

firmamento sin límites! Do quiera

en el puro horizonte iluminado

por la argentada lumbre de la luna,

te asientas en el mar. Las mansas olas
5

del viento de la tierra al blando soplo

levemente agitadas, en mil formas

vuelven la luz serena que despide

la bóveda esplendente, y el silencio

y la quietud que reina en el profundo

10

llevan el alma a meditar. ¡Oh cielo,

fuelle de luz, eternidad y gloria!

¡Cuántas altas verdades he aprendido

al fulgor de tus lámparas eternas!

De mi niñez en los ardientes días
15

mi padre venerable me contaba

que Dios, presente por doquier, miraba

del hombre las acciones, y en la noche

el cielo de los trópicos brillante

contemplando con éxtasis, creía
20

que tantas y tan fulgidas estrellas [175]

eran los ojos vivos, inmortales

de la Divinidad.

Cuando la vista

a la región etérea levantamos,

atónitos en ella contemplamos
25

del Hacedor sublime la grandeza.

En el fondo del alma pensativa

se abre un abismo indefinible: el pecho

con suspirar involuntario invoca

una felicidad desconocida,
30

un objeto lejano y misterioso,

que del mundo visible en los confines

no sabe designar. La fantasía

al recorrer la multitud brillante

de soles y sistemas enclavados
35

en su gloriosa eternidad, se humilla

ante el Criador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan

esta celeste fábrica, y los astros

en el óptico giro precipitan,
40

no desdeñan del hombre la miseria,

y con profundo universal acento

le dictan su deber. En todo clima,

del polo al ecuador, su voz augusta

beneficencia y paz impone al hombre,
45

que de pasiones fieras agitado

turba con su furor el triste globo,

y a error, venganza y ambición erige

sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,
50
[176]

que en los humanos pechos colocaste

la semilla del bien; la mente mía

de la sana virtud por el sendero

dígnate dirigir: abre mi oído

al grito del dolor; haz que mi seno
55

de la tierna piedad, guarde la fuente,

y a la opresión, al crimen insolente,

pueda arrostrar con ánimo sereno. [177]

A la religión

Oda

Sobrado tiempo con dorada lira

canté de juventud las ilusiones,

y en ligeras y fútiles canciones

los afectos vertí que amor inspira.

Hoy, santa religión, quiero cantarte,

5

y con piadoso anhelo

mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono

con tu solemne inspiración solías

animar el acento de Isaías,
10

o del profeta rey el noble tono,

oye mi voz humilde que te implora;

mi tibio pecho inspira,

y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
15

brilla sin nubes el nocturno cielo,

quisiera suspirando alzar el vuelo,

y a su perenne bien juntar mi vida.

Este secreto instinto me revela

en soledad y calma
20

que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura [178]

vela el Criador su ceño majestuoso,

y circundan su trono misterioso

la eternidad pasada y la futura.
25

Compadece del hombre la miseria,

y su acento profundo

por la revelación instruye al mundo.

¡Augusta religión! De luz cercada

bajas al mundo, que el error oprime,
30

mostrando el cielo en ademán sublime,

y con la santa cruz tu diestra armada.

Cubre tus ojos venda misteriosa,

y majestuosamente

brilla la eternidad sobre tu frente.
35

Tu trono es el empíreo. De su altura

tú nos anuncias el primer pecado,

el hombre por su mal degenerado,

y la inefable redención futura.

Viene al mundo Jesús, de los humanos
40

(¡venturoso destino!)

reparador y Redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina

la feroz impiedad tachar no puede:

la voz de los profetas le precede,
45

y el universo atónito se inclina.

Enfrénase a su voz el mar airado,

y a su mandato fuerte

su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
50

y de su inmenso amor víctima santa,

entre tormentos, cuyo horror espanta, [179]

Pálido el Hombre Dios gime y espira

núblase el sol y yerta se estremece

la tierra oscurecida,
55

en sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado

triunfa Jesús, y con glorioso vuelo

sube después al esplendente cielo,

vencedor de la muerte y el pecado.
60

¡Milagros inefables! Confundido

¡oh Cristo! yo te adoro,

te confieso mi Dios, gimo y te imploro.

Mas la persecución fiera fulmina

del infierno frenético lanzada,
65

y con su pura sangre derramada

sellan mártires mil su fe divina.

Triunfas ¡oh religión! y al vasto mundo

sojuzgas con presteza

nacida en la ignorancia y la pobreza.
70

El mísero mortal entre dolores

al borde tiembla del sepulcro helado,

y a la luz de tu antorcha contemplado

la mitad perderá de sus horrores.

Ya la escena del mundo ve cerrada
75

por la muerte severa,

y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza;

al terminar su vida borrascosa,

enciendes en la tumba misteriosa
80

luz de inmortalidad y de esperanza;

y su afligido corazón llenando [180]

de inefable consuelo,

le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío
85

de hierro asolador el brazo armado

teñirlo en sangre, y de terror cercado

en crímenes fundar su poderío;

y despreciando audaz a tierra y cielo

con sonrisa ominosa,
90

vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo a la virtud, gobierna

la tierra alguna vez el crimen fiero;

mas es breve su imperio y pasajero

la justicia de Dios vigila eterna,
95

de la virtud y la maldad existe

un inmortal testigo

hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! Celestial consuelo

que al hombre justo en el dolor sustenta
100

al sucumbir a la opresión sangrienta

eterno galardón busca en el cielo.

Fija la vista en él, y abroquelado

con Dios y su conciencia,

opone al crimen firme resistencia.
105

Triunfas ¡oh religión! De tu victoria

irritados los genios infernales,

preparan las serpientes y puñales,

para manchar tu refulgente gloria.

Núblase el aire ya; retiembla el suelo
110

y del orco agitado

lánzase al mundo el fanatismo armado. [181]

Cubre su horror con tu brillante velo;

brama, blande el puñal con faz umbría,

y el humo negro de la hoguera impía,
115

la pura luz obscureció del cielo.

Víctima, suya el hombre te maldice,

y con grito blasfemo

feroz insulta al Hacedor supremo.

¡Bárbara inquisición! Cueva de horrores,
120

descubre al universo tus arcanos,

y de tus sacerdotes inhumanos

los crímenes revela y los furores.

¡Cuántas víctimas, ¡ay! atormentadas

en tu infernal abismo
125

apelaban a Dios del fanatismo!

¡Divina religión! Tú que veías

el insolente monstruo dominando,

y en tu nombre la tierra devorando,

en el seno de Dios tierra gemías.
130

Él te escuchó. Retumbará la esfera

con su decreto eterno,

y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,

como después del huracán violento
135

en el atormentado firmamento

con más cándida faz brilla la luna;

y el mundo te verá desengañado

dictar con dulce tono

leyes de paz y de amor desde tu trono.
140

Y libre al fin del duro cautiverio

del odio y la fanática venganza, [182]

se abrirá el corazón a la esperanza,

y adorará tu celestial imperio,

que ha de sobrevivir cuando se aduerma
145

el tiempo fatigado

en escombros del mundo aniquilado. [183]

Contra los impíos

Oda

Si Dios no existe, o si de mí se olvida,

y tan solo al azar debo la vida

para pasar el mundo,

cual nube tempestuosa el Océano

a merced de los vientos,

5

bien podéis disolveros, elementos

que en mí formasteis con acuerdo vano

turbado pulso y visionaria mente.

Vuestra beldad perezca, dulces flores

Emblemas ¡ay! de mi funesta suerte:
10

vuestras lámparas bellas

en el cielo apagad, puras estrellas,

si habéis de iluminar mi eterno muerte.

Virtud, de los tiranos enemiga,

y del hombre de bien sublime amiga,
15

eres vana ilusión, y yo te abjuro,

si al alma que tú elevas,

y al bien y gloria llevas,

se hunde y perece en el sepulcro oscuro.

20 ¡Doctrina pavorosa!

¿Para lograr tan triste resultado

analizó la ciencia laboriosa [184]

la tierra y mar, y audaz se ha levantado

hasta el etéreo cielo,

que ha recorrido con triunfante vuelo,
25

para traernos en horrible fallo

la desesperación? ¡Sofistas duros,

jamás amasteis!... Vuestra sien corona

con seca rama el árbol de la muerte.

El sanguinoso lauro que insolente
30

la torpe adulación ciñe al tirano,

no es tan injusto y vil como el que insano

del incrédulo audaz orna la frente.

¡Oh mundo misterioso

que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
35

La fe sobre tu abismo pavoroso

divina luz despide;

y en sus alas ardientes conducida

el alma del cristiano

al salir de la tierra lagrimosa,
40

al seno del Criador vuela dichosa.

Así el fiero cometa,

del empíreo gigante

precipita su carro de diamante

de planeta en planeta,
45

y atrevido se lanza

donde ni el pensamiento ya le alcanza.

Mas en algún lugar su curso espira;

y con mayor violencia

al sol de que partió volviendo gira.
50
[185]

Fragmentos impresos

De un poema sobre la melancolía

I

No es dado al hombre de su débil frente

las penas alejar y los dolores,

ni por campos de mirtos y de flores,

dirigir el torrente de la vida.

De las pasiones el aliento ardiente

le enajena tal vez, y breves horas

en ilusiones férvidas perdido,

osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido

la fiebre del amor, ni qué alma helada

no probó la dulzura emponzoñada

que en el beso fatal vierte Cupido?

Yo adoré la beldad: cual sol de vida

lució a mis ojos y bebí encendido

el cáliz del amor hasta las heces.

Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,

en todos sus placeres y deseos

al extremo voló: tibias pasiones

nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto

siguió a los goces y delirio mío [186]

la saciedad, el tedio devorante,

como sigue de otoño al sol brillante

el del invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuidado:

agitarse y sufrir, después que siente

el vigor de su pecho quebrantado

por su excesivo ardor, que al fin agota

del sentimiento la preciosa fuente.

¿Que hará el triste? Las flores de la vida

al soplo abrasador de las pasiones

marchitas sentirá. Do quier que mire

será el mundo a sus ojos un desierto,

y el misterioso abismo de la tumba

será de su esperanza único puerto.

Así el piloto en tempestuosa noche

solo distingue entre su denso velo

el mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil melancolía,

serás bálsamo dulce que suavice

su árido corazón y le consuele,

mas que el plácido llanto de la noche

a la agostada flor. Yo tus placeres

voy a cantar, y tu favor imploro.

Ven, tonos blandos a mi voz inspira;

enciéndala tu aliento, y de mi lira

templa con languidez las cuerdas de oro.

¿Quién en adversa o próspera fortuna

no se abandona al vago pensamiento

cuando suspira de la tierra el viento

y de Cuba en el mar duerme la luna? [187]

¿Quién no ha sentido entonces dilatarse

su corazón, y con placer llevarse

a mil cavilaciones deliciosas

de ventura y amor? ¡Con qué deleite

en los campos bañados por la luna

siguen nuestras miradas pensativas

la sombra de las nubes fugitivas

en Océano de luz puro y sereno!

¡Qué encanto hay en la calma de esta noche,

del hondo mar en la distante furia,

que halaga al corazón! Melancolía,

tú respiras allí: tu faz amable,

velada entre vapores transparentes,

sonríe con ternura al que en tu seno

busca la paz, y al que de penas lleno

se acoge a ti, con mano compasiva

del rostro enjugas el sudor y el llanto.

Mas la disipación furiosa en tanto

en sus bailes y juegos y festines,

hace beber de tedio triste copa

a los que, por su halago seducidos,

buscan entre sus pérfidas caricias

gozo y felicidad. Mustios, vendidos,

maldecirán al sol, y a sueño ansioso

la frente atormentada reclinando,

la suerte trocarán del bello día.

Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía

me desataste el corazón! ¡Oh tiempo

de ceguedad y de furor!... Insano,

en tormento sin fin buscaba dicha, [188]

paz en eterna turbación... Empero

a mis ojos el sol brilla más puro,

desde que ya, más cuerdo, no alimento

de mi sangre el ardor calenturiento,

soñando gozos y placer futuro.

De la grata ilusión perdí el encanto,

pero hallé de la paz el bien seguro.

(Falta lo demás de este primer fragmento.)

II

Dulce es la soledad, en que en su trono

asienta la feliz melancolía.

Desde la infancia venturosa mía

era mi amor. Aislado, pensativo,

gustábame vagar en la ribera

del ancho mar. Si los airados vientos

su seno hinchaban en tormenta fiera,

mil pensamientos vagos, tumultuosos,

me agitaban también, pero tenía

deleite inexplicable, indefinido,

aquella confusión. Cuando la calma

reinaba en torno, y el espejo inmenso

del sol en occidente reflejaba

la noble imagen en columna de oro,

yo en éxtasis feliz la contemplaba, [189]

y eran mis escondidos pensamientos

dulces, como el silencio de los campos

de la luna en la luz. Y los pedantes,

azotes de la infancia, que querían

subyugar mi razón a sus delirios,

fieros amenazándome decían:

«Este niño holgazán y vagamundo

siempre necio ha de ser.» Y yo temblaba,

mas no los maldecía,

sino de ellos huía,

y en mi apacible soledad lloraba.

(Falta el resto.)

III

¡Oh! si Dios de mis males apiadado

las alas de un espíritu me diera!

¡Cuál por los campos del espacio huyera

de este mundo tan bello y desdichado!

¡Oh! si en él a lo menos me ofreciera

una mujer sensible, que pudiera

fijar mi corazón con sentimientos

menos vivos tal vez, menos violentos

que las que enciende amor, pero más dulces

y duraderos. En su ingenua frente

el candor y la paz me sonreirían: [190]

de este exceso de vida que me agobia

me aliviara su amor. Su voz piadosa

de aqueste pecho en la profunda herida

bálsamo de consuelo derramara.

Y su trémulo acento disipara

las tinieblas de mi alma entristecida.

Encarnación de mi ideal esposa,

¡cómo te adoraré!... No por más tiempo

me hagas ansiarte y suspirar en vano:

mira que vuela mi verdor lozano.

¡Ay! ¡ven y escucha mi rogar piadosa!

(Falta el resto.)

IV

¿Qué placer melancólico no goza,

al ver al tiempo con alada planta

los días y años y los siglos graves

precipitar en el abismo oscuro

de lo que fue? Las épocas brillantes

recorro de la historia... ¡Qué furores!

¡Cuadro fatal de crímenes y horrores!

Do quier en sangre tñense las manos:

los hombres fascinados o furiosos

ya son juguetes viles de facciosos

ya siervos miserables de tiranos. [191]

Pueblos a pueblos el dominio ceden;

y del orbe sangriento, desolado,

desaparecen, como en mar airado

las olas a las olas se suceden.

De Babilonia, Menfis, y Palmira

entre los mudos restos el viajero

se horroriza de ver su estrago fiero

y con profunda lástima suspira.

¡Campos americanos! en vosotros

lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora

vuestro nombre y desdicha? Circundado

por tenebrosa nube un hemisferio,

ocultábase al otro: mas osado

forzó Colón el borrascoso imperio

del Océano feroz. La frágil nave

por los yermos de un mar desconocido

en silencio volaba: la vil chusma

pálida, yerta, con terror profundo,

a la patria querida

tornaba ya la resonante prora,

cuando a sus ojos refulgente aurora

las playas reveló del nuevo mundo.

¡Hombres feroces! La severa historia

en páginas sangrientas eterniza

de sus atrocidades la memoria.

Al esfuerzo terrible de su espada

cayó el templo del sol, y el trono altivo

de Acamapich... Las infelices sombras

de los reyes Arteras olvidados

a evocar me atreví sobre sus tumbas, [192]

y del polvo a mi voz se levantaron,

y su inmenso dolor me revelaron.

¿Dó fue la raza candorosa y pura

que las Antillas habitó?... La hiere

del vencedor el hierro furibundo,

tiembla, gime, perece,

y, como niebla al sol, desaparece.

Sediento de saber, infatigable,

del Tíber, del Jordán, y del Eurotas

las aguas beberé, y en sus orillas

asentado en escombros solitarios

de quebrantadas míseras naciones,

me daré a meditar; altas lecciones,

altos ejemplos sacará mi mente

de su desolación: ¡cuánto es sublime

la voz de los sepulcros y ruinas!

Allí tu inspiración pura y solemne,

¡Oh musa del saber! mi voz anime.

Y tú también, genial melancolía,

me seguirás do quiera suspirando,

o en mi lecho tu frente reclinando

harás a mi descanso compañía. [193]

(Falta el resto.)

V

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria

de los que amamos, cuando ya la muerte

a nuestro amor los arranca! La tumba

encierra las inmóviles cenizas;

los ligeros espíritus pasean

en el aire sereno de la noche

en torno de los que aman, y responden

a sus dulces recuerdos y suspiros

en misteriosa comunión. Creedme,

no lo dudéis: por esto son tan dulces

las solitarias lágrimas vertidas

en la tumba del padre, del esposo

o del amante, y el herido pecho

ama su llanto y su valor piadoso.

¡Oh! tú, que para mí fuiste en la tierra

de Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas

desde el momento que cesó tu vida

por mí pasaron, llenas de amargura

y de intenso dolor! Sombra querida

del mejor de los padres, en el cielo

recibe de mi pecho lastimado

la eterna gratitud. Mi dócil mente

con atención profunda recogía

de tu boca elocuente en las palabras

el saber, la verdad: aun de tu frente [194]

en la serena majestad leía

altas lecciones de virtud. Tus pasos,

tus miradas, tu voz, tus pensamientos

eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura

de mi pecho impaciente reprimías

el ardimiento, la fiereza!... El cielo

contra el ciego furor de los malvados

sirviéndote de asilo, me dejara

entre borrascas mil... ¡Ay! a lo menos

iré a morir en tu sepulcro, y junto

a tu polvo sagrado

reclinaré mi pecho atormentado,

y al eco de tres sílabas funestas

aun allí temblará. Mas tu memoria

será, mientras respire, mi consuelo,

y grato y dulce el solitario llanto

que la consagre, más que gozo alguno

del miserable suelo.

¡No me abandones, padre, desde el cielo! [195]

(Falta el resto.)

VI

¡Patria!... Nombre cual triste, delicioso

al peregrino mísero, que vaga

lejos del suelo que nacerte viera!

¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra

refrenará su dolorida frente?

¿Cuándo en la noche el músico ruido

de las palmas y plátanos sonantes

vendrá feliz a regalar mi oído?

¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen

hasta perderse! No, nunca los campos

de Cuba parecieron a mis ojos

de más beldad y gentileza ornados,

que hay a mi congojada fantasía.

¡Recuerdo triste de maldad, y llanto!

Cuando esperaba paz el alma mía,

redobló la fortuna sus rigores,

y de persecución y de furores

pasó tronando el borrascoso día.

Desde entonces mis ojos anhelantes

miran a Cuba, y a su nombre solo

de lágrimas se arrasan. Por la noche

entre el bronco rugir del viento airado

suenan el himno infeliz del desterrado.

O si el Océano inmóvil se adormece [196]

de junio y julio en las ardientes calmas,

ansioso busco en la distante brisa

la voz de sus arroyos y sus palmas.

¡Oh! no me condenéis a que aquí gima,

como en huerta de escarchas abrasada

se marchita entre vidrios encerrada

la planta estéril de distinto clima.

Mi entusiasmo feliz yace apagado:

en mis manos ¡oh lira! te rompiste:

¿Cuándo sopla del norte el viento triste,

puede algún corazón no estar helado?

¿Dó están las brisas de la fresca noche,

de la mágica luna inspiradora

el tibio resplandor, y del naranjo

y del mango suavísimo el aroma?

¿Dónde las nubecillas que flotando

en el azul sereno de la esfera,

islas de paz y gloria semejaban?

Tiende la noche aquí su oscuro velo;

el mundo se adormece inmóvil, mudo,

y el aire punza, y bajo el filo agudo

del hielo afinador centella el ciclo.

Brillante está a los ojos, pero frío,

frío como la muerte. Yo lo admiro,

mas no lo puedo amar, porque me mata,

y por el sol del trópico suspiro.

Vuela, viento del norte, y a los campos

de mi patria querida [197]

lleva mi llanto, y a mi madre tierna

murmura mi dolor.

(Falta el resto.)

VII y último

A ti me acojo, fiel melancolía,

alivia mi penar: a ti consagro

el resto de mi vida miserable.

Siempre eres bella, interesante, amable,

ya nos renueves los pasados días,

ya tristemente plácida sonrías

en la pálida frente de una hermosa,

cuando la enfermedad feroz anuble

su edad primaveral. Benigna diosa,

tu bálsamo de paz y de consuelo

vierte en mi alma abatida,

hasta que vaya a descansar al cielo

de este delirio que se llama vida.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

